DEL AUTOR DE *LA NIÑA OLVIDADA*



LA CHICA PROGRAMADA

ROMÁN CABALLERO

La Chica Programada

Naciste creyendo que eras libre

Román Caballero

© 2025, Román Caballero
Todos los derechos reservados.

Título: *La Chica Programada: Naciste creyendo que eras libre*

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en esta novela son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos actuales o históricos, es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros), sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9798287053475

Para contactar al autor:
autor.roman.caballero@gmail.com

Índice

Epígrafe

Dedicatoria

1. 1

2. 2

3. 3

4. 4

5. 5

6. 6

7. 7

8. 8

9. 9

10. 10

11. 11

12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 31
32. 32

33. 33

34. 34

35. 35

36. 36

37. 37

38. 38

39. 39

40. 40

41. 41

42. 42

43. 43

44. 44

45. 45

46. 46

47. 47

48. 48

49. 49

50. 50

51. 51

52. 52

53. 53

54. 54

55. 55

56. 56

57. 57

58. 58

59. 59

60. 60

61. 61

62. 62

63. 63

64. 64

65. 65

66. 66

67. 67

68. 68

69. 69

70. 70

71. 71

Epílogo

"El mejor esclavo es aquel que cree ser libre"
- Goethe

A quienes creen que el amor es más fuerte que cualquier programación.

1

Aliaga, Teruel, 12 de marzo de 2030, 5:23 h

El teléfono sonó.

Gabriel Ferrer abrió los ojos en la oscuridad. Primer timbrazo. Ya estaba sentado. Segundo timbrazo. Los pies tocaron el suelo helado.

Veinticinco años en la Guardia Civil te enseñan una verdad: cuando suena el teléfono antes del amanecer, alguien está muerto.

O a punto de estarlo.

—Ferrer.

—Comandante. —La voz del sargento Ruiz sonaba áspera—. Clara Llorens ha desaparecido.

El nombre fue como un puñetazo.

Gabriel cerró los ojos. Los recuerdos intentaron salir.

No.

Todavía no.

—¿Desde cuándo?

—Anoche. Hay sangre en el centro. —Pausa—. Y tenemos una testigo. Está en el hospital, malherida.

—Salgo para allá.

—Comandante... —Ruiz titubeó—. Esto pinta muy mal.

Clic.

Gabriel se vistió con movimientos automáticos. Camisa. Pantalones. Botas.

Los rituales mantienen el caos a raya.

Clara Llorens.

Tres años trabajando en su centro de Vinaròs.

Y ahora esto.

Un recuerdo se filtró: Morella, 2005. Niñas secuestradas. Abusos sistemáticos. Aquellos sótanos.

El Seat León devoraba la A-23 desierta. Doscientos kilómetros hasta Vinaròs. Gabriel pisó a fondo mientras el cielo empezaba a clarear.

Conducía en piloto automático. El cuerpo al volante, la mente procesando.

Clara dirigía un centro de ayuda. Alguien la había hecho desaparecer. Había sangre. Una testigo herida.

Las piezas no encajaban.

Centro de Atención a Víctimas de Abuso Institucional, 7:55 h

El edificio apareció con las primeras luces. Moderno. Luminoso. Demasiado abierto para un lugar donde se confesaban horrores.

Gabriel aparcó junto a los vehículos oficiales. Dos de la Benemérita. La furgoneta de la Científica.

El baile ya había empezado.

—Mi comandante. —Ruiz lo esperaba en la entrada. Cuarenta años, rostro curtido, ojeras profundas—. La Judicial ha terminado el primer barrido.

—La testigo.

—Lucy Montoya, veintidós años. Voluntaria desde hace seis meses. La encontraron tirada en el suelo, inconsciente. Herida en la cabeza. Perdió mucha sangre.

—¿Familia?

—Nadie. Vive sola.

Gabriel sintió la alarma.

Los solitarios son blancos fáciles.

Nadie pregunta cuando no vuelven.

Cruzaron el umbral.

Gabriel se detuvo. Dejó que la escena le hablara.

El desorden era perfecto.

Demasiado perfecto.

Sillas volcadas en ángulos calculados. Papeles dispersos siguiendo un patrón. Cajones abiertos sistemáticamente.

—Esto es teatro —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Alguien ha montado una función, Ruiz. La pregunta es para qué.

La doctora Eva Mallent salió de un despacho, quitándose los guantes.

—Gabriel. Llegas justo para lo bueno.

—Venga, dispara.

—La sangre. —Señaló las manchas en el marco—. Necesito los resultados del laboratorio, pero no tiene pinta de ser fresca.

Las piezas seguían sin cuadrar.

—La testigo dice que Clara desapareció anoche.

—Entonces alguien miente. —Eva se encogió de hombros—. O le han hecho creer una mentira. Tendré el ADN mañana.

—Prioridad máxima.

—Siempre cuando vienes tú.

Gabriel inspeccionó el despacho principal. Cada detalle quedaba grabado.

El atacante conocía el lugar. Sabía qué tocar para crear la ilusión de violencia sin destruir nada importante.

Trabajo de alguien de dentro.

Una foto en la pared: Clara Llorens rodeada de jóvenes sonrientes. Lucy Montoya en el extremo izquierdo. El cristal mostraba una grieta diagonal que atravesaba el grupo.

Mal presagio.

Gabriel exploró el escritorio. Roble macizo. Cajones con buenas cerraduras. Sus dedos encontraron una irregularidad bajo el tablero.

Click.

Un compartimento secreto.

Dentro, un papel amarillento. Cuatro palabras mecanografiadas:

«No te fíes de ella».

Se le erizó el vello de la nuca. Un mensaje oculto para ser encontrado. ¿Por quién? ¿Sobre quién?

El móvil vibró.

—Comandante, tiene que ver las grabaciones. —Ruiz sonaba alterado—. Hay algo... Jo, no sé cómo explicarlo.

—Prueba.

—Mejor véngase. En serio. Esto es diferente.

Gabriel colgó.

Pocas cosas alteraban a Ruiz.

Dio un último vistazo al despacho.

Y entonces lo vio.

El mundo se paró.

En el dintel de piedra, grabadas con precisión:

C O

La sangre se le heló.

Morella, 2005. El sótano. Los gritos. Dos compañeros que entraron y no salieron. Y esas letras en cada escena.

El Código.

Gabriel tocó las letras.

Piedra fría.

Después de cuatro años de silencio, de expedientes clasificados, de órdenes desde Madrid, el pasado había vuelto.

Y se había llevado a Clara Llorens.

Salió del edificio aparentando calma.

Algunos casos te persiguen durante años. Susurran en las pesadillas. Esperan en las sombras.

Otros tienen la paciencia de los depredadores antiguos.

Este era de los segundos.

El juego había comenzado de nuevo.

Las reglas habían cambiado.

Y Gabriel Ferrer estaba en el centro del tablero.

2

Hospital Comarcal de Vinaròs, 12 de marzo de 2030, 10:45 h

El brigada Antonio Vega llevaba ciento veinte minutos exactos vigilando la habitación 212.

Ciento veinte minutos en los que Lucy Montoya había pasado de ser una simple testigo a convertirse en algo mucho más peligroso: el anzuelo de una trampa tendida con precisión quirúrgica.

El pasillo mantenía esa atmósfera espesa de los hospitales. El tiempo se vuelve elástico. La muerte acecha en cada pitido irregular de los monitores. Vega conocía bien esa sensación. Quince años en la Benemérita te enseñan a leer las señales invisibles del peligro.

A través del cristal blindado, Lucy Montoya era un catálogo de daños calculados. Cada herida, cada contusión, colocada con la meticulosidad de un artista sádico. Alguien había invertido tiempo y esfuerzo en destrozarla sin matarla.

Eso era lo que no cuadraba.

No la habían torturado para sacar información.

La habían torturado para enviar un mensaje.

El recuerdo de cómo la encontró regresó con nitidez fotográfica: empapada en sangre junto a la cuneta, repitiendo las mismas palabras como un disco rayado.

«No te fíes... no te fíes de ella...»

Un mantra.

O una advertencia.

—Brigada. —El cabo primero Martínez apareció en el pasillo—. Vengo a relevarle.

Vega no apartó la mirada de la puerta. Los relevos son los momentos de máxima vulnerabilidad. Lo sabe cualquier profesional.

—¿Novedades?

—El teniente Robles ha llamado dos veces. Urgente. Y Ferrer quiere un informe sobre la testigo.

Una enfermera se acercó. Joven, nerviosa. El miedo dibujando un mapa en su rostro.

—Disculpen. Hace media hora vino un hombre preguntando por ella.

Vega se tensó.

El juego había comenzado.

—¿Identificación?

—No. Cuando le dije que no podía dar información... —La chica se abrazó a sí misma—. Me miró como si estuviera memorizando mi cara. Para después.

—Descríbalo.

—Cuarenta y tantos. Traje gris. Impecable. Demasiado correcto al hablar. —Buscó las palabras—. Se movía como un depredador disfrazado de presa.

Vega y Martínez intercambiaron una mirada. Los profesionales reconocen a otros profesionales. Y quien había venido a husmear no era un aficionado.

—Martínez, te quedas. Nadie entra sin mi autorización. —Se levantó, las piernas protestando—. Y llama al puesto. Quiero dos hombres más. De los buenos.

Se alejó hacia la zona con cobertura. Marcó a Robles.

—¿Visita? —El teniente fue al grano.

—Un curioso. Sin identificar. Profesional.

Silencio calculado. Robles procesando.

—Vienen de arriba esta tarde.

—¿Cuántos?

—Los suficientes para que dejemos de jugar en esta liga. —Pausa —. Ferrer ha encontrado algo en el centro. Algo gordo. Relacionado con casos antiguos.

La línea murió.

Vega guardó el móvil con la certeza de que acababan de entrar en aguas profundas. Lucy Montoya no era una víctima cualquiera. Era una pieza en un tablero mucho más grande.

Las máquinas de la 212 enloquecieron.

A través del cristal, Lucy se arqueaba en la cama. Los ojos abiertos mirando algo que solo ella podía ver. Los labios formando palabras mudas.

La doctora Sánchez entró corriendo con dos enfermeras. Vega se pegó al cristal, leyendo los labios de Lucy.

«No... te... fíes...»

Las mismas palabras.

Pero ahora Lucy lo miraba directamente. Como si pudiera verlo a través de la niebla química.

«De... ella...»

La doctora inyectó sedante. Lucy se hundió de nuevo en ese limbo farmacológico del que luchaba por escapar.

Vega se apartó del cristal. El pulso acelerado.

¿De quién no debía fiarse?

Movimiento al final del pasillo.

Una bata blanca alejándose demasiado rápido. Ese caminar falsamente casual que delata a los culpables.

—¡Alto! ¡Guardia Civil!

La figura dobló la esquina. Vega corrió. Las botas martilleando el linóleo. Alcanzó el recodo: pasillo vacío, puertas de emergencia cerrándose.

Maldición.

Sacó el móvil mientras volvía.

—Martínez, tenemos problema. Nadie entra ni sale. Quiero las cámaras del circuito cerrado. Ya. Y avisa a Ferrer.

—¿Qué pasa?

—Alguien con bata huyendo. Podría ser nuestro visitante.

Mientras esperaba refuerzos, las palabras de Lucy resonaban en bucle.

«No te fíes de ella.»

Miró hacia la 212. ¿Quién narices era Lucy Montoya? ¿Quiénes la querían muerta?

O algo peor.

Mantenerla viva justo el tiempo necesario.

Como cebo.

Como mensaje.

Como advertencia de lo que estaba por venir.

3

Morella, Castellón, 12 de marzo de 2030, 13:10 h

Los Audi negros aparcados frente a la Comandancia eran como cuervos posados en un cable.

Matrícula oficial. Cristales tintados. El tipo de coches que aparecen cuando Madrid decide que la provincia tiene un problema que ya no puede resolver sola.

Antonio Vega aparcó junto a ellos sintiendo cómo su mundo se contraía. Tres horas desde el incidente del hospital. Tres horas con Lucy Montoya convertida en el activo más valioso y peligroso de España.

El teniente Robles esperaba en el vestíbulo con dos desconocidos que desentonaban como manchas de sangre en seda blanca.

La mujer: cuarenta años, pelo negro domado en un moño militar, uniforme que parecía planchado con regla. Inspectora jefe. La clase de oficial que no necesita levantar la voz porque su sola presencia es una orden.

El hombre: cincuenta, traje gris de funcionario con secretos. Maletín biométrico soldado a la mano izquierda. Ojos catalogando salidas, ángulos muertos, amenazas.

—Brigada Vega. —Robles escupió las presentaciones—. Inspectora jefe Alicia Salgado, UCO. Fiscal Enrique Montero, Fiscalía

Especial.

Los apretones de manos fueron telegramas cifrados. Salgado: mando firme. Montero: calculador.

—Necesitamos privacidad absoluta.

Sin ceremonias cuando el mundo se desmorona.

La sala SCIF del segundo piso los tragó como una tumba de hormigón. Sin ventanas. Paredes forradas. Inhibidores integrados. El tipo de habitación que no existe en ningún plano oficial.

Salgado activó un dispositivo. Zumbido bajo. El aire se volvió denso.

—Lo que va a escuchar es nivel 4 de clasificación. —Montero abrió el maletín con precisión quirúrgica—. ¿Conoce la Operación Montgrí?

—No.

—Mejor. Oficialmente no existe. —Tablet blindada—. Clara Llorens no es solo una trabajadora social. Es un activo de inteligencia infiltrado.

Las piezas encajaron en la mente de Vega. Audibles como huesos rompiéndose.

—¿CNI?

—Entre otros. —Salgado se inclinó—. Hasta que hace setenta y dos horas alguien filtró su identidad.

La pantalla mostró un organigrama complejo como un sistema nervioso. Nombres que Vega reconoció: juez Bermúdez, políticos locales, Císcar el empresario. Todos conectados por líneas rojas.

—Red de trata.

—Peor. —La voz de Salgado cortaba el aire—. Experimentación. Condicionamiento psicológico avanzado. Años seleccionando víctimas para programas que no deberían existir.

—¿Programas?

—Lucy Montoya es uno de sus productos. —Montero pesaba cada palabra—. La rescatamos hace seis meses en Valencia. Clara se infiltró para desmontar la estructura desde dentro.

El estómago de Vega dio un vuelco. Clara infiltrada. Lucy programada. Piezas de un juego mortal.

—¿Por qué me lo cuentan?

Mirada cómplice entre Salgado y Montero.

—Porque usted no está en el radar. Un brigada de pueblo sin vínculos con operaciones especiales. Invisible para ellos.

La carpeta se abrió. Foto de Lucy hace tres años. Más joven, mismo vacío en los ojos. Anotación en rojo: «Sujeto 23-LM. Protocolo Morfeo activo».

—¿Qué narices es Morfeo?

—Clara estaba cerca de descubrirlo cuando se la llevaron. Por eso torturaron a Lucy con tanta precisión.

—¿Qué esperan de mí?

—Que la proteja. Que se gane su confianza. Que nos informe de todo. —Salgado, directa como un disparo—. Es nuestra única conexión con Clara.

—¿Usarla de cebo?

—Mantenerla viva. —Montero cortó—. Sin ella, Clara está muerta. Tres años de trabajo tirados a la basura.

Vega sintió el peso.

—El visitante del hospital. —Salgado deslizó una foto—. Doctor Bernat Puig. Psiquiatra del Instituto Valenciano.

Cara anodina. La clase de rostro que olvidas al instante. Pero los ojos... los ojos eran de depredador.

—¿Por qué no lo trincan?

—¿Con qué pruebas? Todo es circunstancial. Necesitamos a Clara. Y Lucy es la llave.

—¿Y si Lucy está programada para algo gordo? ¿Si es un peligro?

Silencio espeso.

—Riesgo asumido. —Salgado se levantó—. Por eso la queremos cerca de alguien limpio.

Vega pensó en Lucy, hecha polvo en el hospital. En Clara, desaparecida. En todos los críos que seguirían cayendo.

—Vale. Me apunto.

—Bien. —Un Nokia antiguo sobre la mesa—. Solo emergencias. Línea directa. Ni siquiera a Robles. Si Lucy dice algo raro, si aparece alguien, si algo huele mal...

—Pillado.

—Una cosa más. —Montero clavó la mirada—. Lucy puede soltar cosas sin sentido. Palabras clave. Comportamientos raros. No interprete. Solo informe. Todo. ¿Estamos?

—Como el agua.

Salieron. Silencio de funeral.

Robles esperaba en el pasillo con cara de haberse tragado un sapo.

—¿Todo bien?

—Defina bien.

—Ya. —Suspiró—. Vuelve al hospital. Jiménez y Soler te cubren. Gente de fiar.

—¿Seguro?

—Ya no estoy seguro de nada, Vega. Pero hay que seguir tirando. Es lo único que queda cuando todo se va al garete.

De vuelta al hospital, Vega no podía quitarse de la cabeza la cara del doctor Puig. Diseñada para pasar desapercibida. Para acechar.

Y Lucy Montoya era la llave para pillarlo.

O la trampa perfecta para hundirlos a todos.

El tiempo lo diría.

4

Comisaría de Vinaròs — 12 de marzo de 2030, 16:30 h

El Seat León protestó cuando Gabriel Ferrer pisó el freno junto a la entrada principal.

Veinte minutos tarde.

La culpa la tenía la visita al hospital, aunque eso no se lo diría a nadie. Lucy Montoya seguía inconsciente, con dos agentes haciéndole de niñeras. El más joven parecía más interesado en el móvil que en vigilar.

Si dependemos de este chaval para proteger a un testigo clave, vamos apañados.

El sargento Ruiz lo esperaba en la sala de visionado. Treinta años de servicio le habían esculpido esa cara de póquer que solo mostraba cuando la cosa pintaba mal.

—¿Atasco? —Ruiz tenía radar para las medias verdades.

—La nacional estaba hasta arriba. Un camión volcado en Benicarló.

Gabriel no mencionó los quince minutos extra en el parking del hospital. Estudiando ángulos muertos, salidas de emergencia, caras del personal. Manías que graba el oficio después de un cuarto de siglo.

La sala de audiovisuales era esquizofrenia institucional: monitores Samsung último modelo colgados de paredes donde el gotelé se caía a cachos. Fibra óptica del 2030 serpenteando entre manchas de humedad prehistóricas.

—Siéntate. —Ruiz ya tenía los dedos sobre el teclado—. Lo que vas a ver no te va a gustar nada.

Y si Ruiz lo decía, venía curva.

—Clara montó un sistema de primera. —Los dedos del sargento volaban—. Servidor local con backup en la nube cada hora. Como si supiera que esto iba a pasar.

—En este curro, el paranoico es el último en palmarla.

—Por eso sigues respirando, comandante.

La pantalla se partió en cuatro. Las cámaras del centro no dejaban ni un rincón sin cubrir. El reloj marcaba las 16:32 del día anterior.

—Tira hasta las ocho.

Las imágenes corrieron. Clara Llorens tecleando. Lucy Montoya con papeles. La recepcionista pegada al ordenador. La rutina de una fundación que ayudaba a víctimas de abusos institucionales.

Todo normal.

Hasta que dejó de serlo.

—Para. —Gabriel se echó hacia delante—. Ahí.

20:15. Una mujer entraba con ese andar de quien está acostumbrada a que le abran las puertas. Sesenta y pico, gabardina beige, pinta de mandar.

—Francisca Miralles —identificó Ruiz—. Exmagistrada del Supremo. Lleva dos años asesorando a Clara gratis. Expediente limpio.

En la grabación, Miralles y Clara charlaban en el despacho. Gestos de abogada vieja, papeles sobre la mesa. A las 21:07 se marchaba con la misma tranquilidad.

Clara y Lucy seguían trabajando.

23:45. Lucy cogía sus cosas y se despedía. Salía por la puerta principal.

Y volvía a entrar treinta segundos después.

—Fíjate en el lenguaje corporal. —Ruiz congeló la imagen—. Como el día y la noche.

Era obvio. Lucy había salido relajada. Volvía tensa como una cuerda, mirando para atrás, el miedo pintado en la cara.

Le decía algo a Clara a toda prisa. Señalaba hacia fuera. Clara miraba el reloj: 00:12. Cogía el teléfono.

Marcaba. Esperaba. Colgaba. Otro intento. Mismo resultado.

—Nadie cogió —observó Gabriel—. O no quisieron.

01:02. Clara llevaba a Lucy a su despacho. Abría el archivador blindado con una llave que llevaba al cuello. Sacaba una carpeta roja con pegatinas de CONFIDENCIAL. Papeles sobre la mesa. Lucy los miraba y su cara cambiaba.

01:03. La imagen se cortó.

—¿Se fastidió el sistema?

—Ojalá.

Pantalla en negro.

Cuando volvió la imagen, a Gabriel se le heló la sangre.

Clara Llorens atada a una silla. Cinta americana en la boca. Ojos desorbitados mirando a cámara. Una mano con guante negro sujetaba el periódico del día junto a su cabeza.

Prueba de vida.

Advertencia.

Mensaje.

—Entraron en el sistema como Pedro por su casa —explicó Ruiz —. Metieron ese frame a propósito. Es un recadito.

—Vuelve al momento en que Lucy mira los papeles.

Gabriel casi pegó la nariz a la pantalla. El 4K permitía ver cada gesto mientras Lucy revisaba lo que Clara le enseñaba.

—Para. Cuando levanta la vista.

Imagen congelada. Lucy mirando a Clara. En sus ojos no había sorpresa.

Había reconocimiento.

—Necesito todo el tráfico de la zona. —Gabriel se levantó—. Cámaras municipales entre la una y las tres. Matrículas, modelos, caras. Todo.

—Ya está en marcha. También tengo el registro de llamadas.

Gabriel paró en la puerta.

—¿Algo interesante?

—Clara hizo dos llamadas después de que volviera Lucy. La primera al 091, tres segundos. Como si alguien le hubiera quitado el teléfono.

—¿Y la segunda?

—Llamó a un número que estaba en el mismo edificio. En la misma habitación.

A Gabriel se le erizó el vello.

—El móvil de Lucy.

—Es lo único que cuadra. Pero no tiene sentido. ¿Para qué llamar a alguien que tienes al lado?

—A no ser que no estuvieran solas. —Gabriel apretó el pomo hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Clara intentaba avisar a Lucy. De que había entrado alguien.

—¿Avisar de qué? ¿De quién?

Gabriel recordó la nota del compartimento secreto. «No te fíes de ella». Clara había dejado pistas como Pulgarcito. *Los labios sinceros permanecen para siempre, mas la lengua mentirosa, solo un momento.* El versículo acudió a su mente. La verdad siempre sale a flote.

—No lo tengo claro, Ruiz. Pero Lucy sabe más de lo que aparenta. A ver si cuando despierte suelta prenda.

De vuelta al hospital, por las calles de Vinaròs que se sabía de memoria, Gabriel le daba vueltas. Lucy había trabajado con Clara seis meses. Una relación normal entre trabajadora social y voluntaria.

Pero aquella noche algo había cambiado las reglas.

Lucy había visto algo en la calle —una persona, un coche, una señal— que había activado todas sus alarmas.

¿O había vuelto para ejecutar un plan B?

Los documentos que Clara le había enseñado... Lucy los había reconocido al instante. Una chica de veintidós años no debería identificar papeles clasificados que supuestamente veía por primera vez.

A no ser que ya los conociera.

A no ser que no estuviera en el centro por casualidad.

A no ser que Lucy Montoya fuera mucho más que una simple víctima.

Gabriel apretó el volante mientras una certeza fría se instalaba en su pecho: todos bailaban al son que tocaba el enemigo.

Y él acababa de meter la pata hasta el fondo.

5

Hospital Comarcal de Vinaròs — 12 de marzo de 2030, 21:45 h

La noche había caído sobre Vinaròs como una losa. A Ferrer le quedaba un cartucho: los análisis de Eva Mallent.

El hospital se alzaba contra el cielo negro. Un bloque de hormigón con ventanas muertas. Gabriel aparcó y bajó al laboratorio del sótano.

Eva Mallent estaba encorvada sobre su mesa. Papeles esparcidos como naipes después de una mala mano. Levantó la cabeza cuando lo oyó llegar.

Gabriel reconoció esa expresión.

Había pillado algo gordo.

—Gabriel. —Señaló la silla con un boli manchado—. Siéntate.

Se sentó. Eva estaba tensa. Esa rigidez de cuando las pruebas no cuadran.

—¿Qué tienes?

—La sangre del centro tiene setenta y dos horas mínimo. —Le pasó un informe—. Pero espera. Tiene EDTA, anticoagulante de laboratorio.

Gabriel repasó los datos. Gráficas que confirmaban lo imposible. Las piezas encajaban de una forma que no le gustaba.

—¿Me estás diciendo que alguien llevó sangre guardada?

—O la sacaron para esto. —Eva golpeaba la mesa con los dedos —. La cantidad, la distribución... es un montaje de libro. Aquí no hay aficionados. Teatro forense del bueno.

—¿Y Lucy?

—Despierta pero sedada. Las heridas... —Eva midió las palabras —. Son de manual. Milimétricas. Máximo dolor, mínimo daño. Quien hizo esto sabe medicina. Yo diría que cirugía.

—Tengo que verla.

—Los médicos no te van a dejar. Órdenes de la Dra. Sánchez.

—Dos minutos, Eva.

La forense lo miró con esos ojos que habían visto demasiado.

—Habitación 212. Pero yo no te he visto.

La 212 estaba en penumbra. Los monitores pintaban de verde la cara de Lucy Montoya. Gabriel se acercó sin ruido.

Le apartó la sábana del brazo derecho.

Ahí estaba.

Una marca vieja pero clara. Un círculo perfecto grabado a fuego, con dos letras dentro: C y O.

El suelo se movió bajo sus pies. Había visto esa marca en Morella. En casos enterrados bajo kilos de papeleo. La misma marca que vio esta mañana en el centro.

—¿Buscando algo, comandante?

La voz le llegó desde la puerta. Gabriel se controló. Años de oficio. Se giró despacio.

Un tipo con uniforme de seguridad lo miraba desde el umbral. Todo parecía correcto —uniforme impecable, placa visible— pero los ojos no pegaban.

Ojos de lobo con piel de cordero.

—Rutina —dijo Gabriel, apartándose de la cama—. ¿Usted es...?

—Méndez. Turno de noche. —El tipo entró, cerrando la puerta. El clic sonó definitivo—. El teniente Robles me dijo que vendría.

La mano derecha del guarda no se alejaba de la cadera. Gabriel vio el bulto bajo la chaqueta. Una pistola. Por la forma, una Glock.

—No sabía que Robles mandara en seguridad del hospital.

—El teniente tiene muchos amigos. —Sonrisa de navaja—. De hecho, quiere verle. Ahora.

Gabriel calculó. Dos metros hasta el tipo. La mesilla a la derecha. Puerta cerrada. Sin su HK, pocas opciones.

—Robles puede esperar.

—Me temo que no es opcional.

El falso guarda fue por el arma. Soltura profesional. Gabriel reaccionó por instinto, lanzándole la bandeja metálica. El tipo apenas se movió. Sacó una Glock 19.

Gabriel se le echó encima antes de que apuntara.

Chocaron contra la pared.

Forcejearon por la pistola. El intruso tenía técnica, pero Gabriel tenía desesperación. Un codazo en las costillas le sacó el aire al otro. La Glock rodó bajo la cama.

Rodaron por el suelo. Intercambio de golpes. Un puñetazo le alcanzó las costillas, pero Gabriel contestó con un directo a la garganta que dejó al otro sin aire.

El clic de un arma los paró en seco.

—Quietos.

Robles en la puerta. Su HK apuntando al intruso.

—Al suelo. Las manos donde las vea.

El falso Méndez obedeció. Robles lo esposó.

—¿Estás bien, Ferrer?

Gabriel asintió, tocándose las costillas.

—¿Cómo...?

—Encontré al Méndez de verdad en el cuarto de limpieza. Inconsciente. —Robles registró al detenido—. Vi que faltaba su tarjeta. Llevo quince minutos buscándote.

Desde la cama, Lucy los miraba con los ojos muy abiertos.

—No te fíes de ella —dijo con voz ronca—. Clara me lo decía siempre.

Gabriel se acercó.

—¿Dónde está Clara, Lucy?

Una sonrisa extraña le cruzó la cara magullada.

—Donde el tiempo miente. Donde todos empezamos y acabamos. —Las pupilas dilatadas—. En el principio del círculo.

Se le cerraron los ojos.

Gabriel iba a insistir cuando el detenido empezó a convulsionar. Espuma rosa en los labios. El cuerpo sacudiéndose.

—¡Se ahoga! —Robles intentó abrirle la boca.

Gabriel reconoció el olor.

Almendras amargas.

—Cianuro. Cápsula en la muela.

Los espasmos cesaron. El falso guarda los miró con ojos vidriosos pero conscientes. Una última sonrisa.

—El Código no muere, comandante —susurró—. Y usted... usted es la obra maestra. Siempre lo fue.

Y murió.

El equipo médico irrumpió, pero ya era tarde. El tipo había elegido el camino rápido.

«La obra maestra».

Las palabras rebotaban en su cabeza mientras cubrían el cadáver.

Sacó el móvil con manos que querían temblar y volvió a mirar la foto de Clara. Zoom al máximo.

Y entonces lo vio.

El reflejo en las pupilas de Clara no era solo un crucifijo invertido. Había números grabados en la madera: 0704.

Siete de abril.

La fecha del incendio de Morella, veinticinco años atrás.

El día que empezó todo.

No era un secuestro cualquiera. Era un mensaje. Una invitación.

«Usted es la obra maestra».

Un escalofrío lo recorrió. Porque en algún rincón cerrado de su memoria, fragmentos olvidados emergían. Recuerdos que había achacado a pesadillas. Imágenes borrosas que no coincidían con los informes que él mismo había firmado.

¿Y si el muerto tenía razón?

¿Y si él no era solo el investigador, sino parte de la investigación?

6

Hospital Comarcal de Vinaròs — 13 de marzo de 2030, 07:15 h

Gabriel Ferrer había dormido tres horas mal contadas cuando ya estaba de vuelta en el hospital. La ducha, dos minutos bajo el chorro helado. El café, un sueño imposible. El cansancio pesaba, pero la adrenalina lo mantenía en pie.

La supervisora de planta, Carmelia Fonseca —cincuenta años, eficiencia quirúrgica—, lo interceptó.

—Comandante. La doctora Mallent está con la paciente. Hemos bajado la sedación como pidió.

—¿La seguridad?

—Reforzada. Gente del teniente Robles. Aquí no entra ni el aire sin identificarse.

Ferrer asintió, aunque después del numerito del falso Méndez, su concepto de seguridad había cambiado.

Encontró a Eva Mallent ajustando el gotero con precisión de veterana. Las ojeras le marcaban surcos profundos.

—¿Has dormido algo?

—¿Tú qué crees? —Eva no necesitó acabar. Los dos sabían que el sueño era un lujo que no podían permitirse. No con Clara Llorens desaparecida.

Lucy Montoya emergía de la niebla química. Los párpados temblando antes de abrirse. Cuando enfocó, fue directa a Gabriel.

—Comandante. —La voz como lija.

—¿Me conoces?

La chica asintió con cuidado.

—Clara me habló de usted. Decía que vendría si le pasaba algo. Que era el único poli de fiar.

Eva le acercó agua. Lucy bebió como si llevara días sin probarla.

—Cuéntame qué pasó —dijo Gabriel sin rodeos.

El miedo le cruzó la cara. Los ojos saltando a la ventana, a la puerta. Buscando salidas.

—Aquí estás segura. Hay gente vigilando.

Lucy no parecía convencida, pero empezó a hablar. Le contó las amenazas, el miedo de Clara, las precauciones. Lo típico de quien sabe que vienen a por ti.

—Hace tres días Clara me lo soltó todo. Dijo que vendrían. Que se acababa el teatro.

—¿Al centro de acogida?

—Qué va. —Lucy negó con fuerza—. El centro es fachada. Lo gordo era en otro sitio.

Gabriel y Eva intercambiaron miradas.

—Un piso franco cerca del puerto. Para gente que necesitaba desaparecer. Testigos protegidos por nuestra cuenta, víctimas que no podían ir por lo oficial.

Aquello cuadraba. Clara Llorens nunca había sido de medias tintas.

—La noche que desapareció... ¿qué recuerdas?

Lucy cerró los ojos, agarrando la sábana.

—Estábamos revisando expedientes. Un ruido en la entrada. Clara me mandó al cuarto de suministros. Rapidito.

Le temblaba el cuerpo. Eva ajustó el calmante.

—Lo último que me dijo fue que no me fiara de lo sagrado.

—¿Lo sagrado? —Gabriel frunció el ceño—. ¿Por qué esa palabra?

—Era nuestro código. —Los ojos húmedos—. Cuando Clara decía "sagrado", hablaba de ellos. Del Código. Los que van de santos siendo demonios.

Silencio espeso.

—¿Quiénes son esos del Código?

Lucy miró alrededor como si las paredes oyeran.

—Los que nos crearon. Los que siguen jugando con críos. Los arquitectos del infierno.

Gabriel sintió ese escalofrío que avisa cuando un caso pasa de criminal a monstruoso.

—¿Cómo conociste a Clara?

—Me encontró en un centro de menores de Castellón hace seis meses. Vino de trabajadora social, pero enseguida se dio cuenta. Vio que yo era como las otras. Las marcadas.

—¿Qué otras?

—Las que llevan el sello.

Lucy subió la manga despacio. Una cicatriz circular marcaba la piel cerca del codo.

—La marca del Código —dijo con voz plana—. Te la hacen de cría, en el proceso. Como marcar ganado.

—¿Qué proceso?

La risa de Lucy fue amarga.

—El que te convierte en lo que quieren. Obediencia total. Te programan desde pequeña. Somos sus muñecas rotas.

Los párpados le pesaban, el sedante cobrando efecto.

—Aguanta —Gabriel apretó—. ¿Dónde tienen a Clara?

—Los archivos... —balbuceó—. Expediente 438 del 2008. Ahí empieza todo. Mi expediente.

—¿Sabes quién se llevó a Clara?

Los ojos de Lucy se abrieron con lucidez súbita.

—El mismo que me mandó a por ella. El que me programó para traicionarla. Mi creador.

Y se quedó dormida.

Gabriel se levantó despacio. El caso era un agujero negro.

—¿Programación mental? —Eva parecía escéptica—. Suena a película barata.

—Vi cosas parecidas en Morella hace años. Pero esto es más sofisticado. Han perfeccionado la técnica.

Salieron al pasillo. El agente de guardia mantenía el puesto.

—Voy a por ese expediente —dijo Gabriel sacando el móvil—. Examina esa marca a fondo. Compárala con las fotos de Morella.

Eva apuntó.

—Y un toxicológico nivel 4. Busca cosas raras: hipnóticos experimentales, psicotrópicos de diseño, cualquier cosa para control mental.

—Control mental, venga ya.

—La línea entre ciencia ficción y realidad es cada vez más fina. La CIA ya jugaba a esto en los sesenta.

Mientras se alejaban, Gabriel no podía quitarse las palabras de Lucy. Si era víctima y verdugo a la vez, un arma programada desde niña, la cosa pintaba fatal.

El móvil vibró. Diana Silveira: «Tengo algo del expediente 438/08. Es GORDO. Ven ya.»

Gabriel llamó a Robles bajando las escaleras.

—Necesito que registréis un piso cerca del puerto de Vinaròs. Puede estar a nombre de Clara o del centro.

—¿Dirección?

—Negativo. Pero estará a un kilómetro del puerto máximo. Y Robles... —pausa—. Id preparados. Esto pinta chungo.

—Entendido. ¿Algo más?

—Sí. Armados y con chalecos. No sabemos qué hay ahí.

Colgó y fue al parking a toda prisa.

El Código no era solo una red de abusos. Era un proyecto de ingeniería humana que mezclaba manipulación psicológica con programación neurológica. Y Clara Llorens, la única con agallas para plantarles cara, estaba en sus manos.

Gabriel miró el cielo limpio mientras arrancaba. ¿Dónde tendrían a Clara? ¿Llegarían a tiempo?

«No te fíes de lo sagrado», había dicho Clara. Pero Gabriel ya no se fiaba de nadie. Ni siquiera de Lucy Montoya.

Porque una voz insistía: «No te fíes de ella». Y el problema era no saber quién era esa «ella».

El León aceleró hacia Castellón mientras el sol proyectaba sombras largas sobre el asfalto. Sombras que parecían señalar el camino hacia verdades esperando ser reveladas.

7

Despacho de Diana Silveira, Castellón — 13 de marzo de 2030, 11:00 h

Gabriel Ferrer cruzó el umbral del despacho de Diana Silveira pensando que la reunión iba a cambiarle el día.

Se quedó corto.

Lo que estaba a punto de descubrir iba a reescribir todo lo que creía saber sobre el caso. Y sobre sí mismo.

El despacho no necesitaba gritar para hacerse oír. Sobrio. Elegante. Como la propia Diana, que había sido la fiscal más brillante de Castellón antes de mandar al sistema a paseo y montar su ONG. Ahora intentaba arreglar los desaguisados que ese mismo sistema producía en serie.

—Siéntate. —Ni siquiera levantó la vista del maletín blindado—. Esto no te va a gustar.

Gabriel la conocía desde hacía quince años. Diana no se andaba con rodeos. Si decía que algo olía mal, es que apestaba.

Sacó una carpeta manila con pinta de llevar años criando polvo. El sello rojo cantaba: «CLASIFICADO - NIVEL 4».

—Expediente 438 del 2008. —Cerró el maletín con un chasquido —. Me ha costado tres favores de los gordos. Espero que merezca la pena.

Gabriel abrió la carpeta. La primera imagen le golpeó como un puñetazo: una recién nacida envuelta en una manta de hospital. Al pie, escrito a mano con tinta azul desvaída: «Sujeto L.M., día uno».

Se le revolvió el estómago.

—¿L.M.?

—Lucy Montoya.

Pasó página deseando no hacerlo. Lo que leyó le heló la sangre:

Expediente 438/08: Sujeto L.M., descendiente de Natalia Foster (Sujeto NF-15) y Guillem Soriano (Director del Programa). Protocolo conductual activado desde gestación. Perfil genético óptimo para máxima receptividad neuronal. Programación continua hasta edad adulta.

Gabriel levantó la cabeza tan rápido que sintió un latigazo en las cervicales.

—Soriano es...

—El padre biológico. Sí. —Diana lo miraba con esa mezcla de pena y asco que reservaba para la porquería más chunga.

El mundo se tambaleó. El juez Guillem Soriano no solo había abusado de críos durante décadas. Los había fabricado.

Diana deslizó otro documento. Fecha de 2027, tres años atrás.

—Mira la última anotación.

Una línea solitaria, letra más actual:

Sujeto plenamente operativo. Psicología estable. Condicionamiento al 97%. Listo para acercamiento al objetivo principal. Iniciar Protocolo Morfeo.

—No puede ser. —Las palabras salieron solas—. La mandaron a por Clara.

Diana asintió con esa calma de quien ha visto demasiada basura.

—Lucy no es una víctima al uso, Gabriel. La han diseñado desde que era un puñado de células. Programada para ser el arma perfecta.

Gabriel se levantó. La silla protestó. Necesitaba moverse o reventaría. Se plantó frente a la ventana que daba a la Plaza Mayor. El campanario de la Concatedral. Más allá, cielo plomizo

amenazando tormenta sobre el puerto. Su cabeza trabajaba a toda máquina.

—Clara lo pilló. —Diana se acercó—. Por eso la nota: «No te fíes de ella». Descubrió qué era Lucy.

—Y lo más fuerte —Diana bajó la voz— es que Lucy seguramente ni sabe lo que es. La han condicionado tan a fondo que se cree una persona normal. Una víctima de verdad.

Gabriel repasó cada momento con Lucy. Esa cara de cordero degollado. El temblor real. Las lágrimas auténticas. ¿Todo teatro? Una actuación tan perfecta que ni la propia actriz sabía que actuaba.

—No cuadra. Lucy estaba hecha polvo cuando Vega la encontró. Las torturas eran reales. Casi la matan, Diana. Vi las heridas. Eva las documentó.

Diana se quitó las gafas y las limpió despacio.

—¿Y si las torturas también eran parte del plan?

—¿Machacar a tu propio activo? No tiene sentido.

—Lo tiene si necesitas que su tapadera sea perfecta. —Diana volvió a ponerse las gafas—. Piénsalo. Una víctima real con heridas reales, trauma real. ¿Quién iba a sospechar? Cuando menos, siembra dudas en todos nosotros.

8

Despacho de Diana Silveira, Castellón — 13 de marzo de 2030, 11:18 h

Gabriel apretó los puños. La mente capaz de montar semejante monstruosidad no tenía límites. Maldad pura.

—Sacrifican a su propia gente para que el numerito sea creíble.

—O algo peor. —Diana bajó la voz—. Puede que Lucy aceptara las torturas voluntariamente. Parte de su programación. Sufrir por la causa.

El silencio fue espeso. La idea era tan retorcida que dolía solo de pensarla.

—Necesito dar con la madre. Natalia Foster.

Diana esbozó esa sonrisa amarga de quien ya no se sorprende.

—Te he adelantado el trabajo. Vive en el Maestrazgo con identidad falsa. Ahora es María Ibáñez Villanueva.

Le pasó un papel con una dirección.

—¿Cómo la has encontrado tan rápido?

—Veinte años persiguiendo alimañas dan para mucho. Las que escapan siguen el mismo patrón. Sitios apartados pero con salida rápida. Nombres corrientes. El Maestrazgo es perfecto: aislado pero accesible.

Gabriel se guardó el papel.

—¿Quién más sabe esto?

—Tú y yo. Nadie más. —Diana señaló la caja fuerte—. He hecho copias encriptadas, pero el original vuelve hoy a los archivos. Si alguien consulta el registro, sabrán que hemos metido las narices.

Gabriel captó el mensaje. Pies de plomo.

—Clara sigue viva. —Sin dudarlo—. La necesitan. Si solo quisieran quitarla de en medio, ya habría aparecido el cadáver.

Diana le puso una mano en el hombro, cosa rara en ella.

—Ten cuidado, Gabriel. Si programaron a Lucy para colarse en la vida de Clara, y ahora Clara ha desaparecido... tú podrías ser el siguiente. O peor: puede que hayas sido el objetivo desde el principio.

Gabriel recordó las palabras del falso guardia antes de morir. «Usted es la obra maestra». La sangre guardada. El símbolo. Todo apuntaba a algo mucho más gordo.

—No es una operación de limpieza. Es un ritual. Están montando el número final y puede que yo sea parte del reparto sin saberlo.

Se miraron, compartiendo esa sensación de estar al borde del precipicio.

—El Código no es una red criminal cualquiera. Es una secta.

Diana asintió.

—Y toda religión necesita sus elementos básicos.

—Fieles devotos. —Gabriel se puso la chaqueta—. Y mártires dispuestos al sacrificio.

Media hora después, Gabriel pisaba el acelerador camino del Maestrazgo. El cielo se había cerrado, nubes negras prometiendo tormenta. Los primeros truenos retumbaban sobre las montañas.

Mientras el paisaje volaba, Gabriel no podía quitarse la imagen de Lucy en el hospital. Esperando sin saberlo órdenes grabadas en su cerebro. Una bomba de relojería.

La carretera del Maestrazgo serpenteaba entre barrancos y pinares. En algún lugar de esas montañas, Natalia Foster —o María Ibáñez— guardaba piezas clave. Tal vez las respuestas. Tal vez la última oportunidad de salvar a Clara.

Si no era demasiado tarde.

Si alguna vez había existido una oportunidad real en esta partida trucada desde el principio.

Los limpiaparabrisas empezaron su baile cuando las primeras gotas golpearon el cristal.

La tormenta acababa de empezar.

9

Carretera CS-840, El Maestrazgo — 13 de marzo de 2030, 15:30 h

Gabriel Ferrer llevaba el León pegado a la CS-840, esa carretera que se retuerce hacia el Maestrazgo como una cicatriz mal curada. Los relámpagos partían el cielo, iluminando los pinos que se doblaban bajo el vendaval. El motor protestaba en cada curva, pero Gabriel mantenía los sesenta por hora.

Cuatro años y once días desde la última vez que vio a Natalia Foster. O María Ibáñez Villanueva, según el DNI falso que se había agenciado por canales que Gabriel prefería no conocer. A veces, para hacer justicia, hay que mirar para otro lado.

El GPS marcaba dos kilómetros hasta el desvío. Los dedos de Gabriel tamborileaban sobre el volante, ese tic cuando el caso olía mal. Y este apestaba desde el principio.

La masía apareció entre los robles como sacada de un folleto de turismo rural. Piedra del terreno, tejas árabes restauradas, un jardín de aromáticas. Romero, tomillo, lavanda. Todo en su sitio.

Aparcó pegado al muro y dejó que el silencio se instalara. La lluvia aporreaba el cristal. Tres respiraciones profundas, como le enseñó aquel sargento vasco en su primer destino.

No sirvió. La tensión seguía ahí, agarrada al cuello.

Salió corriendo bajo el chaparrón. La cazadora empapada en segundos. Tres golpes en la puerta. Esperar. Tres golpes más. El código de siempre.

La puerta se entreabrió. Natalia tras la cadena, con más arrugas y esa mandíbula tensa de quien vive esperando lo peor.

—Gabriel. —Un susurro seco—. Sabía que acabarías viniendo.

El salón olía a leña de encina y espliego, pero no tapaba el tufo a miedo que lo impregnaba todo. Natalia cerró las cortinas con movimientos de autómata.

—Es por Clara Llorens. —Gabriel fue al grano—. La han secuestrado.

Natalia se quedó clavada junto al aparador, los nudillos blancos de apretar la madera.

—¿Y vienes a verme porque...?

—Porque me mentiste hace cuatro años. —Gabriel se inclinó hacia delante—. Lucy Montoya. Te olvidaste de mencionarla.

El nombre cayó como una bomba sin estallar.

Natalia sacó una botella de Fundador con dos vasos. Los llenó hasta arriba con manos temblorosas. Se bebió el suyo de golpe.

—Vas a necesitar esto —dijo, tendiéndole el otro.

Gabriel lo cogió pero no bebió. Años en la Benemérita te enseñan a mantener la cabeza clara.

Pero algo en la cara de Natalia le decía que lo que venía iba a ser gordo.

—Soriano no era solo un depredador. —Natalia se sirvió otro—. Era un científico. Un ingeniero del comportamiento humano.

—Habla claro.

—Lucy no fue casualidad. —Se hundió en el sillón—. La diseñaron. La programaron desde antes de nacer. La crearon para ser su juguete perfecto.

Las palabras quedaron flotando como gas venenoso.

—Me tuvieron encerrada tres años. —La voz se le rompía—. Controlaban todo. Cuándo comía, cuándo dormía, cuándo...

Se atragantó.

—Cuándo me obligaban a estar con Soriano. —Las lágrimas empezaron a caer—. Me hacían desnudarme delante del equipo médico. Como ganado. Si me resistía, me ataban.

Gabriel apretó los puños hasta clavarse las uñas.

—Me eligieron por mi «receptividad neurológica óptima». —Hizo comillas con los dedos—. Como una yegua de cría. Me controlaban los ciclos, la comida al miligramo, me inyectaban cosas que nunca supe qué eran.

Natalia se bebió el tercer brandy.

—Tres años en una habitación sin ventanas. Sin reloj. Sin saber si era de día o de noche. Solo entraban para los experimentos. Para las sesiones con Soriano.

—Dios mío, Natalia...

—Lucy fue su obra maestra. —Cada palabra destilaba veneno—. La niña perfecta según sus cálculos. Mi perfil neurológico combinado con su ciencia retorcida.

Gabriel se pasó las manos por la cara.

Natalia fue a un escritorio y sacó una carpeta vieja. La abrió sobre la mesa con cuidado.

Papeles mecanografiados. Gráficas médicas. Fotos que documentaban el horror con frialdad clínica.

—Había docenas como yo. —Señaló los papeles—. Otras mujeres. Otros sujetos. El programa llevaba décadas cuando me pillaron en 2006.

Gabriel repasó los documentos sintiendo cómo la bilis le subía.

—¿Por qué no denunciaste cuando escapaste?

—¿A quién? —La risa amarga de Natalia—. ¿Tienes idea de cuántos jueces, políticos y peces gordos salen aquí? El Código no es una secta de pirados. Es una red con tentáculos en todas partes.

—Pero Clara...

—Clara descubrió la verdad investigando lo de Lucy. Encontró conexiones. Por eso se la han llevado. Sabe demasiado.

Gabriel se levantó de golpe.

—¿Dónde la tienen?

—No lo sé. —Más lágrimas—. Te lo juro.

—La voy a encontrar. —Gabriel fue hacia la puerta—. Y voy a desmontar esta banda de desgraciados pieza a pieza.

—Espera. —Natalia lo agarró del brazo—. Si te topas con Lucy, ten cuidado.

—¿Por qué?

—Hay una palabra que activa su programación. Un gatillo mental. Si la oyes decir «misericordia», lárgate. No intentes ayudarla. No hables con ella. Solo corre.

Gabriel conducía de vuelta con la cabeza a mil. En el maletero llevaba el equipo: la HK, la linterna táctica, las esposas, y ahora el peso de una verdad que lo cambiaba todo.

Lucy Montoya no era una víctima. Era un arma biológica programada desde el vientre.

Y Clara había descubierto esta barbaridad.

Por eso se la habían llevado. No por venganza. Por supervivencia. Para proteger un secreto que llevaba décadas pudriéndose en las cloacas del sistema.

Pero Gabriel Ferrer no era solo un comandante. Era un perro viejo con el olfato afilado por años persiguiendo a la peor escoria.

La tormenta azotaba el parabrisas. Los limpias peleaban contra cortinas de agua que convertían la carretera en un río. Los truenos retumbaban sobre las montañas.

Delante, la costa esperaba.

Gabriel pisó a fondo. El motor del León rugió contra la tormenta.

Se había acabado el tiempo de los secretos.

Había llegado la hora de ajustar cuentas.

10

Hospital Comarcal de Vinaròs — 13 de marzo de 2030, 19:30 h

Antonio Vega llevaba dos horas en el coche. Dos horas vigilando la entrada del hospital. En este caso, lo «normal» daba miedo.

El sol se hundía tras el puerto, tiñendo el cielo de naranja oxidado. Vega encendió un Ducados y repasó lo que había memorizado del pendrive del fiscal Montero. Experimentos con críos. Manipulación cerebral. Condicionamiento psicológico a saco. Se había grabado cada dato antes de destruir el dispositivo. Ahora esa información le pesaba en las tripas como plomo.

El Nokia vibró.

Mensaje: «Hay novedades importantes. Cafetería El Faro. 20 minutos. Ven solo. A.S.»

Alicia Salgado. La inspectora jefa de la UCO no perdía el tiempo con tonterías.

Vega tiró el pitillo a medias y arrancó. Mientras cruzaba Vinaròs, estudiaba cada cara, cada coche. La paranoia del oficio convertida en instinto. Cualquiera podía ser del Código.

El Faro era una reliquia ochentena agarrada al paseo marítimo. De esas que sobreviven a base de fritanga honesta y café del malo.

Salgado ya estaba al fondo, mesa estratégica, dos cortados humeando sobre la fórmica gastada.

—Siéntate. —Ni levantó los ojos del móvil encriptado—. Tenemos diez minutos antes de que alguien note que no estamos donde deberíamos.

Vega captó la tensión en sus hombros.

—Los de toxicología han encontrado algo raro en la sangre de Lucy Montoya. —Salgado bajó la voz—. Una sustancia que no sale en ninguna base de datos.

—¿De qué tipo?

—Compuesto neurofarmacológico de diseño. —Le pasó una foto por debajo de la mesa—. Altera la plasticidad neuronal. Aumenta la sugestionabilidad a tope, interfiere con los recuerdos. Y ahora viene lo gordo: las concentraciones más altas estaban en el tejido de las heridas.

Vega miró la imagen. El brazo de Lucy con esa marca circular. Pero ahora, con el zoom, veía algo nuevo: dentro de la cicatriz, grabado con bisturí, un diseño microscópico. Dos letras entrelazadas: C y O.

—El dichoso Código —masculló.

Salgado asintió.

—Hemos investigado a Lucy. El rastro lleva a un centro de acogida en Morella, cerrado en 2010. La adoptaron con siete años. —Pausa—. Una familia que no existe en ningún registro.

Las piezas encajaban con precisión que daba grima. Familia fantasma para una niña de laboratorio.

—¿Qué hay de Clara Llorens?

—Interceptamos una comunicación hace dos horas. —Salgado se inclinó—. Hablan de una «transferencia mañana al amanecer». Zona montañosa, interior de Castellón.

—El Maestrazgo.

—Exacto. Y aquí entras tú. —Los ojos de Salgado lo taladraron—. Necesitamos a alguien que ya esté metido y pueda moverse sin levantar sospechas.

Vega sintió el subidón de adrenalina.

—Hay un sitio que llaman La Ermita. —Salgado desplegó un mapa con coordenadas en rojo—. Era el cuartel general del Código en los noventa. Abandonado desde 2007, según los papeles. Pero los satélites detectan consumo eléctrico desde hace cuatro días.

Vega estudió el terreno. Montaña chunga. Un solo acceso por carretera, mil sitios para una emboscada.

—¿Voy solo?

—De momento, sí. Hay un equipo a veinte minutos. Más cerca sería cantarlo. —Guardó el mapa—. Si encuentras a Clara, evalúas. Solo la sacas si es seguro. Si no, documentas y esperas refuerzos.

Y añadió con un tono que heló a Vega:

—Pero recuerda: el objetivo son los jefes del Código. Clara es importante, pero secundaria.

—Clara es una víctima. Mi trabajo es proteger víctimas.

Sonrisa amarga de Salgado.

—Claro. Solo asegúrate de distinguir las víctimas de verdad de las que hacen teatro. —Se levantó—. En este juego, nada es lo que parece.

Miró el reloj.

—Sales mañana al alba. Equipo completo, comunicaciones seguras, GPS activo. —Se inclinó, y Vega olió su perfume mezclado con ese tufo a pólvora que nunca se va—. Y Vega... no te fíes de nadie. Ni de los que parecen de los tuyos.

Y con esa perla, Salgado se esfumó en la noche.

Vega se quedó sentado, procesando. ¿Advertencia real o forma de aislarlo? En este laberinto, la paranoia no era defecto sino herramienta.

Observó a los pescadores de las otras mesas. Tíos curtidos por el mar. Gente simple. Pero las apariencias eran el mejor disfraz.

Pagó y salió al aire húmedo. Las farolas del puerto bailaban sombras sobre el agua negra. En algún lugar, más allá de las luces, las montañas del Maestrazgo guardaban secretos que preferían quedarse enterrados.

Mañana, con el sol, se metería en territorio hostil. Hacia La Ermita. Hacia respuestas que igual no quería oír.

Caminando al coche, repasó el equipo. Chaleco nivel IV. La HK con tres cargadores extra. Cuchillo táctico. Botiquín de combate. Cámara con tele. Todo lo que necesita un tío que va a meterse en la boca del lobo.

La brisa trajo olor a sal y algas. Por un momento, pensó en su hermana, en los sobrinos jugando en una playa gallega. Gente normal con vidas normales.

Sacudió la cabeza. La nostalgia era un lujo que no podía permitirse. No con Lucy en el hospital, programada como una bomba. No con Clara en manos de gente que la considera descartable.

El motor arrancó con su ronroneo de siempre. Vega enfiló hacia el hostal, sabiendo que no dormiría.

El Nokia sonó. Número bloqueado.

—Brigada Vega.

—Soy Robles. —La voz del teniente sonaba como alambre tensado—. Escucha con atención: acaban de apartar a la inspectora Salgado del caso. Oficialmente por «conflicto de intereses no declarado».

—La están sacando del tablero.

—Exacto. Y tú eres el siguiente si no andas con cuidado. —Pausa —. Lo que hayas descubierto, guárdatelo. No hables con nadie.

—¿Nos vemos?

—Mañana. Gasolinera Shell abandonada, carretera de Morella, kilómetro 37. Cero siete cero cero horas. Ven solo y armado.

La línea murió.

Vega se quedó inmóvil. Si habían neutralizado a Salgado, era porque se estaban acercando peligrosamente a algo gordo. ¿O acaso Salgado también formaba parte del entramado? En este laberinto de espejos, cualquier cosa era posible.

11

Morella, Castellón — 13 de marzo de 2030, 23:30 h

La lluvia caía sobre Morella como si hubieran reventado las tuberías del cielo. Gabriel Ferrer aparcó el León frente a la comisaría, un mamotreto de ladrillo visto que desentonaba entre tanta piedra medieval. Las ventanas del segundo piso brillaban en la oscuridad. Los del turno de noche, currando mientras el resto del mundo roncaba.

Se quedó un momento en el coche. El habitáculo olía a sudor rancio y café frío después de dos horas desde la masía de Natalia. Las palabras de la mujer le rebotaban en el cráneo:

Lucy Montoya: un experimento con patas programado desde el útero.

Clara Llorens: demasiado lista para su propio bien, y ahora desaparecida.

Se subió la cremallera y salió pitando. La lluvia le dio la bienvenida con ganas.

La comisaría tenía esa atmósfera depresiva del turno de noche. Fluorescentes que zumbaban, linóleo gastado, y ese olor a humanidad cansada que ningún ambientador disimulaba.

Domínguez levantó la cabeza del mostrador. Un crucigrama a medias, una taza de café vencida por el tiempo. El sargento tenía

cara de veterano que ya no se sorprende con nada.

—Comandante Ferrer. —Un cabeceo—. Otra noche de insomnio, ¿eh?

—Necesito acceso al archivo histórico. —Gabriel fue al grano—. Expedientes del caso Refugio, del 95 al 2007. Para lo de Llorens.

Domínguez no perdió tiempo en preguntas. Se levantó con el crujido de quien lleva demasiadas horas plantado y sacó las llaves.

Atravesaron pasillos que habían visto más pintura en las fotos de los comisarios muertos que en las paredes. El tintineo de las llaves marcaba el ritmo.

La sala de archivos los recibió con su perfume característico: papel viejo, polvo y esa humedad levantina que se cuela hasta en los cajones cerrados.

Domínguez le dio al interruptor. Los fluorescentes tosieron luz sobre estanterías metálicas hasta el techo. Treinta años de delitos ordenados según el manual.

—¿Necesita algo más, mi comandante?

—No, gracias. Ya le aviso.

La puerta se cerró. Gabriel se quedó solo con los fantasmas de papel.

Recorrió las etiquetas. Fechas, apellidos, números de procedimiento. Cada carpeta era una película de terror resumida en documentos oficiales.

«Operación Refugio 1995-2007. CLASIFICADO.»

Ahí estaba.

Llevó el tocho hasta la mesa central. La abrió con cuidado. Los papeles crujieron como hojas secas.

Fotos en blanco y negro. Informes mecanografiados cuando los ordenadores eran ciencia ficción. Testimonios transcritos con frialdad burocrática que no ocultaba el horror.

Gabriel leyó como si le fuera la vida en ello.

Críos que desaparecían de orfanatos. Adolescentes que se esfumaban de centros de acogida. Y las autoridades archivándolo todo como «fugas voluntarias».

Qué conveniente.

Pero Gabriel olía la podredumbre. Había un patrón. Un sistema. Una maquinaria bien engrasada funcionando en la sombra.

Los informes forenses eran para echarse a temblar. Marcas de pinchazos. Desnutrición calculada al milímetro. Síntomas de lavado de cerebro de manual.

Gabriel garabateaba notas a toda pastilla.

Todo apuntaba a lo mismo: experimentación con seres humanos a escala industrial.

Las últimas páginas traían una sorpresa:

«Operación Ermita, 2006. Instalación abandonada – presunta vinculación con condicionamiento psicológico y experimentación no autorizada. Sin evidencias confirmatorias.»

Al pasar página, una foto se escurrió hacia el borde. Gabriel la pescó al vuelo.

Un edificio de piedra perdido en la montaña. Hiedra por todas partes, ventanas tapiadas, pinos alrededor como centinelas.

Le dio la vuelta.

«La Ermita - Sierra del Maestrazgo - Coordenadas: 40°39'15"N 0°6'42"W»

El corazón se le aceleró. Esa foto no pintaba nada ahí. Alguien la había colado.

Era como encontrar el gordo de Navidad en un cajón viejo.

La fotografió desde todos los ángulos con el móvil. Apuntó cada detalle.

La Ermita.

Por fin tenía algo sólido.

Devolvió el expediente a su sitio. Ni rastro de su visita. Luces apagadas, vuelta al pasillo vacío.

Sus pasos sonaban como disparos en el silencio.

Domínguez seguía con su crucigrama.

—Gracias, sargento. Ya he terminado.

—Para eso estamos, mi comandante.

Gabriel salió a la calle. El aire frío le espabiló de golpe.

Las piezas del puzle empezaban a encajar. Y el dibujo que formaban daba escalofríos.

La Ermita era la clave. Lo sabía con esa certeza que te dan veinticinco años pateando las calles.

Arrancó. Los limpias barrían la lluvia con ritmo hipnótico.

Necesitaba dormir unas horas. Procesar. Planificar sin meter la pata.

Pero por primera vez desde que Clara había desaparecido, sabía dónde ir.

En el Hostal La Muralla se registró con nombre falso. Efectivo, habitación en segunda planta con vistas a la carretera.

Los viejos hábitos no se pierden.

Se sentó en la cama y desplegó las notas. Fotos, coordenadas, todo sobre La Ermita.

Lucy Montoya era un arma con piernas creada en laboratorio.

Pero también era una chica de veintidós años que no había elegido nada.

Gabriel se restregó los ojos. El dilema le comía por dentro. ¿Cómo proteger a Clara de alguien programado para hacer daño? ¿Cómo defenderse de una cría que podía volverse letal con una palabra?

«Misericordia», había dicho Natalia. La palabra que convertiría a Lucy en una máquina de matar.

Pero debajo de la programación había una víctima. Una niña torturada, manipulada, convertida en herramienta. Veintidós años robados.

¿Cómo parar a alguien así sin destrozarla más?

Se acercó a la ventana. La lluvia seguía cayendo, convirtiendo las farolas en manchas de acuarela.

Clara había destapado todo este pastel. Y ahora la tenían ellos.

Tenía que encontrarla. Sacarla. Pero también pensar en Lucy. No podía verla solo como amenaza. Era las dos cosas: peligro y víctima, arma y ser humano hecho pedazos.

Su juramento era proteger y servir. ¿Pero cómo proteges a alguien de sí mismo? ¿Cómo salvas a quien han convertido en bomba?

Aquella madrugada lluviosa, mientras Morella dormía envuelta en siglos de historia, Gabriel Ferrer se enfrentaba a un problema sin solución fácil.

No pararía hasta desmontar la red. Pero con un objetivo más: intentar salvar también a las víctimas convertidas en verdugos.

Porque en algún lugar de las montañas del Maestrazgo, en un edificio llamado La Ermita, había respuestas que podían salvar o condenar a todos.

12

Hostal Las Palmeras, Vinaròs — 14 de marzo de 2030, 00:12 h

Antonio Vega entreabrió la puerta con la HK pegada al muslo, escondida tras el marco pero lista. Manual básico: parecer un paisano mientras tienes el dedo en el gatillo.

El fiscal Enrique Montero esperaba junto a un Audi A4 color rata mojada, las manos visibles sobre el capó. Tenía esa pose del que caza y sabe que también lo cazan. Al ver a Vega, se acercó con cuidado.

—Brigada Vega. —La voz le salió demasiado tranquila. El tío estaba nervioso—. Tenemos que hablar ya.

—¿Cómo me ha encontrado?

Montero soltó el aire.

—Le puse un GPS el día que aceptó el trabajo. En el Nokia que le di con el pendrive.

A Vega se le revolvieron las tripas. Sacó el móvil y lo miró como si llevara una víbora en el bolsillo.

—Tranquilo. —Montero levantó las manos—. Era para protegerle, no para espiarle.

—¿Protegerme de qué?

Montero echó un vistazo a las ventanas del hostal. Demasiados ojos.

—De lo mismo que le acaba de pasar a la inspectora Salgado. Han intentado cargarséla hace dos horas.

A Vega se le aflojaron las piernas. Alicia Salgado, la misma que esa tarde le había dado órdenes.

—¿Está...?

—Viva de milagro. Le trucaron los frenos. Si no llega a ser por un quitamiedos que la paró antes de despeñarse...

Vega procesó el dato. Si habían ido a por Salgado, él estaba en la misma lista.

—¿Y cómo sé que no es usted el que mueve los hilos? —La mano se le fue hacia la pistola.

Montero intentó sonreír pero le salió una mueca.

—Porque si yo fuera el malo, ya estaría criando malvas. Y no habría venido solo a avisarle.

Tenía sentido, aunque Vega había aprendido que en este circo la lógica era lo primero que se iba al garete.

—Salgado me dijo que no me fiara de nadie. Sobre todo de los que parecen amigos.

—Salgado es una crack. —Montero reconoció—. Pero ahora mismo, soy lo más parecido a un amigo que va a encontrar en cien kilómetros.

Se acercó y bajó la voz.

—Alguien de arriba está cargándose el equipo pieza a pieza. A Salgado la quitaron por las buenas, pero el sabotaje era el plan B.

—¿El fiscal general Ricardo Simón?

—Simón es solo la punta del iceberg. El Código lleva décadas metido en el sistema. Gente que ha convertido el encubrir trapos sucios en un arte.

Vega sintió cómo la paranoia se le instalaba en el pecho.

—¿Y el teniente Robles?

El silencio de Montero fue más claro que el agua.

—Ese es el problema. —Admitió—. No sabemos de qué lado está.

Un Mondeo pasó por la carretera. Los faros barrieron el parking. Los dos se pusieron tensos hasta que el coche desapareció.

—¿Qué propone? —preguntó Vega.

—Que venga conmigo ahora. Deje el coche, el móvil, todo lo que puedan usar para seguirle.

—¿Adónde?

—A un sitio seguro donde podamos reagruparnos sin que nos conviertan en fiambres.

Vega sopesó las opciones. Quedarse era ser un pato de feria. Irse con Montero podía ser una trampa, pero también la única jugada con opciones.

—Si esto es una encerrona —dijo con voz de cuchillo—, no me voy solo.

—Ojalá fuera tan fácil como una mentira, Vega. Esto es bastante más chungo.

13

Hostal Las Palmeras, Vinaròs — 14 de marzo de 2030, 00:25 h

Vega subió a por lo imprescindible: papeles, ropa limpia, cargadores. Al cerrar la puerta de la 17, lo supo con esa certeza del estómago: no volvería. Era ese adiós que conocen los que viven al límite.

—Deje las llaves en recepción —dijo Montero—. Diga que se larga al alba por un marrón familiar.

Mientras Vega hacía los trámites, Montero vigilaba junto al Audi, mirando cada sombra del parking.

—¿Adónde vamos? —preguntó Vega al sentarse de copiloto.

Montero arrancó y salió sin luces hasta la carretera.

—A un sitio donde espero que El Código no haya metido las zarpas todavía.

Cambió a tercera.

—Aunque cada vez creo menos que exista un sitio así.

El silencio pesaba como plomo. Vega no quitaba ojo del retrovisor. Cada sombra era un francotirador. Cada coche, una emboscada.

—¿Clara Llorens sigue viva? —La pregunta salió después de varios kilómetros.

Montero miraba fijo la secundaria.

—Más le vale. Sin ella, todo se va al garete.

—¿Y Lucy Montoya?

Los nudillos del fiscal se pusieron blancos.

—Lucy Montoya es una bomba sin desactivar. Y el reloj no para.

Las palabras de Salgado le volvieron: programada como un arma. Había oído cosas en los pasillos de la Comandancia. Experimentos tapados. Programas que no existían. Críos convertidos en máquinas.

—Salgado insinuó que podría estar condicionada.

—Salgado sabe demasiado. Por eso fueron a por ella.

Media hora después, las luces de la ciudad eran historia. Solo monte. Solo la negrura del interior de Castellón.

Vega reconoció el terreno por las rocas.

—Vamos al Maestrazgo.

—¿Conoce la zona?

—Patrullé estos montes de novato. Terreno chungo. Mil sitios donde perderse.

—O donde perder cosas —añadió Montero con voz de funeral.

El desvío apareció sin avisar. Un camino de cabras. Los faros del Audi peleaban contra una oscuridad que se tragaba la luz.

—Fiscal —dijo Vega cuando el GPS se quedó sin cobertura—. Si esto sale mal...

—Diga.

—Tengo familia. Una hermana viuda. Dos críos.

Montero le echó una mirada.

—Su familia está protegida. Se lo garantizo.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Porque conozco cómo funciona el Código. Limpian por necesidad, no por gusto.

La masía apareció entre pinos viejos. Piedra negra de años a la intemperie. Ventanas tapiadas. Una puerta de roble que había conocido mejores tiempos.

—¿Qué es esto?

—Mi plan B. Para cuando llegara este día.

Dentro olía a humedad y secretos. Un generador diésel tosió vida, iluminando un espacio mitad búnker, mitad central de espionaje casero.

Papeles clasificados por todas partes. Fotos ampliadas. Hilos rojos conectando puntos.

—Bienvenido a mi obsesión. —Montero señaló—. Tres años de investigar resumidos en estas paredes.

Vega se acercó a un panel. Tipos trajeados sonriendo en saraos oficiales. Políticos de los gordos. Jueces conocidos.

—¿Reconoce caras?

Vega fue señalando.

—Rafael Císcar, consejero de Justicia. General Martínez Soria, número dos de la Benemérita. Y este...

—Monseñor Joaquín Herrera, arzobispo de Valencia. Una gran familia feliz.

La magnitud del problema le cayó como un piano desde un décimo. No era una mafia normal. Era el sistema comiéndose a sí mismo.

—¿Cómo se lucha contra esto?

—Con esto. —Montero fue a una caja fuerte—. Las pruebas que Clara Llorens consiguió antes de esfumarse.

Los clics de la combinación sonaron como tiros.

El dossier que sacó parecía radiactivo.

—Los archivos completos del programa. Nombres. Sitios. Manuales de operaciones.

Vega abrió la carpeta como quien abre una carta bomba.

Y se arrepintió al instante.

Fotos de niños. Informes médicos describiendo torturas con bata blanca. Protocolos para convertir personas en armas.

—¿De dónde ha salido esto?

—Clara me lo dio hace una semana. Sabía que irían a por ella.

—¿Por qué no lo ha publicado?

Montero señaló el mural.

—Porque la mitad de los que deberían juzgar esto están ahí, sonriendo.

El callejón sin salida era perfecto. Las pruebas existían, pero no había tribunal limpio.

—¿Cuál es el plan?

—Esperar. Al alba tengo cita con la única jueza honrada que queda.

Un ruido fuera los cortó.

Pisadas. Varias. Botas militares rodeando la masía.

Montero apagó las luces.

—Nos han pillado.

Vega sacó la HK. El corazón a modo combate.

—¿Hay salida trasera?

—Sí, pero primero tengo que quemar los papeles.

—¡No hay tiempo!

—Si nos pillan con ellos, Clara habrá muerto para nada.

Una voz con megáfono atravesó los muros:

—¡Fiscal Montero! ¡Salgan con las manos arriba! ¡Están rodeados!

Vega reconoció la voz y se le heló la sangre.

Teniente Robles.

Montero lo miró con cara de entierro.

—Parece que nuestro club de confianza se acaba de quedar en dos.

14

Masía Abandonada, El Maestrazgo — 14 de marzo de 2030, 01:45 h

El fiscal Enrique Montero se movió con la precisión de quien ha ensayado cada gesto. Apartó la alfombra hecha jirones y, con una palanca oxidada que guardaba bajo el catre, levantó tres tablones del suelo. El agujero exhalaba un aliento de tumba.

—Por aquí —alumbró con la linterna—. El túnel sale a medio kilómetro, cerca de la carretera de los cincuenta. La que usaban los maquis.

Vega metió los papeles en la bolsa impermeable. Pesaban como cadáveres.

—¿Y usted? —preguntó mientras se ajustaba la HK.

—Les daré el espectáculo de su vida. —Montero comprobó el cargador de su Glock—. Veinte minutos aguantaré. Tiempo de sobra.

Otro golpe sacudió la puerta. La madera protestó.

—¡Última oportunidad, Montero! —La voz de Robles cortó la noche—. O sales o entramos.

El fiscal sonrió sin ganas.

—Parece que el teniente tiene prisa. —Miró por la ventana—. Cuento seis, quizá siete. Equipo táctico completo.

Vega ya tenía medio cuerpo en el agujero. El túnel, estrecho y forrado con tablones podridos, sudaba humedad de décadas. El hedor le golpeó la cara.

—Fiscal...

—Lárgate, Vega. —Se parapetó tras la mesa volcada—. Y cuando llegues arriba, cuenta todo. Que no quede ni uno sin señalar.

El brigada desapareció bajo tierra.

Montero respiró hondo. Los músculos recordaban la mili con los paracas. Calculó ángulos, distancias, tiempos. Tantos años entre leyes, y ahora tocaba lo básico.

El primer tiro reventó la cerradura. La puerta se abrió de golpe y Montero respondió con dos disparos certeros.

—¡Nos atacan! ¡Fuego a discreción!

La masía estalló en plomo. Montero se movía entre los muebles, disparando lo justo. En estos fregados, cada bala cuenta.

Un bote de humo rodó hacia dentro. El fiscal se tapó con el pañuelo mientras seguía disparando. Los ojos le ardían, pero aguantó.

Vega gateaba por el túnel arrastrando la bolsa. La luz del móvil apenas iluminaba dos metros. Raíces podridas le arañaban la cara. Bichos innombrables corrían por sus manos.

Los disparos llegaban amortiguados. Cada ráfaga, segundos que Montero le regalaba.

El túnel giró y empezó a subir. Los tablones dieron paso a roca resbaladiza. Vega patinó, se golpeó la cabeza, pero siguió trepando.

Aire fresco. La salida. Una reja oxidada entre zarzas cedió tras dos embestidas.

Salió chorreando sudor y barro. La lluvia había cesado, dejando una niebla espesa. A lo lejos, los fogonazos iluminaban la noche.

La carretera vieja —asfalto de cuando Franco— bajaba entre pinos. Vega echó a andar con la bolsa pegada al pecho.

Un kilómetro después, vio luz.

Una caseta de aperos reconvertida. Uralita, paredes encaladas, un huerto con alambre. Esa luz brillaba como salvación.

Llamó sin fuerzas.

—¿Quién va?

—Guardia Civil. —Mostró la placa—. Necesito ayuda.

La puerta se entreabrió. Un octogenario lo estudió con ojos que habían visto demasiado. Camisa de cuadros, pana remendada, manos curtidas.

—Está hecho polvo, hijo.

—Me persiguen. Necesito llegar a la comandancia.

El viejo lo calibró. Luego abrió.

—Pase.

Dentro olía a leña y curado. Mesa camilla, estufa de butano. Lo justo.

—Tengo una yegua —dijo cogiendo un candil—. Vieja pero dura. La carretera está a cinco kilómetros.

—No puedo pagarle...

—No he hablado de dinero. —Lo cortó—. Mi hijo era guardia. Cayó en acto de servicio. Un control que se torció. Reconozco a los míos.

En la cuadra, la yegua alazana tenía esa mirada noble de los animales buenos.

—Se llama Esperanza —dijo mientras la ensillaba con dedos artríticos—. Trátela bien.

Vega montó con esfuerzo, la bolsa en bandolera.

—Que Dios lo guarde. Y que llegue a tiempo.

Espoleó suave. La niebla se los tragó.

15

Masía Abandonada, El Maestrazgo — 14 de marzo de 2030, 02:30 h

En la masía, Montero contaba balas como un contable. Seis seguras. Quizá siete, si no la había fastidiado con el cargador extra.

El humo le había reventado la visión lateral. Sangraba por dos rozaduras —hombro y muslo— pero nada grave. Seguía en el juego.

—¡Montero! —Robles sonó más cerca—. ¡Se acabó! ¡No tienes salida!

El fiscal rodó a otra cobertura. Un error ahora y adiós muy buenas.

—¿Cuánto te pagaron, Robles? —gritó, ganando tiempo—. ¿Cuánto vale tu placa?

—No lo entiendes. —Robles sonaba dolido de verdad—. Esto es más grande que nosotros. Es el sistema protegiéndose.

—¿Protegiéndose? ¿Torturar críos es protegerse?

Silencio gordo. Luego:

—Ríndete, Enrique. Por los viejos tiempos. Te prometo que será rápido. Sin sufrimiento.

Montero soltó una risa que se volvió tos.

—Los viejos tiempos se fueron al carajo cuando te vendiste al Código.

Vio movimiento a la izquierda. Apuntó, calculó, disparó. La sombra cayó gritando.

Cinco balas.

Otra figura a la derecha. Dos tiros seguidos. Uno dio en el blanco.

Tres balas.

Se arrastró hacia la ventana trasera. Si llegaba al monte...

Un dolor como un hierro candente le atravesó el costado. Miró abajo sin creérselo. La mancha roja se extendía por la camisa como vino en un mantel.

Tocado.

Se desplomó contra la pared, las piernas de gelatina. La Glock pesaba toneladas.

Pasos acercándose sin prisa. Sabían que estaba listo.

Robles apareció en la puerta, impecable pese al follón. La HK colgaba de su mano, apuntando al suelo. Un último respeto entre colegas.

—¿Dónde está Vega?

Montero escupió sangre con asco.

—Muy lejos de tus garras, Judas.

—Los documentos...

—A buen recaudo. En buenas manos. —Sonrió con los dientes rojos—. Game over, Robles. Al Código le quedan dos telediarios.

Robles se acercó con cuidado. Se arrodilló junto a su antiguo compañero.

—Lo siento, Enrique. De verdad que lo siento.

—No tanto como lo sentirás cuando te juzguen.

El teniente vendido levantó el arma con pena.

—Que Dios te perdone.

—A ti no te perdonará ni el gato.

El último tiro sonó en la masía vacía como punto final.

A cinco kilómetros, Antonio Vega seguía galopando entre la niebla. Esperanza resoplaba pero aguantaba el ritmo con corazón de

campeona. Los documentos le golpeaban el costado, recordándole lo que llevaba encima.

A lo lejos, ahogado por la niebla, creyó oír un disparo solitario. Final. Definitivo.

Apretó los dientes hasta que le crujieron y espoleó a Esperanza con cariño.

El fiscal Enrique Montero había cumplido como un jabato. Ahora le tocaba a él terminar el trabajo.

La cacería del Código seguía, pero las cartas estaban barajadas de otra manera. Y Antonio Vega llevaba encima las pruebas que podían tumbar todo el chiringuito.

Si llegaba a tiempo.

Si encontraba a alguien de fiar.

Si la justicia todavía significaba algo en este país de pandereta.

16

Hospital Comarcal de Vinaròs — 14 de marzo de 2030, 04:47 h

Alicia Salgado se miró en el retrovisor del Renault Mégane robado. El uniforme de enfermera —sustraído de una lavandería industrial— le apretaba en los hombros. Se colocó la cofia para ocultar el pelo. Tenía que haber cogido una talla más.

El parking del hospital, desierto. Las farolas teñían todo de amarillo enfermizo. Contó los coches oficiales con precisión quirúrgica. Cuatro vehículos de la Guardia Civil. Demasiados para una custodia rutinaria. Robles se estaba curando en salud.

O quizá hacía falta.

Salió del coche arrastrando los pies, aparentando agotamiento. La mochila médica —sedantes, ropa civil, documentación falsa— pesaba, pero con la espalda encorvada pasaría desapercibida.

Urgencias bullía con su caos habitual. Un borracho vomitando. Una madre con un niño que berreaba. El decorado perfecto.

El vigilante del control leía el Marca.

—¿Qué hay? —gruñó sin levantar la vista.

—Vengo de refuerzo. Segunda planta —respondió Salgado con voz de quien lleva tres cafés sin efecto.

El tipo la miró. Ojos inyectados en sangre.

—¿Refuerzo? No me han avisado.

—Ya ves. —Se rascó la nuca—. Me llama la supervisora a estas horas. Que si hay dos de baja, que si la planta está hasta arriba... A mí me pagan por trabajar, no por pensar.

El vigilante la estudió. Salgado mantuvo su expresión de cansancio.

—Venga, pasa. Segunda planta, ala este.

—Gracias.

Caminó hacia los ascensores sin prisa pero sin pausa. Las cámaras la grababan desde todos los ángulos. Daba igual. Cuando revisaran las cintas, ella y Lucy estarían lejos.

El ascensor apestaba a lejía. Una residente miraba el móvil como zombi.

—Menuda noche, ¿no? —tanteó Salgado.

—Ajá.

Mejor. Menos charla, menos riesgos.

Segunda planta.

Dos guardias civiles custodiaban la 212. El veterano, imperturbable. El novato alternaba la mirada entre el pasillo y el móvil. Error de principiante.

Salgado se dirigió al control de enfermería.

—Perdona. —Le preguntó a una enfermera adormilada—. ¿La supervisora Fonseca?

—En el office. Tercera puerta.

El office olía a tabaco rancio. Una mujer de cincuenta años fumaba junto a la ventana.

—¿La supervisora Fonseca?

—¿Y tú quién eres?

—Manuela Vidal. De la ETT. Me han mandado de refuerzo.

Fonseca la escrutó de arriba abajo.

—¿Primera vez aquí?

—Sí. Por eso ando perdida.

Un suspiro profundo.

—Escucha bien. Ronda completa de la 208 a la 215. La 212 ni la mires, ¿entendido? Prohibido. Medicación, constantes y anotaciones.

¿Te apañas o necesitas ayuda?

—Me apaño.

—El carro está en el almacén 2B. Y Manuela... —Apagó el cigarro con saña—. Si la lías, no vengas llorando. Aquí cada uno se busca la vida.

—Clarísimo.

Salgado preparó el carro meticulosamente. Entre gasas y sueros, colocó sus herramientas: midazolam, ropa de calle, documentación. Lo necesario para una extracción rápida.

Comenzó la ronda. Habitación 208: un anciano con EPOC, respirando con dificultad pero estable. 209: vacía. 210: una mujer post-operada, morfina pautada.

Todo normal. Demasiado.

17

Hospital Comarcal de Vinaròs — 14 de marzo de 2030, 05:13 h

Hasta que llegó a la 212.

Los guardias civiles se cuadraron al verla acercarse con el carro. El veterano —sargento por los galones— dio un paso al frente.

—¿Adónde va?

—A administrar la medicación. —Salgado señaló el carro—. Las seis en punto, antibióticos y analgésicos.

—Aquí no entra nadie sin autorización.

—Me han ordenado hacer mi ronda. Si la paciente no recibe el tratamiento pautado...

—He dicho que no. —La mano del sargento rozó la pistola—. Órdenes del teniente Robles.

Robles. Si estaba implicado personalmente...

—De acuerdo. —Salgado levantó las manos—. Pero si el médico de guardia pregunta por qué no se siguió el protocolo...

—Espera. —El veterano reconsideró—. Voy a confirmarlo.

Sacó el móvil. Tres tonos sin respuesta.

—El teniente no contesta. —Miró a su compañero—. ¿Qué opinas?

El novato se encogió de hombros.

—Si solo va a darle la medicación...

—Cinco minutos —cortó el veterano—. Puerta abierta. La vigilo. Un movimiento extraño y entro.

—Entendido, sargento.

Salgado empujó el carro hacia la habitación. El corazón acelerado, las manos firmes. Años de operaciones encubiertas dejaban huella.

Lucy Montoya estaba despierta, observándola con ojos que habían visto demasiado. Veintidós años que parecían cincuenta.

—Hola. ¿Cómo ha ido la noche?

Silencio. Lucy desconfiaba. Normal.

Salgado se inclinó sobre ella, fingiendo revisar el gotero. Le susurró al oído:

—Soy la inspectora Salgado. Vengo a sacarte.

Lucy se tensó. Un temblor recorrió su cuerpo maltratado.

—Usted... La de Castellón.

—Sé lo que te han hecho. Todo. —Miró hacia la puerta—. Clara sigue viva pero le queda poco. Tenemos que irnos ya.

—No puedo. A veces pierdo el control. Hago cosas sin recordarlas. Soy peligrosa.

—Eso tiene solución. —Salgado sacó la jeringuilla—. Esto provocará convulsiones. Tú sígueme la corriente. ¿Confías en mí?

—Está loca. Van a...

—¿Matarte? Ya lo intentaron. —La miró fijamente—. Eres la única que conoce el sistema desde dentro. Nuestra única oportunidad.

Lucy cerró los ojos. Respiró hondo.

—¿Y después? ¿Dónde iremos?

—Mi padre tiene una masía aislada. Sin cobertura ni vecinos. El refugio perfecto.

—¿Y si me activo? ¿Si la programación...?

—No pasará. Confía.

El silencio pesaba. Desde el pasillo llegaban voces.

—¿Viste el Valencia-Villarreal? —decía el joven—. Partidazo.

—El Valencia está fatal —respondió el veterano—. Como no espabilen...

—Vale —susurró Lucy—. Hágalo.

Salgado inyectó el midazolam en el puerto. Contó mentalmente. Diez, nueve, ocho...

Lucy convulsionó. Espuma rosada en la boca. Ojos en blanco.

—¡Socorro! —Salgado volcó el carro—. ¡Shock anafiláctico! ¡Que venga alguien!

Los guardias entraron con las armas desenfundadas.

—¿Qué pasa?

—¡Reacción alérgica grave! ¡A reanimación, ya!

La doctora de guardia apareció al instante. Un vistazo bastó.

—Shock anafiláctico. Preparad adrenalina. ¡Rápido!

El caos fue inmediato. Salgado agarró la camilla. La doctora desconectaba monitores. Los guardias dudaban.

—¡Al ascensor principal!

Pero Salgado giró hacia el de servicio. En la confusión, nadie reaccionó a tiempo.

—¡Eh! —El sargento lo captó—. ¡Por ahí no!

Las puertas se cerraban. Salgado pulsó el sótano.

—Aguanta —susurró a Lucy—. Ya casi.

El sótano era un laberinto. Pero Salgado conocía cada pasillo. Ochenta metros hasta la salida de emergencia.

Empujó la camilla con todas sus fuerzas.

—¡ALTO! ¡GUARDIA CIVIL!

El sargento había bajado por las escaleras.

Cincuenta metros. Cuarenta.

—¡He dicho que pares!

El clic metálico del arma al amartillar.

Veinte metros.

El disparo resonó. La bala silbó, reventó una tubería. Agua por todas partes.

Salgado estrelló la camilla contra la puerta. Se abrió. Alarmas por todo el hospital.

—¡Vamos!

Lucy se incorporó tambaleante. El sedante la había aturdido pero podía moverse.

Corrieron hacia el Mégane. Más tropezando que corriendo, pero avanzaban.

Se lanzaron al coche cuando los guardias salían.

—¡Agáchate!

Salgado arrancó derrapando. Dos disparos más. La luneta saltó en pedazos.

Salió del parking a toda velocidad. En el retrovisor, los guardias corriendo a sus vehículos. Treinta segundos de ventaja.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. —Lucy temblaba—. ¿Adónde vamos?

—Lejos. Mi padre vive en el Maestrazgo. Es el único lugar seguro.

Tomó la N-232 hacia el interior. En cinco minutos estarían en secundarias donde verían venir a cualquiera.

El sol despuntaba tiñendo el cielo de naranja. Sería un día largo.

Y difícil.

Tres horas después — 08:00 h

La masía emergió entre almendros centenarios. Salgado detuvo el Mégane destrozado bajo un algarrobo antiguo. El motor tosió antes de morir.

—Llegamos.

Un hombre mayor salió al porche sin prisa. Josep Salgado. El mismo que había prestado la yegua Esperanza a Vega horas antes. Camisa de cuadros, pantalón de pana, manos curtidas.

—Papá. —Alicia bajó con piernas temblorosas—. Es Lucy. La chica que te mencioné.

Josep observó a la muchacha con ojos experimentados. Luego a su hija. El coche destrozado. La urgencia evidente.

Asintió en silencio. A veces el silencio comunica más.

—Pasad. Hay café y sobrasada.

La puerta de madera se cerró tras ellas. Por primera vez en días —quizá años—, Lucy respiró sin el peso del miedo.

Pero los tres sabían la verdad: era solo la calma previa.
La tormenta real estaba por llegar.
Y cuando lo hiciera, arrasaría con todo.

18

Sierra de Vallivana, El Maestrazgo — 14 de marzo de 2030, 05:30 h

La yegua Esperanza exhalaba vaho en el aire cortante del amanecer. Antonio Vega distinguió las luces del cuartel de Albocàsser dos kilómetros abajo, recortadas contra la neblina. El edificio oficial debería haber sido su salvación. Pero algo —ese instinto afilado por quince años de servicio— le advertía que no bajara.

Tiró de las riendas, deteniendo a Esperanza entre los pinos. El sexto sentido que se forja en patrullas y operaciones le clavaba agujas en la nuca. Era la misma corriente eléctrica que anticipa una emboscada, un registro fallido, las noches en que la muerte ronda.

Sacó los prismáticos Steiner del macuto. Equipo de los noventa, pero eficaz.

Lo que vio le erizó la piel.

Tres vehículos civiles bloqueaban estratégicamente las salidas. A las cinco y media, un cuartel de pueblo debería estar desierto salvo por el guardia de turno. Pero había demasiado movimiento. Entre los coches, un Audi A4 negro. Idéntico al de Montero. El mismo del hostal.

No es casualidad, pensó mientras enfocaba.

Las ventanas del cuartel brillaban como un árbol navideño. Sombras moviéndose con precisión militar, esa coordinación de un operativo planificado. En la entrada, dos tipos fumando con calma fingida.

—Maldita sea... —murmuró—. Nos han vendido.

El Código no solo había tomado posiciones. Controlaba el cuartel. Quizá siempre lo había hecho. Estaba solo, sin apoyo, con documentos que lo convertían en objetivo prioritario.

Guardó los prismáticos evitando reflejos delatores. Los meses en el BOEL resurgieron: supervivencia, evasión, resistencia, escape. Primera regla cuando el terreno es hostil: no te expongas.

Hizo girar a Esperanza alejándose del cuartel comprometido. Monte arriba, fuera de senderos marcados, entre árboles. Los documentos en la bolsa impermeable golpeaban su costado, recordándole que portaba una bomba. Si lo capturaban, no habría detención ni juicio. Solo un disparo y otro "accidente" en algún barranco del Maestrazgo.

Tres horas después — 08:30 h

Vega había puesto ocho kilómetros de monte entre él y el cuartel. La Sierra de Vallivana se desplegaba como un laberinto pétreo: barrancos imposibles, cuevas naturales, refugios usados por contrabandistas, maquis y fugitivos durante siglos. Conocía estos montes desde sus días de guardia raso, cuando patrullaba buscando plantaciones ilegales.

Encontró lo que buscaba cerca del Mas de Pau abandonado. Una balma —cueva tradicional— excavada por el agua durante milenios. Invisible a veinte metros, con el murmullo prometedor de agua cercana. Los pastores la habían usado siempre. Ahora sería su refugio.

Estableció el perímetro de seguridad según el protocolo. Llevó a Esperanza a un hueco natural con agua y pasto. Le quitó la montura con cuidado, agradecido, y la frotó con esparto seco como le enseñó su abuelo gallego.

—Tranquila, bonita. Ahora toca esconderse —susurró acariciándole el cuello.

La yegua resopló suavemente, como si comprendiera. Animal noble que da todo sin pedir nada.

Montó el campamento siguiendo el manual SERE del curso de supervivencia: borrar huellas, crear pantallas naturales, fundirse con el entorno. La invisibilidad es supervivencia.

Los documentos eran prioritarios. Con la luz filtrada en la cueva, revisó cada página. Todo estaba ahí: nombres de altos cargos, fechas de reuniones clandestinas, protocolos de experimentos atroces. Pruebas irrefutables de décadas de atrocidades oficiales.

Pero portarlos era demasiado riesgo. Exploró hasta encontrar una grieta profunda en la pared, seca y protegida. Envolvió los documentos en plástico industrial —cortesía del kit—, añadió bolsas de gel de sílice contra la humedad, y los ocultó tras un muro de piedras que parecía natural.

Solo yo sé dónde están. Si me capturan, al menos sobrevivirán.

Sin comunicaciones —móvil personal muerto, el Nokia de Montero intocable— recurrió a métodos tradicionales. Estableció un puesto de observación en un saliente con vista al valle. Los prismáticos revelaron la magnitud: tres controles en carreteras, patrullas peinando el monte. La cacería había comenzado.

Organizó la supervivencia con disciplina militar. Agua del manantial cercano, hervida por precaución en un cazo oxidado abandonado por algún pastor. Para comer, las provisiones del viejo —pan duro, tocino, almendras— y lo que ofreciera el monte. Localizó espárragos trigueros, collejas tiernas, hierbas aromáticas. Las proteínas serían más complicadas, aunque había detectado rastros frescos de conejo.

Montó trampas con alambre de viejas alambradas. Lazos en senderos de animales, cepos improvisados con lajas. La supervivencia no admite sentimentalismos. Era cazar o morir de hambre.

19

Carretera del Maestrazgo — 14 de marzo de 2030, 06:45 h

La carretera del Maestrazgo serpenteaba ante Gabriel Ferrer como una cinta de asfalto infinita. El Seat León de la Benemérita mantenía ochenta por hora mientras él repasaba las coordenadas de La Ermita. Sesenta minutos hasta el objetivo. Tiempo para planificar la entrada, estudiar el terreno, decidir si iba solo o pedía refuerzos.

Aunque la pregunta clave era: ¿a quién llamar cuando El Código había demostrado su alcance?

El móvil vibró contra el salpicadero. Número oculto. Prefijo 91. Madrid.

Gabriel levantó el pie del acelerador por instinto. A estas horas, con el sol asomando entre los picos del Maestrazgo, una llamada desde la capital solo traía problemas. Murmuró una oración antes de responder.

—Ferrer.

—Buenos días, comandante. —Voz de funcionario: cortés, distante, peligrosa—. Perdone que le moleste tan temprano.

—¿Quién es?

—Alguien con una propuesta sobre Clara Llorens.

El corazón se le detuvo un instante. Pisó el freno buscando dónde aparcar. *Señor, ilumíname.*

—Le escucho.

—Es sencillo. Un intercambio. Usted por ella.

El silencio pesaba. Gabriel procesó la oferta con la calma de veinticinco años de servicio. No era su primer canje de rehenes, aunque nunca había sido él la moneda.

—¿Por qué les intereso más que Clara?

Una risa helada.

—No se haga el modesto, Gabriel. Es la pieza que nos falta. El inspector que escapó en Morella. El hombre que sabe demasiado.

—No sé de qué habla.

—Da igual. La oferta está sobre la mesa. Le llamamos en una hora exacta. —Pausa calculada—. Y Gabriel... si avisa a alguien, si vemos un solo zeta de más, el trato salta. Y Clara Llorens se convierte en otra estadística.

Colgaron.

Gabriel contempló el móvil como si quemara. Cerró los ojos recordando a Isaías: "No temas, que yo estoy contigo". Las manos temblaban, no de miedo sino de tensión ante una decisión definitiva.

Vio un desvío: pista forestal hacia un mirador. Necesitaba pensar. Necesitaba rezar. Para ambas cosas necesitaba altura y soledad.

El León protestó en las rampas finales pero aguantó. Gabriel aparcó en una explanada con vista a medio Maestrazgo. Los picos recortados contra el cielo naciente. El valle envuelto en niebla.

Salió y respiró hondo. El aire cortante le aclaró las ideas. Apoyado en el capó caliente, contempló el horizonte. La creación recordándole que había fuerzas mayores que las conspiraciones humanas.

Veintiún años.

Clara llevaba veintiún años cautiva. Y en parte era culpa suya.

El recuerdo golpeó. Inspector novato, caso Morella, 2005. Clara contando su historia fragmentada. Pero él no vio. No quiso ver. Todo sonaba demasiado increíble. La fichó como otra adolescente fugada y archivó el expediente.

Error que condenó a una inocente a dos décadas de infierno. Pecado por el que había pedido perdón mil veces.

—Perdóname, Señor —dijo al viento—. Por ser tan ciego.

Las palabras se dispersaron. Gabriel se frotó el rostro. El cansancio pesaba, pero no era momento de ceder.

Cerró los ojos y rezó. Desde el seminario —antes de comprender que su vocación era el uniforme, no la sotana— había aprendido que en la oscuridad más necesitaba esa voz superior.

Señor, muéstrame el camino. Dame sabiduría. Si debo entregarme para salvar a Clara, dame valor. Pero que no actúe por culpa ni orgullo. Solo por amor verdadero.

Escuchó su corazón. Ese motor obstinado que seguía latiendo pese a todo.

Clara merecía libertad. Veintiún años bastaban. Si existía una posibilidad de sacarla, debía intentarlo. *Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos.*

Pero también percibía el peligro. El Código no jugaba limpio. Sus promesas valían poco.

Abrió los ojos. Un águila real planeaba sobre el valle, aprovechando las térmicas matutinas. Gabriel la siguió hipnotizado.

¿Una señal? ¿O simplemente un ave cazando? Para un hombre de fe no existían las casualidades.

Si aceptaba, necesitaría garantías reales. No palabras vacías de gente sin alma. Sobre todo, asegurarse de que Clara saldría viva.

20

Mirador del Maestrazgo — 14 de marzo de 2030, 07:35 h

El móvil sonó de nuevo. Gabriel miró la pantalla. Faltaban quince minutos, pero la impaciencia del enemigo jugaba a su favor.

Dejó que sonara cinco veces.

—Habíamos quedado en una hora.

—Las cosas cambian, comandante. —La misma voz, ahora con prisa mal disimulada—. Tenemos que acelerar.

—¿Por qué las prisas?

—Ha habido... movimientos. Gente desaparecida. Preferimos cerrar esto ya.

Gabriel apretó el teléfono. ¿Vega? ¿Montero? ¿Salgado?

—¿Qué movimientos?

—No es asunto suyo. ¿Se decide o no?

El viento arreció, zarandeando los pinos. El águila cambió el rumbo, ganando altura sin esfuerzo. Gabriel la observó mientras buscaba la respuesta.

—Necesito garantías.

—Por supuesto.

—Garantías reales. No palabrería.

Silencio largo. Cuando la voz regresó, había cambiado. Ya no era burocrática. Sonaba más cruda. Más auténtica.

—Le seré franco, Ferrer. No tenemos tiempo. Clara Llorens es un problema, no lo niego. Pero usted... —Pausa heladora—. Usted es otra historia. Y no solo por lo que vio en Morella hace veinticinco años.

Gabriel percibió algo más, algo oculto. *Protégeme, Señor.*

—¿Por qué no me han eliminado?

Risa seca.

—¿Eliminarle? Si supiera... No va de eso. Lo que nos interesa va más allá de lo que imagina. Hay... conexiones que ni usted conoce. Todavía.

La frase quedó suspendida. Amenaza o promesa. Gabriel notó las palmas sudadas pero mantuvo la calma de la fe.

—Insisto en las garantías.

—¿Qué necesita?

—Hablar con Clara. Verla. Confirmar que está bien.

—Puede hacerse.

—Y transparencia en el intercambio.

—Comandante. —El tono se volvió casi paternal, inquietante—. Si quisiéramos traicionarle, no perderíamos tiempo negociando. Clara aparecería en una cuneta y usted tendría un accidente. Que hablemos indica que buscamos algo más... refinado.

Tenía su lógica perversa. Pero había algo más en cómo hablaban de él. Como pieza única en un juego solo ellos comprendían.

—¿Cómo sé que cumplirán?

Pausa. Las palabras siguientes helaron:

—Porque tenemos un código de honor. Retorcido desde su perspectiva, pero honor. Cuando El Código da su palabra, la cumple. Es lo que nos distingue de los animales.

—Hay otra cosa que nos distingue —respondió Gabriel—. El alma inmortal. La capacidad de redención.

Silencio incómodo.

—¿Acepta o no?

Gabriel contempló el Maestrazgo. Pueblos dispersos en el valle. Montañas eternas testigos de siglos. El cielo proclamando la gloria

del Creador.

Un mundo que continuaría sin él. Pero donde cada vida importa, donde cada acto de amor deja huella.

—Hablemos del procedimiento —dijo finalmente, sellando su destino.

—Buena decisión. Escuche...

Mientras recibía instrucciones, Gabriel vio al águila trazar un último círculo antes de perderse tras los picos.

21

Mirador del Maestrazgo — 14 de marzo de 2030, 07:42 h

—Primero las pruebas —dijo Gabriel con voz de guardia viejo.

—Faltaría más. La pongo al teléfono. Treinta segundos justos.

Ruidos al otro lado: pasos sobre cemento, chirrido de metal, voces que no se entendían. Y luego, la voz que llevaba días esperando.

—¿Gabriel? —Clara sonaba hecha polvo pero entera—. Soy yo. Estoy... estoy bien dentro de lo que cabe. No lo hagas, es una...

Un golpe seco. Clara gritó. De verdad, no teatro. Sonidos de pelea.

—¡Clara! ¿Estás bien? ¡Clara!

—Está perfecta. —El tipo había vuelto, tan tranquilo—. Un poco cabezota, pero eso ya lo sabíamos. Ahora la prueba visual.

El móvil vibró al instante. Videollamada. Gabriel aceptó con dedos que no querían estarse quietos.

La imagen llegó nítida como una puñalada. Clara en una silla de metal, las muñecas atadas con bridas de esas que usan los electricistas. Llevaba la misma ropa de las grabaciones del centro —jersey azul, pantalones oscuros— pero hecha unos zorros. Un

ejemplar de El País de hoy sobre las rodillas, 14 de marzo bien clarito.

Pero lo que clavó a Gabriel fueron sus ojos. No había derrota ahí. Ni resignación. Solo rabia. Furia controlada. La mirada de alguien que no se ha roto.

—Como ve, está en condiciones aceptables. —La cámara hizo un barrido: paredes de hormigón a pelo, ni una ventana, luz de nave industrial—. Algo de hambre, un poco deshidratada, pero nada que no arregle un médico.

—Quiero hablar con ella. Sin cortes.

—Treinta segundos más. Ni uno.

La cámara volvió a Clara. Esta vez miró directo al objetivo.

—Gabriel, sé lo que estás pensando. No lo hagas. Esto va más allá de nosotros. Lucy... Lucy no es lo que parece. La han programado para...

Imagen cortada.

—Se acabó el tiempo. ¿Contento?

Gabriel apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El mensaje de Clara era claro como el agua: Lucy era una trampa. Pero eso ya lo sabía. La cuestión era si podía dejarla tirada otros diez años.

O si su conciencia aguantaría el peso.

—¿Dónde? —preguntó con voz de fumador.

—Toledo. Hay un polígono abandonado en las afueras, junto al río. Polígono Santa Bárbara, nave 17. Mañana, 15 de marzo, a las seis en punto. Solo.

—Necesito un testigo. Alguien que vea que Clara sale viva.

—Ni hablar. Solo o nada.

—Entonces no hay trato.

Silencio eléctrico. Gabriel casi podía oír los engranajes girando al otro lado, calculando, midiendo.

—Un testigo. —Cedieron al fin—. Uno. Civil, sin conexión con la Benemérita ni con nadie. Se queda en el coche a doscientos metros justos. Si se acerca o intenta algo, abortamos. ¿Vale?

—Vale.

—Perfecto. Una cosa más, comandante. —El tono se volvió casi de colegueo—. Sé que nos ve como monstruos. A lo mejor tiene razón. Pero hasta los monstruos tenemos códigos. El nuestro es simple: cumplimos lo que prometemos. Si viene, Clara sale libre. Palabra del Código.

—La palabra del Código —repitió Gabriel con toda la amargura que cabía en cuatro palabras.

—Eso es. Que vale más que la de muchos que van de honrados. Hasta mañana, comandante.

Colgaron.

Gabriel se quedó mirando el móvil muerto. Toledo. Más de cuatrocientos kilómetros. Si salía ya, llegaba al anochecer. Tiempo de sobra para prepararse. Para despedirse de lo que hiciera falta.

Para hacer las paces con sus fantasmas.

Sacó la libreta y escribió deprisa, letra clara de guardia civil. Instrucciones para quien encontrara el coche si la cosa salía mal. Dónde estaban los papeles gordos, las claves, todo lo que sabía del Código. Firmó y puso la fecha.

Su testamento. Su herencia.

22

A-7 Autovía del Mediterráneo — 14 de marzo de 2030, 07:53 h

Ya en el León, desplegó el mapa de carreteras de toda la vida. Trazó la ruta con el dedo: autovía hasta Sagunto, luego A-3 hacia Madrid y desvío a Toledo. Conocía el polígono Santa Bárbara. Naves medio derruidas, perfecto para un intercambio.

O para una trampa.

Necesitaba un testigo de fiar. Alguien leal, pero sin placa. La lista era corta.

Diana Silveira.

Fiscal jubilada, sin vínculos oficiales pero con contactos suficientes para armar ruido si la cosa se torcía.

Arrancó y bajó haciendo eses hacia la nacional. En el retrovisor, el mirador se desvanecía. Lugar de decisiones importantes. Cruce de caminos.

Paró en una gasolinera cerca de Teruel. Mientras repostaba, marcó a Diana.

—¿Gabriel? —respondió, sorprendida de verdad—. ¿Qué ocurre?

—Necesito un favor. Uno grande.

—Te escucho.

Le contó todo. El cambio, Toledo, las condiciones. Diana no interrumpió. Solo al final dejó escapar un suspiro.

—¿Estás seguro?

—Clara lleva veintiún años pagando por un error mío. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Gabriel, no fue culpa tuya. Eras un crío. Falló el sistema.

—Yo era el sistema. Y fallé.

Otro silencio.

—¿Qué necesitas?

—Que seas mi testigo. Te quedas en el coche, a doscientos metros. Si algo sale mal, lo cuentas. Que no lo tapen.

—Cuenta conmigo. ¿Cuándo salimos?

—Esta noche. Te recojo a las diez.

—Aquí estaré. Y Gabriel... —la voz le tembló—. Ten cuidado. No quiero perderte también.

—No me vas a perder. Clara saldrá libre, te lo juro.

—¿Y tú?

No respondió. Los dos sabían la respuesta.

Colgó y terminó de llenar el depósito. El sol empezaba a deformar el horizonte sobre el asfalto, como los espejismos que llevaba años persiguiendo. Siempre un paso detrás del Código.

Condujo el resto del día en piloto automático. Kilómetros y pensamientos. Protocolos de intercambio. Posibles fallos. Zonas vulnerables.

Llegó a Castellón al atardecer. Su piso lo recibió con el silencio de los lugares abandonados a toda prisa. Preparó una bolsa pequeña: documentos, efectivo, ropa limpia.

Y la foto.

Clara en el centro, rodeada de chicas. Sonriendo. Viva. Libre.

Como estaría en menos de veinticuatro horas.

Se duchó a fondo y se afeitó con precisión militar. Si iba a entregarse, lo haría con la cabeza alta. El uniforme seguía colgado en el armario. Impecable. Veinticinco años de servicio en ese tejido.

No se lo puso.

Esto no era un caso.

Era personal.

A las 21:55 estaba en el portal de Diana. Ella lo esperaba vestida de negro, como para un entierro.

—¿Lista?

—Vamos.

La primera hora transcurrió en silencio. Las luces de la autovía se deslizaban como en una película. Diana fue la primera en romperlo.

—¿Qué le digo a Eva si pregunta por ti?

Eva Mallent. La forense. Otra pieza más.

—La verdad. Que hice lo que debía.

—Te va a matar.

—Que se ponga a la cola.

Diana no sonrió. Normal.

—¿Y si es una trampa? Si en cuanto os tengan a los dos...

—Lo he pensado. Por eso vienes tú. Para que se sepa.

—No me refiero a eso. Clara podría estar muerta. Podría ser solo un señuelo para cazarte.

Gabriel negó con la cabeza.

—La he visto. Está viva.

—Los vídeos se falsifican.

—No esos ojos. Ni esa rabia. Está viva, Diana. Y mañana será libre.

Cruzaron Sagunto en silencio. Luego Valencia. La A-3 los absorbió con su tráfico nocturno. Camiones, coches, vidas que seguían sin saber el drama en el interior de aquel León.

—¿Y si no te sueltan? —preguntó Diana, ya cerca de Toledo—. ¿Si te encierran para siempre?

—Al menos Clara estará fuera. Podrá hablar. Hundir al Código.

—¿De verdad crees que la dejarán?

Gabriel no contestó. Los dos sabían la respuesta.

Llegaron pasada la medianoche. Gabriel conocía un hostal discreto en las afueras. Dos habitaciones contiguas.

—Intenta dormir —le dijo—. Mañana será largo.

—¿Y tú?

—Yo necesito pensar.

Diana le apretó el hombro.

—No eres culpable de todo. Ni siquiera de lo de Clara.

—De algunas cosas sí.

—Eres buena gente, Gabriel. No lo olvides.

Se retiró a su cuarto. Gabriel se quedó a solas con sus demonios y el reloj.

Cinco horas para el cambio.

Cinco horas para saldar una deuda de veintiún años.

Cinco horas para enfrentarse al Código por última vez.

Se sentó en la cama y encendió el móvil. Nada. Ni llamadas ni mensajes. El mundo seguía girando, ajeno.

Mañana, en el polígono Santa Bárbara, se cerraría un círculo que comenzó en Morella hace veinticinco años.

Gabriel Ferrer estaba listo.

O eso necesitaba creer.

Porque hay deudas que solo se pagan con todo.

Y él estaba dispuesto a pagar la suya.

23

Toledo — 15 de marzo de 2030, 05:55 h

El polígono Santa Bárbara emergía del Tajo como una pesadilla de hormigón y herrumbre. Gabriel Ferrer detuvo el León a doscientos metros de la nave 17, tal como habían acordado. El cielo, a punto de amanecer, se teñía de ese gris sucio que envuelve los lugares donde ya nadie espera nada.

Diana le apretó el brazo desde el asiento del copiloto.

—Todavía estás a tiempo de dar media vuelta.

Gabriel negó sin apartar la vista del edificio. Cristales rotos, grafitis desvaídos, maleza saliendo del asfalto agrietado. El escenario perfecto para que todo se torciera.

—Quédate con el motor en marcha —dijo, dejando las llaves puestas —. Cuando ella salga, la recoges y os vais. Sin mirar atrás.

—Gabriel...

—Es lo pactado, Diana. —Abrió la puerta antes de que insistiera—. Que Dios nos pille confesados.

El frío le golpeó la cara como una advertencia. Echó a andar con paso firme, las manos visibles. Cada paso lo acercaba a una deuda que llevaba demasiado tiempo sin saldar.

El justo por la fe vivirá, recordó. Habacuc tenía razón: a veces la fe

era simplemente seguir caminando cuando todo dentro de ti te suplicaba que no lo hicieras.

La puerta de la nave 17 estaba entornada. Dentro, el zumbido de un generador y la luz amarilla de unos focos de obra. Gabriel se detuvo a diez metros.

—Soy Ferrer —dijo con voz firme—. Vengo solo, como quedamos.

Silencio. Luego, pasos sobre cemento. La puerta se abrió por completo. Salió alguien a quien conocía demasiado bien: el teniente Robles.

—Comandante Ferrer —dijo, sonriendo—. Puntual como un reloj. Pase.

Gabriel entró despacio, escaneándolo todo. Tres hombres más en posiciones estratégicas, todos con pinta de saber lo que hacían. Los focos recortaban charcos de luz entre las sombras. Y al fondo, en una silla metálica...

Clara.

La reconoció pese a los moratones, al pelo revuelto, a los días de encierro acumulados en la mirada. Pero aún conservaba ese brillo en los ojos. El de quien ha decidido que no la van a quebrar.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel sin moverse.

Clara asintió despacio. Tenía las manos libres, pero uno de los tipos la vigilaba de cerca, tenso como un resorte.

—Al grano —dijo Robles, interponiéndose como maestro de ceremonias—. El cambio es simple: usted entra, ella sale. Sin líos.

—Quiero verla llegar al coche.

—Faltaría más. Somos hombres de palabra. —Hizo un gesto, y el guarda ayudó a Clara a ponerse en pie—. Señorita Llorens, puede irse. La están esperando.

Clara dio dos pasos, inestables. Luego se detuvo y miró a Gabriel.

—No deberías haber venido.

—Te debía esto —respondió él, sereno—. No iba a fallarte otra vez.

Algo titiló en los ojos de Clara. Agradecimiento, quizás. O puro agotamiento. Se irguió lo que pudo y echó a andar. Cada paso resonaba como una campana fúnebre en el suelo de hormigón.

—¡Corre al coche! —le gritó Gabriel al verla cruzar la puerta—. ¡No mires atrás! ¡Diana te espera!

La vio alejarse. Primero andando deprisa, luego trotando. Al final, corriendo. Como si el diablo la llevara. O como si acabara de escapar de él. Su figura se desdibujó entre la niebla del amanecer.

Una mano le cayó en el hombro.

—Le toca, comandante.

Gabriel no opuso resistencia. Se dejó llevar con una calma extraña. Clara estaba a salvo. Con eso bastaba. Una paz inesperada lo envolvía.

En tus manos pongo mi vida, Señor, pensó al cruzar el umbral hacia lo que fuera que le esperase.

Lo condujeron a un rincón improvisado como oficina: mesa plegable, un par de sillas, un portátil abierto con planos en pantalla.

—Siéntese —ordenó Robles—. Tenemos que hablar.

Gabriel obedeció. Había algo podrido en los ojos de Robles. Esa podredumbre del alma que ningún uniforme consigue disimular.

—¿Desde cuándo? —preguntó Gabriel a bocajarro—. ¿Desde cuándo vendiste el juramento?

Robles soltó una risa seca y se inclinó hacia él.

—¿El juramento? Anda ya, Ferrer. Llevamos tricornio, no sotana. Esto es el mundo real, no un seminario.

—El mundo real también necesita hombres de palabra.

—¿Hombres de palabra? —Robles negó con la cabeza—. ¿Sabes lo que cobra un teniente después de treinta años? ¿Lo que es ver a los corruptos vivir como reyes mientras tú cuentas las vueltas al céntimo?

—Sé lo que es conservar la dignidad —replicó Gabriel—. Algo que tú perdiste hace tiempo.

El golpe fue seco y directo. Gabriel sintió el sabor metálico en la boca, pero ni se inmutó. Había aguantado cosas peores.

—Cuidado con esa lengua, comandante —gruñó Robles, mirándose los nudillos—. Ya no tienes el uniforme para protegerte.

—Nunca he necesitado un uniforme para saber quién soy.

24

Toledo — 15 de marzo de 2030, 06:00 h

Robles lo miró como si no entendiera qué clase de bicho tenía delante.

—Siempre fuiste un iluso, Ferrer. Con tus principios, tu rectitud, esa fe de monaguillo… ¿De qué te ha servido? Mira dónde estás.

—Estoy justo donde debo estar.

—¿En manos del enemigo?

—Cumpliendo mi palabra. —Gabriel se limpió la sangre con el dorso de la mano—. Clara está libre. Eso es lo único que importa.

Un pitido agudo interrumpió el momento. Robles desvió la mirada al portátil. La expresión le cambió.

—Parece que el jefe quiere saludarte.

Giró la pantalla. La imagen era mala, pero la autoridad que emanaba no necesitaba HD. Cabello blanco de peluquería cara, rostro trabajado por los años y los secretos.

Ricardo Simón. El Fiscal General.

—Comandante Ferrer. —La voz llegó con retardo—. Por fin nos conocemos, aunque sea así.

Gabriel no respondió. A veces el silencio tiene más filo que cualquier frase.

—Robles me dice que ha cumplido su parte —continuó Simón—. Lo respeto. Quedan pocos hombres de palabra.
—El honor sin justicia es testarudez —dijo Gabriel.
—Ah, el viejo dilema. —Simón sonrió como quien disfruta de una partida de ajedrez—. ¿Y qué es la justicia, comandante? ¿Un puñado de papeles redactados por burócratas? ¿Leyes que cambian según el color del gobierno?
—La justicia es dar a cada uno lo suyo. Y lo vuestro es prisión.

Simón negó despacio, como quien escucha a un niño hablar de dragones.
—Qué visión tan simple. Blanco o negro. El mundo real está lleno de grises. Lo que hacemos —el Código— va más allá de esas categorías de pueblo.
—Experimentar con críos no tiene matices. Es monstruoso, sin más.

La sonrisa se le borró.
—Creamos orden donde había caos. Disciplina frente a la anarquía. Si algunos no aguantaron el proceso...
—¿Elementos débiles? —Gabriel sintió la bilis—. Así llamáis a los niños que destruisteis.
—Tortura es una palabra demasiado fea. Preferimos "acondicionamiento conductual". Suena más... técnico.
—Podéis maquillarlo como queráis. Sigue siendo una salvajada.

Simón se inclinó hacia la cámara.
—¿Sabe qué es usted, comandante? Un nostálgico. Un romántico enganchado a ideas medievales mientras el mundo avanza. El futuro pertenece a quienes entienden que el ser humano puede mejorar. Con las técnicas adecuadas...
—El ser humano ya es perfecto como lo creó Dios —lo interrumpió Gabriel—. Lo vuestro no es progreso. Es perversión.

Silencio. El ambiente se tensó como un cable al límite.
—Su fe lo ciega —dijo Simón al fin—. Pero no importa. Pronto lo comprenderá. Robles, procede.

La pantalla se apagó.

Gabriel se giró. Robles ya tenía la jeringuilla en la mano.

—¿Qué es eso?

—Un billete de ida. Sin vuelta. —Robles se puso en pie—. No te resistas. Solo empeorará.

Tres matones se acercaron, cerrando el paso. Gabriel evaluó: cero opciones. Pero antes, necesitaba saber algo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué tanto interés en un comandante de pueblo?

Robles se detuvo con la jeringuilla en alto.

—¿De pueblo? Ferrer... ¿de verdad no lo sabes?

—¿Saber qué?

Una sonrisa torcida cruzó el rostro podrido del teniente.

Manos fuertes lo agarraron. Gabriel no se resistió. Inútil. Pero aún tenía una pregunta.

—¿Qué ha sido de Montero? ¿Y Vega?

Robles se inclinó, a un suspiro de su cuello.

—¿Te preocupa? Qué tierno. —La aguja le rozó la piel—. Montero... se topó con la realidad. Vega sigue jugando al fugitivo. No le queda mucho.

—Sois escoria.

—Y tú eres especial. —La aguja se clavó—. Cuando despiertes, lo entenderás.

El líquido ardió. El mundo se rompió en los bordes. Las piernas le fallaron.

Mientras caía, lo último que vio fue a Clara corriendo hacia la libertad. Había cumplido. No era un mal final para un guardia de pueblo.

«En tus manos…», quiso decir, pero las palabras se perdieron en la oscuridad.

Lo último que oyó fue a Robles, ya lejano:

—Preparad el traslado. Montgrí nos espera.

Después, nada.

Unos minutos antes...

El sol de Toledo empezaba a dorar el Tajo cuando Diana vio a Clara tambalearse hacia el coche. Salió disparada del León.

—¡Clara! ¡Aquí!

Se encontraron a medio camino. Clara se desplomó en sus brazos, temblando. Diana la sostuvo, notando cada hueso, cada herida.

—Tranquila. Ya estás a salvo. Soy Diana Silveira, amiga de Gabriel. Me pidió que te sacara de aquí.

Clara la miró. En sus ojos: alivio y horror.

—Se lo han llevado. Gabriel… se ha quedado por mí.

—Lo sé. —Diana la llevó hasta el coche—. Era el trato. Ahora hay que salir. Orden suya.

La metió en el asiento del copiloto y se subió al volante. El motor seguía encendido, como Gabriel había previsto. Mientras se alejaban del polígono maldito, Diana echó un vistazo por el retrovisor. La nave 17 seguía ahí, como una lápida de hormigón.

—¿Quién eres? —preguntó Clara, con voz ronca—. ¿Por qué te ha pedido Gabriel que me ayudes?

—Fiscal jubilada. Le ayudé con tu caso. —Diana tomó la autovía hacia Madrid—. Me pidió que fuera testigo. Que me asegurara de que salieras viva.

—Hay que volver. No podemos dejarlo…

—No. —Diana fue rotunda—. Gabriel sabía lo que hacía. Si volvemos, todo habrá sido en vano.

Clara se acurrucó en el asiento, abrazándose.

—Es culpa mía. Todo esto… si no hubiera indagado tanto, si no hubiera descubierto lo de Lucy…

—Gabriel también arrastraba lo suyo —dijo Diana, más suave—. No haberte ayudado cuando debía. Esto era su forma de redimirse.

Silencio. Los kilómetros se deslizaban bajo las ruedas. Diana conducía en automático, la mente en lo que venía después. Proteger a Clara. Avisar a los de confianza. Hacer ruido.

Gabriel Ferrer había cumplido. El precio: su libertad. Quizá su vida.

Pero Clara Llorens era libre.

Y ahora le tocaba a ella lograr que ese sacrificio no fuera en vano.

25

Masía en el Maestrazgo — 16 de marzo de 2030, 07:55 h

La cocina olía a café recién hecho y a leña de encina. Josep Salgado atizaba el fuego sin prisa mientras su hija untaba mantequilla sobre una rebanada de pan con la precisión de quien ha repetido el gesto mil veces. Lucy Montoya, sentada en el banco junto a la ventana, observaba los almendros como si aún no terminara de creerse que estaba allí.

—Vino un tipo la otra noche —soltó Josep, sin apartar la vista de las brasas—. Guardia civil. Llevaba placa. Hecho polvo, como si hubiera salido de una cloaca.

Alicia detuvo el cuchillo en el aire.

—¿Un guardia? ¿Aquí?

—Le dejé la Esperanza —dijo, sacudiéndose las manos—. Parecía que lo venían siguiendo. Traía una bolsa como si llevara dentro el oro de Moscú.

—¿Te dio un nombre?

—Vega. Antonio Vega. Brigada o algo así.

Alicia sintió un nudo en el estómago. Si Vega había salido a caballo campo a través, las cosas se habían torcido. Y si Montero no respondía al teléfono...

Sacó el móvil. Marcó. Tonos. Contestador. Volvió a intentarlo. Lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucy, que ya no miraba por la ventana.

—Montero es el fiscal que llevaba el caso —dijo Alicia, pasándose la mano por el pelo. Ese gesto suyo cuando algo no encajaba—. Un tío decente. De los pocos que quedan. Si no contesta...

No hacía falta terminar la frase. Los tres sabían cómo acaban estas historias cuando uno se planta delante del sistema.

Josep sirvió café en tres tazas desconchadas. El silencio se sentó a la mesa como un invitado más.

—Mi hermano era guardia civil —dijo Alicia de pronto, mirando su taza—. Rubén. Cinco años mayor. De esos que se creían de verdad lo de servir a España.

Lucy levantó la mirada.

—¿Era?

—Lo mataron hace seis años. En un control de carretera. Eso decía el parte. —La voz se le endureció—. Dos tiros en la cabeza. Ejecución de manual. Pero en el informe: "enfrentamiento con delincuentes no identificados".

Josep le apretó el hombro con suavidad. Lo justo.

—Rubén empezó a husmear donde no debía —siguió ella—. Contenedores en Valencia que entraban y salían sin dejar rastro. Camiones que cruzaban controles sin que nadie los mirara. Le dije que parara. ¿Sabes qué me contestó?

Lucy negó con la cabeza.

—Que alguien tenía que hacer las preguntas incómodas. Que si los buenos miraban a otro lado, ganaban los malos. —Media sonrisa amarga—. Terco hasta el final.

—Lo siento —murmuró Lucy.

—¿Sabes qué es lo peor? Que tenía razón. —Alicia se levantó y fue hasta la ventana—. Por eso sigo aquí. Por Rubén. Porque todavía creo —aunque suene a tópico— que este país puede funcionar. Que la democracia vale la pena si los decentes no tiran la toalla.

Lucy la observaba con una mezcla de admiración y envidia.

—Debe de ser bonito —dijo en voz baja—. Creer en algo así.

Alicia se giró.

—¿Y tú? ¿No crees en nada?

La pregunta quedó en el aire. Lucy se encogió en el banco.

—Me enseñaron a creer en la Justicia. En el Orden. En que todo tiene un propósito. —Las palabras le salían como de memoria—. Que hay que sacrificarse por el bien común. Que el dolor purifica. Que...

Se detuvo. Una lágrima le cruzó la mejilla.

—Pero eso no es creer —susurró—. Es repetir. Como los loros. Como las... máquinas.

Alicia la sostuvo con la mirada.

—Rubén me enseñó que el mal vence cuando los buenos se cruzan de brazos. Pero mientras haya gente que dé la cara —Clara, Montero... tú—, hay esperanza. No será fácil. Ni rápido. Pero es posible.

Josep se levantó con la excusa de ir al corral. Sabía cuándo dejarles espacio.

26

Masía en el Maestrazgo — 16 de marzo de 2030, 08:12 h

El viejo se fue y el silencio que dejó no era el mismo. Más espeso. Más cargado.

Alicia Ferrer regresó a la mesa. Lucy esperaba como quien aguarda sentencia. Sin uniformes de por medio, eran solo dos mujeres intentando entenderse.

—A ver, Lucy —empezó Alicia, directa—. ¿Qué quieres de verdad? Y no me sueltes lo de que te programaron. Hablo de ti.

Lucy tardó en responder. Luchaba con algo por dentro, como si las palabras tuvieran que esquivar trampas antes de salir.

—Yo... —carraspeó—. Quiero poder querer. Suena raro, ¿no? Pero necesito mirar a alguien y sentir que lo que nace es mío. No algo instalado como un software.

—¿Y Clara? ¿Qué pasa con ella?

Al oír su nombre, a Lucy se le tensó la mandíbula.

—Clara... fue la primera que me vio. A mí, no al experimento. Me trató como si fuera normal. Como si valiera la pena salvarme.

—Porque la vales.

—No lo entiendes —se levantó de golpe, como si tuviera un resorte en la silla—. Llevo cosas dentro. Órdenes, instrucciones,

como lo quieras llamar. Hay palabras, situaciones... que me cambian. Me convierten en otra. Y esa otra puede hacer daño.

—¿A Clara?

—A cualquiera. —Se plantó delante de Alicia—. Por eso me colocaron cerca de ella. Sabían que saltaría el resorte. Que obedecería.

—Pero no lo hiciste.

—¡Porque ella me encontró antes! —La voz se le quebró—. Me sacó de toda la basura que me metieron. Y ahora no sé ni quién soy. No sé si lo que siento es real o una mentira más.

Alicia se levantó despacio, sin movimientos bruscos. Como si se acercara a alguien al borde de un acantilado.

—El amor no se programa, Lucy. Es lo único que no pueden meter en un disco duro. Por eso les da miedo.

—¿Y tú qué sabes?

—He visto a gente como tú. Supervivientes de lo peor. Y los que salen adelante siempre tienen lo mismo: a alguien que les quiere. —Le tendió la mano—. Clara te quiere. No como a un caso. Como a ti. A Lucy.

La chica miró esa mano como si fuera la primera vez que alguien le ofrecía algo sin pedir nada a cambio.

La aceptó.

—Tengo miedo —confesó—. De que alguien diga la palabra mágica y me convierta en un monstruo. En una amenaza para gente buena.

—El miedo lo tenemos todos —dijo Alicia, sin soltarle la mano—. Mi hermano lo tenía cada vez que salía a patrullar. Yo, con cada caso. Pero no somos nuestro miedo. Somos lo que hacemos con él.

—¿Y qué hago con el mío?

—Úsalo como alarma. Si notas algo raro, me avisas. No estás sola.

Lucy asintió. Por primera vez desde que llegó, en sus ojos brilló algo parecido a la esperanza.

—Es que Clara es... —Se mordió el labio—. Como una madre. O una hermana mayor. Alguien que te cuida porque sí. Que te ve entera y no sale huyendo.

—Eso es precioso, Lucy.

—A veces pienso en ella y me duele aquí —se tocó el pecho—. Como si por fin tuviera familia. ¿Eso es normal?

—Es lo más normal y lo más extraordinario a la vez.

—Pero me da miedo quererla. Nunca he tenido familia. No sé cómo se hace. Y si la quiero como a una hermana y luego me activan y... no podría con eso.

—¿Sabes lo que pienso? —Alicia se inclinó hacia ella—. Que ese cariño es tu mejor escudo. El amor de verdad, el de familia, es más fuerte que cualquier lavado de cerebro.

—Ojalá.

—Seguro. ¿Sabes por qué? Porque cuando tuviste que elegir entre obedecer o proteger a tu hermana del alma, la protegiste. Y eso no hay código que lo borre.

Lucy se pasó una mano por los ojos. Un gesto tan humano que a Alicia se le encogió algo por dentro. Veintidós años y había sobrevivido a lo indecible. Y ahí estaba, intentando encontrarse entre los escombros.

—¿De verdad crees que puedo ser... normal? ¿Tener familia?

—Creo que puedes ser libre. Y ya tienes familia en Clara. Que es mucho mejor que ser normal.

—Libre... —repitió la palabra en voz baja—. No sé lo que es. Siempre han decidido por mí. La libertad me da tanto miedo como la otra opción.

—Es normal. Da vértigo. Pero Clara va a estar ahí, como la hermana que es para ti. Y yo también, si me dejas.

—¿Y por qué ibas a ayudarme?

—Porque creo en las segundas oportunidades. Porque Rubén lo habría hecho. Y porque en ti veo a todos los que no pudimos salvar. Pero a ti sí podemos. Y te lo mereces.

Josep volvió, con olor a tierra y sudor limpio.

—¿Cómo vamos?

—Mal, papá. Pero iremos mejor —Alicia lo abrazó—. Gracias por lo de Vega. Le has salvado la vida.

—He hecho lo que tocaba. Como tú. Como hacéis siempre.

Se quedaron un momento en silencio.

—Tengo que hacer llamadas —dijo Alicia—. Lo de Vega. Y tenemos que movernos con Clara. Cada minuto cuenta...

—Anda, ve —la empujó su padre—. Yo me quedo con la cría.

Lucy lo miró con algo muy parecido al agradecimiento.

—No soy peligrosa. Ahora no. Creo.

—Todos lo somos para alguien, hija. Lo importante es elegir para quién. —Josep le guiñó un ojo.

Mientras Alicia se alejaba, móvil en mano, marcando números que anunciaban tormenta, Lucy volvió a sentarse junto a la ventana. Los almendros se mecían con el viento, ajenos a todo. Un cuadro de paz obscena comparado con lo que se les venía encima.

Se quedó mirando las ramas, hipnotizada. Las palabras de Alicia zumbaban en su cabeza como moscas pesadas.

Tal vez tenía razón. Tal vez el amor era eso: lo único que no seguía ningún plan. Lo único sin protocolo.

Tal vez ser libre era aceptar esa derrota.

27

Sierra del Maestrazgo — 17 de marzo de 2030, 06:00 h

La Sierra del Maestrazgo despertaba bajo un manto de niebla deshilachada cuando Antonio Vega comprendió que no podía esperar más. Llevaba setenta y dos horas refugiado en aquellas cuevas, sobreviviendo con agua de manantial y las últimas migas de la mochila. Los documentos seguían intactos en la grieta donde los había ocultado, pero de poco servían si no conseguía ponerlos en las manos adecuadas.

Esperanza, la yegua del viejo que le había echado un cable, mordisqueaba los arbustos con la calma de quien no sabe que el mundo se desmorona. El animal había aguantado como una campeona, pero Vega sabía que la suerte no dura para siempre. Los sabuesos de El Código acabarían encontrándolo. Era cuestión de tiempo.

Los prismáticos confirmaron lo que ya intuía: menos movimiento en los controles del valle. Mala señal. Cuando el enemigo relaja la presión, es que ha cambiado el plan. Seguramente habrían ampliado el cerco, confiando en que el hambre o el miedo lo empujaran fuera del escondite.

Se acercó a la grieta. Todo seguía en su sitio: expedientes del programa, fotos comprometedoras, protocolos de experimentación

capaces de revolverle el estómago al más curtido. Un arsenal en papel con potencia suficiente para volar medio gobierno. Y quizás el otro medio, de propina.

El dilema era claro: ¿cómo hacer llegar aquella bomba a alguien con agallas para activarla? No tenía contactos fiables en la zona. Y del cuartel... mejor no hablar. La traición de Robles le había enseñado lo peor del ser humano.

Mientras sellaba los documentos con plástico industrial, le vino un recuerdo. Morella tenía comisaría de Policía Nacional. Entre cuerpos siempre había piques, sí, pero tal vez encontrara allí a alguien con las manos limpias. Jugada arriesgada. Pero quedarse era firmar su sentencia.

La decisión estaba tomada. Vega repasó mentalmente el mapa que había dibujado durante el encierro. Conocía esos montes al dedillo, cortesía de años persiguiendo plantaciones de maría. Había una ruta. Complicada, pero posible. Le permitiría bordear las vías principales y acercarse a Morella.

Preparó a Esperanza sin prisa. La yegua bufó al sentir la cincha, pero se dejó hacer con esa resignación de los animales nobles. En tres días habían desarrollado la complicidad silenciosa de quienes comparten el mismo peligro.

—Último sprint, guapa —le susurró, acariciándole el cuello—. Luego te esperan los mejores pastos del Maestrazgo y todas las vacaciones que te mereces.

Montó cuando el sol empezaba a calentar las rocas. El trayecto discurría por sendas de pastores y cortafuegos olvidados por Dios. Diez horas si todo salía bien. Quince si tocaba improvisar.

La primera hora transcurrió sin contratiempos. Vega mantenía un ritmo constante, sin forzar al animal ni perder tiempo en contemplaciones. Los documentos golpeaban contra su costado a cada paso. Más que un bulto, una carga moral.

El problema llegó al alcanzar el barranco del Molinar. Dos todoterrenos detenidos en una bifurcación de caminos, a menos de un kilómetro. No parecían parte de un control oficial. Demasiado

relajados. Demasiado seguros. Pero Vega había aprendido que, en esta partida, las apariencias eran la mejor trampa.

Tiró de las riendas y se cubrió tras un peñasco. Los prismáticos revelaron lo esperado: cuatro tipos con ropa de calle y movimientos demasiado precisos. Uno hablaba por el móvil, señalando hacia la sierra.

Las opciones eran claras. Volver significaba perder un día. Avanzar era jugarse la vida. Pero cada minuto contaba. El Código ajustaba su estrategia, sellaba testimonios, fabricaba versiones oficiales.

Examinó el terreno. A su izquierda, una vaguada descendía hacia el río Montlleó. Lleno de pedruscos, pero transitable para quien supiera dónde pisar. Era su única salida.

El descenso fue una prueba de equilibrio. Esperanza resbalaba en los cantos rodados, soltando relinchos contenidos. Vega bajó y la guió con murmullos tranquilizadores, esquivando rocas y desniveles. Media hora después, empapados en sudor pese al fresco, alcanzaron el lecho seco del río.

Entonces llegó el sonido. Primero, un zumbido lejano. Luego, el tableteo inconfundible de un helicóptero. Vega soltó un juramento entre dientes y llevó a la yegua bajo un saliente. El estruendo la alteró; tironeaba con los ojos desorbitados.

El aparato pasó rozando las copas de los pinos, siguiendo el cauce. Un Eurocopter EC135. De los que se usaban en operaciones especiales. La cosa pintaba mal. Muy mal.

Remontó el cauce durante dos horas eternas, aprovechando cada sombra, cada curva. El sol trepaba sin tregua, convirtiendo el cañón en una trampa de calor. Esperanza resoplaba con la lengua fuera. Necesitaba agua, y pronto.

Encontró una poza con agua verdosa pero potable. Mientras la yegua bebía, Vega hizo balance. A ese ritmo, no llegaría a Morella antes del anochecer. Y avanzar de noche con una montura exhausta era tentar demasiado a la suerte.

28

Sierra del Maestrazgo — 17 de marzo de 2030, 07:33 h

Necesitaba un plan B.

El recuerdo le vino como un fogonazo. A tres kilómetros al oeste había una masía habitada. La tenía fichada desde una operación de años atrás: los Ibáñez, ganaderos de toda la vida. Gente de campo, de la que te ofrece agua sin preguntar por qué llegas sudando.

Viró al oeste. El terreno se suavizaba a medida que se alejaban del cauce. Esperanza lo notó y alargó el tranco con algo que casi parecía entusiasmo.

La masía surgió entre los almendros como una aparición. Humo en la chimenea, ropa tendida ondeando, el pulso sereno de la vida rural. Vega frenó a doscientos metros y escaneó el entorno. Todo parecía en orden.

Se aproximó al paso, las manos visibles. Un perro salió ladrando, guardián de su territorio.

Un hombre de unos sesenta y largos apareció en el porche. Escopeta en mano, pero apuntando al suelo. Vega lo reconoció al instante: Ramón Ibáñez, patriarca de una saga de masoveros tallados en piedra.

—Buenos días, Ramón. Soy el brigada Vega. ¿Se acuerda de mí?

El hombre lo observó con esa calma que solo dan los años y el campo. Luego aflojó los hombros y bajó del todo el arma.

—Vega... Claro, el del lío del gasóleo. Menudo follón montaron aquellos sinvergüenzas —hizo una pausa, escaneando su aspecto de náufrago—. Por la pinta, diría que viene de atravesar media sierra sin parte de servicio.

—Más o menos —admitió Vega—. La yegua necesita agua. Y yo, cinco minutos para pensar, si no es mucho pedir.

Ramón asintió con ese gesto mínimo de quien no necesita palabras para hacerse entender.

—Baje con tiento. La parienta se me pone nerviosa con las visitas sorpresa. Ya sabe cómo son las mujeres.

Vega desmontó disimulando el temblor de piernas. Cuatro días a caballo se notan. Ramón lo escrutaba con ojos de campesino viejo: los que lo ven todo sin parecer que miran.

—No será que anda jugando al escondite con los suyos —soltó, sin acritud.

—Digamos que algunos llevan placa pero se han olvidado del juramento —respondió Vega—. Necesito hacer llegar unos documentos a manos limpias. Cosas muy feas. Críos indefensos. Gente que se ha cebado con ellos.

Ramón escupió al suelo. Puro asco.

—¿Los de las niñas que desaparecían? ¿Lo de Morella?

A Vega se le heló la sangre.

—¿Sabe algo?

—Brigada, llevo aquí desde que nací. Uno ve cosas. Familias a las que les faltaba un hijo y nadie movía un papel. Jueces que archivaban sin leer. Forenses que firmaban sin mirar a quién enterraban. —Se acercó a Esperanza con paso medido—. La pobre está para el arrastre. Si sigue así, la revienta.

—No puedo pararme. Me pisan los talones y no vienen a darme conversación.

—Ya me hago cargo —Ramón se rascó la barba con calma—. Mire, tengo un sobrino en la Nacional, destinado en Morella. De los

que todavía recuerdan por qué visten uniforme. Si alguien puede mover esto sin que se entere medio país, es él.

—¿Y qué me asegura que puedo fiarme?

El viejo lo miró con dureza. Más que granito.

—Que su hermana pequeña, mi sobrina Teresa, fue una de las que no volvió en el 98. Doce años tenía. —La voz se le quebró un segundo—. Nunca apareció. Pero Javier... Javier no ha parado desde entonces.

Vega notó que algo se le aflojaba en el pecho. Por fin alguien que entendía sin que hiciera falta explicarlo todo.

—¿Puede avisarle? Nada de canales oficiales.

Ramón esbozó una media sonrisa.

—Tengo mis métodos. Pase dentro. La Mercedes le pondrá algo caliente mientras llega el chico.

La cocina olía a otro siglo: vigas de sabina, fogón de leña, aroma a conejo con tomillo. Mercedes Ibáñez, menuda pero de energía inagotable, le plantó delante un plato humeante. Sin preguntas. A veces, el silencio dice más que cualquier interrogatorio.

Vega devoró la comida con hambre de trinchera.

Ramón regresó al rato.

—Javier viene para acá. Solo. Tampoco era plan de montar un desfile sin saber de qué va la película.

—Hace bien. En esto, cuantos menos, mejor.

—Es lo que toca. Hoy en día, ir de frente es la forma más rápida de acabar criando malvas. Estará aquí al caer la tarde.

—¿Y luego?

—Luego, lo que hable con usted. Javier tiene su red, gente de fiar. Pero vamos paso a paso. Esto no es el Oeste.

Vega asintió. La prudencia era buena señal. Los temerarios no duraban en guerras como esta.

—La yegua puede quedarse en la cuadra. Le vendrán bien unos días de pienso bueno.

—Es de un paisano que me echó un cable. No sé ni su nombre. Solo que tiene la finca pasada Albocàsser, camino de la Salzadella.

—Tranquilo. Por aquí todos sabemos quién es quién. Ya daremos con él. Ahora descanse usted también. Se le ve con el gatillo amarillado.

Vega se dejó caer en el sofá. Pero descansar era un lujo que no podía permitirse. Cada crujido, cada sombra tras la ventana lo mantenía en tensión.

La bolsa de cuero seguía ahí, junto a él. Y dentro, los documentos. Esperando su momento.

29

Montgrí — 17 de marzo de 2030, 15:13 h

La conciencia de Gabriel Ferrer no volvió de golpe. Regresó por capas.

Primero, un pitido agudo que le taladraba los oídos. Después, el sabor metálico en la boca. Y por último, el olor: desinfectante rancio, moho, y un leve toque de formol que le revolvió el estómago.

Intentó moverse. Nada. Los músculos flotaban en gelatina caliente.

La penumbra del sótano lo envolvía como brea líquida. Techos bajos, sin ventanas. Una lámpara quirúrgica colgaba del techo, derramando una luz mortecina. El frío del suelo le mordía la espalda, aunque apenas lo sentía. Lo habían drogado hasta el límite, y no con medicamentos convencionales.

Flunitrazepam. Midazolam. Tal vez Dexmedetomidina en dosis de elefante. Y algo más... algo con un regusto dulce, químico. ¿Ketamina cocinada? ¿Propofol adulterado? Había leído informes sobre cócteles así. Los usaban los servicios más oscuros para que alguien cantara hasta la tabla del uno.

Intentó contar. Uno. Dos. Tres.

Un ancla mental. Lo único que tenía.

En algún momento —horas, días, imposible saberlo— una voz comenzó a hablarle. Sin prisa. Le pedía que se relajara. Que todo estaba bien. Que pronto lo entendería. Que era un hijo muy querido. Que no luchara. La voz no tenía acento. Sonaba como doblada por un actor. Jamás subía el tono. Jamás se alteraba.

Y luego llegó la sala.

Gabriel fue llevado —con una delicadeza tan fingida que daba escalofríos— a una estancia cálida, silenciosa, decorada con sobriedad quirúrgica. Cortinas impecables, sillones de lino, una cafetera italiana gorgoteando como en los domingos de infancia. Su ropa había cambiado: vaqueros nuevos, camisa de algodón azul, zapatillas recién estrenadas. Hasta le habían arreglado la barba. Estaba impecable, como si lo hubieran preparado para una ceremonia.

Y allí estaba. Hundido en un sillón de respaldo alto, con una taza humeante entre las manos.

Ricardo Simón.

—Me alegra verte, Gabriel —dijo, sonriendo como un vendedor de enciclopedias—. El azul te favorece. Da serenidad.

Gabriel lo estudió sin moverse. Aún no se fiaba de su cuerpo. La niebla química empezaba a disiparse, pero seguía viendo doble. Aun así, reconocía perfectamente esa cara. El Fiscal General del Estado.

Un tipo que jugaba a ser Dios.

—¿Qué me han metido?

—Solo lo necesario para que pudieras escuchar sin interferencias —respondió Simón, con una dulzura que empalagaba—. Es importante que entiendas quién eres... y por qué estás aquí.

Gabriel tragó saliva. Como masticar vidrio.

—¿Dónde está Clara?

—A salvo. Como tú. Aunque ahora mismo, el que me interesa eres tú.

Silencio. El péndulo del reloj marcó las cinco con un tintineo que parecía de funeral.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —prosiguió Simón—. No sabes por qué eres tan bueno. Por qué recuerdas todo. Por qué no se te escapa una cara, una fecha, un detalle.

Gabriel cerró los puños.

—Se llama hipermnesia. No necesito a un iluminado para que me lo explique.

—No es hipermnesia —corrigió Simón, con tono de maestro paciente—. Es imprinting estructural. Una derivación del Proyecto Aleph. Empezó con tu madre.

Gabriel lo miró. El cuerpo quieto. Por dentro, un resorte a punto de saltar.

—¿Qué sabes de mi madre?

Simón dejó la taza sobre la mesa. Ni un gesto brusco. Solo esa compasión impostada que se afila más que el desprecio.

—Fue una de nuestras colaboradoras más entregadas. Brillante. Éticamente flexible, como los grandes idealistas. Se ofreció voluntaria para el Programa Fundacional. Entonces lo llamábamos Proyecto Génesis. Sabía lo que hacía. Sabía que te estábamos diseñando.

El silencio fue absoluto. Una gota cayendo habría sonado como una campana.

—Mientes —susurró Gabriel. Pero sin fuerza.

—Naciste en el 81. No de forma natural, sino supervisada. Tu madre fue portadora del Sujeto Alfa. Tú. Nuestra apuesta más ambiciosa. Nuestra obra maestra.

—¿Quién es mi padre?

Simón sonrió. Sin burla. Con orgullo.

—Guillem Soriano.

El aire se volvió cemento en los pulmones de Gabriel. Un latigazo en el pecho. El juez. El monstruo. El que secuestraba niñas. Al que él mismo había ayudado a encerrar.

—No... —la palabra salió como un suspiro—. Imposible...

—Soriano siempre supo que eras especial. Pero lo más hermoso de todo... —Simón alzó un dedo, como un prestidigitador antes del

truco— ...es que eres hermano de Lucy. Misma sangre. Mismo ADN. Y Lucy es la Omega.

Gabriel apretó los párpados. Veía estrellas. Quería gritar, pero no podía. Quería huir, pero sus piernas respondían con el retraso de un borracho.

—No puede ser...

—Y sin embargo lo es. Lo sabes. En el fondo, siempre lo has sabido. ¿Por qué crees que ascendiste tan rápido en el Cuerpo? ¿Por qué la marca del Código te remueve tanto? Porque lo llevas dentro, Gabriel. Eres parte del sistema. Eres el puente. Diseñado para la obediencia perfecta. Inteligente. Disciplinado. Exacto.

Simón se acercó. Le puso una mano en el hombro. Casi paternal.

—No estás aquí para destruirnos, Gabriel. Estás aquí para heredarnos.

Las lágrimas brotaron sin pedir permiso. No de rabia. Ni de miedo.

Sino por la posibilidad brutal de que todo, absolutamente todo, fuera cierto.

Y que el monstruo no estuviera fuera.

Sino dentro. Desde el primer minuto.

30

Masía Salgado, Vall d'Alba — 18 de marzo de 2030, 06:20 h

La masía de Josep Salgado despertaba envuelta en esa calima pegajosa que presagia bochorno. Alicia abrió los ojos en el sofá, con el cuello retorcido y la boca seca como un estropajo. El reloj de pared marcaba las seis y veinte. Habían llegado el día anterior, pasadas las nueve, tras tres horas de carretera desde el hospital. Veinticuatro horas pegadas a Lucy, repitiéndole que nadie la iba a tocar.

Se incorporó despacio. Cada músculo protestó. La casa mantenía ese silencio espeso de las primeras horas. Su padre estaría ya con las cabras. Desde que colgó el uniforme, su misa diaria.

—¿Lucy? —llamó hacia arriba.

Nada.

Subió de dos en dos. Puerta entornada. Cama vacía. Sábanas dobladas con precisión de cuartel sobre la almohada.

—Genial.

Bajó a la cocina con un nudo en el estómago. El tarro donde su padre guardaba la calderilla, abierto sobre la encimera. Los billetes, volados. Solo quedaban las monedas.

—La tía lista…

La ventana, abierta de par en par, cortinas moviéndose al ritmo de la brisa. En el alféizar, una nota escrita a toda prisa en el reverso de un sobre:

«Lo siento. Os devolveré el dinero. No puedo causaros más líos. L.»

El móvil vibró. Número oculto. Mala señal a estas horas.

—Salgado.

—Sargento Ruiz, comisaría de Vinaròs —voz tensa, sin rodeos—. Perdón por la hora. Tenemos un posible caso.

—¿Lucy Montoya?

—Puede ser. Media hora atrás saltó una alerta del sistema. Chica haciendo dedo en la CV-15, cruce con Albocàsser. La descripción encaja.

Alicia consultó el reloj. Si había salido de madrugada, cuadraba.

—¿Dirección?

—Castellón. Según el conductor que paró la Local, iba nerviosa. Con prisa.

—¿Sabéis quién era?

—Sí, vecino de Benicarló. Pero no llegó a llevarla. Cuando llegó la patrulla, ya no estaba.

Pausa. Luego, Ruiz bajó la voz:

—Esto huele mal, inspectora.

—¿Mal en qué sentido?

—Para empezar, nadie ha registrado denuncia de fuga. Ni un protocolo activado. Y esta mañana alguien —verbalmente— me ha sugerido dejar de escarbar.

—¿Quién?

—Mejor no por teléfono. Pero hay más. El teniente Robles... lleva desaparecido desde el martes.

Alicia se tensó. Si Robles estaba metido...

—¿Qué más?

—He estado revisando los archivos del caso Morella. No los resúmenes, los tomos completos.

—¿Y?

—Lucy Montoya aparece en un informe de 2024. Tenía dieciséis.

—¿Ingresada?

—En un psiquiátrico de Valencia. Intento de autolisis. Y esto le va a interesar: su psiquiatra era la doctora Julia Montero.

—¿La hermana del fiscal?

—La misma. Especialista en trastornos disociativos. La trató seis meses. Después, desaparece de los registros. Hasta que reaparece con Clara Llorens.

—Entonces Montero lo sabía todo…

—Jugaba con ventaja. Y hay más. ¿Recuerda al brigada Vega?

—Claro. El que encontró a Lucy.

—Desaparecido también. Su coche apareció en un hostal. Él, ni rastro. Y nadie parece muy interesado en buscarlo.

—Gracias, Ruiz.

—Hago lo que puedo, inspectora. Poco, pero algo.

Colgó. Alicia se quedó mirando el móvil. Lucy, sola, pidiendo aventón con cuarenta euros y un sobre de disculpas. ¿Huyendo de algo o yendo hacia algo?

Su padre entró con un cubo de leche recién ordeñada.

—Se ha llevado los cuarenta del tarro —dijo ella.

Josep miró el frasco vacío, luego a su hija. Asintió.

—No es una ladrona. Es una cría asustada. Los cuarenta me los debe, pero la nota ya me los ha pagado.

—Creo que va camino de Castellón. Voy tras ella.

—Con cuidado, hija. Esa niña arrastra demasiados fantasmas.

Mientras conducía, otro mensaje de Ruiz:

«Camionero la recogió en Albocàsser a las 7:00. La dejó en el polígono industrial, entrada de Castellón. Descripción confirmada.»

El Renault devoraba asfalto. Lucy llevaba hora y media de ventaja. Con cuarenta euros no llegaría lejos, pero sí lo justo para desaparecer en la ciudad.

El móvil sonó. Número del instituto.

—¿Sí?

—¿Inspectora Salgado? Eva Mallent. Soy forense. Trabajo con el comandante Ferrer. Es sobre Lucy Montoya.

—La estoy buscando ahora mismo. ¿Qué pasa?

—Me encargaron revisar sus analíticas tras el lío del hospital. He encontrado algo preocupante.

—Adelante.

—Escopolamina. Dosis bajas, sostenidas en el tiempo. Alguien lleva drogando a esta chica durante meses. Tal vez más.

—¿Burundanga?

—Exacto. Pero no de golpe. Dosis mínimas para mantenerla dócil, sin levantar sospechas. Esto no es improvisado. Es manipulación química de manual.

—¿Efectos?

—A largo plazo: voluntad reducida, fallos de memoria, alta sugestionabilidad. Y ahora, con el corte, puede sufrir síndrome de abstinencia: paranoia, confusión, comportamientos erráticos. No distinguirá qué es real.

—¿Tiempo de limpieza?

—La sustancia, 48 a 72 horas. Los efectos mentales... semanas. Meses, incluso. Ahora mismo es extremadamente vulnerable.

—¿Se lo ha dicho a alguien más?

—Solo a usted. Gabriel está... fuera de juego. Y francamente, ya no sé en quién confiar.

—Gracias, doctora. Me está ayudando mucho.

—Inspectora... —Eva dudó—. Quien le hizo esto sabía lo que hacía. No es ningún chapucero. Si Lucy se ha escapado…

—Lo sé. La encontraré antes que ellos.

Colgó. Pisó a fondo. Lucy no solo huía: estaba desintoxicándose de meses de control químico. Asustada, confusa, sin saber en quién confiar. Un blanco perfecto.

¿Pero cómo? Si solo llevaba unos meses con Clara... ¿quién la drogaba antes?

Llegó al polígono a las ocho y veinte. Un desierto de naves y camiones. Si Lucy había llegado hasta allí, la estación de autobuses

quedaba a tres kilómetros. Distancia asumible para alguien con miedo.

Aparcó y empezó a preguntar. Al tercer intento, un camionero asintió.

—Sí, la flaquita. La subí en Albocàsser. Iba con la cabeza vuelta, como si alguien la siguiera. Le ofrecí acercarla al centro, pero quiso bajarse aquí.

—¿Dijo a dónde iba?

—Preguntó por la estación de autobuses. Le indiqué la avenida del Mar hasta la rotonda. Parecía... como fuera de sí. O cagada de miedo. O ambas.

Alicia volvió al coche. Tres kilómetros hasta la estación. Lucy podía haber tomado cualquier bus a cualquier parte.

Pero no. Lucy no conocía muchos destinos. Y cuando el miedo aprieta, uno huye hacia lo conocido.

El móvil vibró. Mensaje, número desconocido:

«Sé dónde está Lucy. Cafetería estación RENFE. Viene alguien a por ella. Date prisa.»

Sin firma. Sin respuesta posible. Podía ser Ruiz, que ya había mandado mensajes desde números extraños. Pero el tono no era suyo. Sonaba... diferente.

Alicia pisó a fondo.

Si alguien iba por Lucy, no era para invitarla a churros.

31

Estación RENFE de Castellón — 18 de marzo de 2030, 09:30 h

La estación de RENFE de Castellón se alzaba contra el cielo plomizo como un bloque de hormigón y cristal. Alicia Salgado clavó el Mégane en una zona prohibida. Sabía que las cámaras —en 2030 todas con reconocimiento facial— ya habrían fichado su matrícula. Le daba igual. Lucy llevaba más de tres horas sola. Tiempo suficiente para que el mono empezara a hacer estragos.

Las puertas automáticas se abrieron justo cuando el reloj holográfico marcaba las nueve y media.

La cafetería ocupaba una esquina del vestíbulo. Uno de esos antros asépticos que sobreviven a base de café de sobre y bollería industrial. A través del cristal tintado, Alicia localizó a Lucy al fondo, encogida como un gato apaleado.

No estaba sola.

Un tipo de unos cuarenta y muchos, trajeado como para una boda, se inclinaba hacia ella desde el otro lado de la mesa. Incluso desde lejos, Alicia leyó la escena: Lucy echándose hacia atrás cada vez que él se acercaba, las manos temblorosas intentando sujetar la taza.

Entró con calma. Las crisis se manejan mejor fingiendo control.

El del traje la vio. Un tic le cruzó el rostro —reconocimiento, cálculo, decisión— antes de recomponer la máscara.

—Lucy —dijo Alicia con tono sereno—. Te he estado buscando.

Lucy levantó la vista. Alicia se contuvo para no dejar ver la alarma: pupilas dilatadas, sudor en la frente, un temblor sutil recorriéndole el cuerpo. Eva Mallent se había quedado corta: el mono de la escopolamina la estaba arrasando.

—Inspectora Salgado... —la voz le salió rota, como si hubiera estado gritando—. Dice que... que sabe dónde tienen a Clara.

Alicia se sentó. El triángulo de tensión quedó cerrado alrededor de la mesa metálica.

—¿Y usted es...?

—Doctor Bernat Puig. —El hombre deslizó una tarjeta como un crupier—. Psiquiatra del Instituto Valenciano de Salud Mental. Fui su médico durante el ingreso de 2024.

—Qué coincidencia encontrarla aquí —dijo Alicia sin tocar la tarjeta—. Justo hoy. Justo en Castellón.

—Cuando el sistema me alertó de que una paciente de alto riesgo había abandonado supervisión, consideré mi deber intervenir. —Puig entrelazó los dedos—. Lucy padece un trastorno disociativo severo con ideación autolítica. Sin medicación...

—Sin la porquería que me metían, querrá decir —masculló Lucy, intentando levantarse. Un espasmo la sacudió—. Me duele todo. No consigo pensar con claridad.

—Es el síndrome de abstinencia, querida. —El tono de Puig rezumaba condescendencia—. Cortar los psicotrópicos de golpe provoca eso: dolor, confusión, espasmos... Por eso debes venir conmigo. Podemos aliviarte.

—Para volverme un vegetal —Lucy se puso en pie de golpe. La taza cayó, derramando el café en un charco oscuro que goteó al suelo—. Sé lo que me daban. Escopolamina con benzos. Antipsicóticos de última generación para borrar...

Las piernas le fallaron. Alicia se alzó para cogerla, pero Puig fue más rápido, agarrándola del brazo con precisión clínica.

—Los mareos son normales. Pronto vendrán náuseas, convulsiones... Necesita atención ya.

—Suéltela —dijo Alicia. Su voz cortó como una cuchilla.

—¿Perdón? —Puig no aflojó—. No sé qué relación tiene usted con mi paciente, pero...

—Inspectora jefa Alicia Salgado. UCO Madrid. —Mostró la placa, aunque estuviera de baja—. Lucy es testigo protegida en una investigación criminal. Suéltela o le detengo por obstrucción.

Puig la soltó. Despacio. Calculando.

—Inspectora jefa... Impresionante. Aunque me intriga qué hace la UCO tan lejos de casa. Y sin refuerzos, por lo que veo.

El muy listo había hecho los deberes.

—Mi jurisdicción está donde la necesito. Lucy viene conmigo.

—Lo lamento. —Puig sacó un documento del maletín—. Orden judicial de internamiento involuntario por riesgo de autolesión. Firmada por el juez Bermúdez hace seis días. En vigor.

Alicia revisó el papel. Hologramas legales, firma digital verificada. Demasiado pulcro para ser casualidad.

Un gemido la interrumpió. Lucy se había desplomado, el cuerpo contraído por un espasmo que la tiró al suelo.

—¡Lucy!

—Fase aguda del síndrome —dijo Puig, incorporándose—. Como le advertí. Por suerte, vengo preparado.

Entonces Alicia los vio. Cuatro tipos acababan de entrar en la cafetería. Se desplegaron con precisión quirúrgica. Sin uniforme, pero sus movimientos los delataban: peso equilibrado, manos libres, ángulos cubiertos.

Operaciones especiales.

—¿Qué demonios es esto?

—Personal de seguridad médica —respondió Puig con gesto ensayado—. Para traslados complicados. Algunos pacientes pueden ponerse violentos.

32

Estación RENFE de Castellón / CV-165, Zona del Mijares — 18 de marzo de 2030, 10:01 h

Los cuatro hombres avanzaban en formación cerrada. Como lobos cercando a su presa.

Los clientes de la cafetería retrocedieron por instinto. Algunos alzaron los móviles, ese reflejo pavloviano de nuestra era: si no lo grabas, no ha pasado.

Lucy los reconoció al instante. El terror le cruzó la cara como un latigazo.

—No... Son ellos. Los que me... —Las palabras se le atragantaron mientras intentaba arrastrarse hacia atrás. Un nuevo espasmo la clavó al suelo—. Por favor. No dejéis que me lleven. Os lo suplico...

Alicia dio un paso al frente. Metro sesenta de pura determinación.

—Nadie te va a llevar a ningún sitio.

—Inspectora. —Puig sacó una jeringuilla del maletín con precisión quirúrgica—. No complique más esto. Es una sedación leve, solo para el traslado. Por su bien.

—Ni se le ocurra acercarse con eso.

El médico arqueó las cejas. Sorpresa auténtica o perfectamente ensayada.

—¿Va a impedir una intervención médica urgente? Esta mujer puede convulsionar en cualquier momento. —Pausa calculada—. ¿Está dispuesta a cargar con esa responsabilidad?

Como si las palabras hubieran activado un resorte, Lucy empezó a temblar. No era una convulsión real —Alicia había visto demasiadas para confundirse—, pero los espasmos de abstinencia sacudían su cuerpo como descargas. Una línea de espuma blanca asomó en la comisura de los labios.

—Ahora —ordenó Puig.

Se movieron como un equipo SWAT. Dos sobre Alicia: llaves de inmovilización aplicadas sin error. No dolía, pero la dejaban paralizada. Los otros dos sujetaron a Lucy mientras Puig se acercaba con la aguja alzada.

—Esto es un secuestro —dijo Alicia, con la voz afilada como cristal—. Soy inspectora de la UCO. Los voy a detener a todos.

—Presente una denuncia. —Puig localizó la vena en el brazo de Lucy. Primer intento—. Tengo orden judicial y testigos de una emergencia médica.

—¡No! —Lucy se revolvió con la poca fuerza que le quedaba—. Es ketamina. Me va a... me va a convertir en...

La aguja entró.

El efecto fue inmediato. Los ojos de Lucy se volvieron opacos. Los músculos se soltaron como cuerdas cortadas. La cabeza cayó a un lado con un golpe seco.

—Esto no va a quedar así —dijo Alicia, grabando cada rostro en su memoria—. Os encontraré. A todos.

—Claro que no quedará así —replicó Puig, dejando la jeringuilla usada en un contenedor amarillo—. Lucy recibirá tratamiento de vanguardia en el Instituto Montgrí. Somos referencia en trastornos disociativos.

Ese nombre activó todas las alarmas en la mente de Alicia. Montgrí. Lo había oído antes. En susurros. En informes que desaparecían.

—¿Ha dicho Montgrí?

—Efectivamente. Tratamos casos que requieren... atención especializada. —Los ojos de Puig la escrutaron, como si analizara un espécimen bajo el microscopio.

Dos de los hombres cargaron a Lucy. Su cuerpo colgaba como ropa en un tendedero. La cabeza oscilaba a cada paso. El de la izquierda tenía un tatuaje en el cuello: dos letras entrelazadas. Alicia alcanzó a distinguirlas. C y O.

—Si le hacen daño...

—Somos personal sanitario, inspectora. No carniceros. —Puig se alisó la corbata con los dedos impecablemente cuidados—. Le daré un consejo: hay guerras que no conviene librar. Sobre todo si una está sola y sin munición.

La soltaron en cuanto cruzaron la puerta. Alicia salió disparada tras ellos, pero ya estaban introduciendo a Lucy en una ambulancia. Una Mercedes Sprinter última generación. Sin logos hospitalarios. Solo cristales tintados y una matrícula que memorizó al instante: **2847 HKZ**.

Registró cada detalle mientras el vehículo se alejaba. Abolladuras en el parachoques. Antena de comunicaciones en el techo. Sin sirenas. Sin prisa. Todo legal. En apariencia.

Corrió hacia su coche. La mente ya trazando rutas, evaluando opciones. Instituto Montgrí. Tenía que encontrarlo. Ya.

Marcó el número de Eva Mallent mientras arrancaba.

—¿Doctora? Salgado. Necesito información sobre el Instituto Montgrí. Urgente.

—¿Montgrí? —El tono de la forense cambió de inmediato. Profesional a preocupada en dos sílabas—. Es una clínica privada en el interior. Oficialmente tratan trastornos graves, pero... Un momento. ¿Por qué pregunta?

—Se han llevado a Lucy. Con papeles y todo el paripé legal.

El silencio al otro lado se hizo denso como plomo.

—Escuche con atención. No puedo hablar mucho por teléfono. Montgrí está en la CV-165, cerca de donde el Mijares confluye con otros barrancos. Kilómetro 18, tal vez el 20. —Pausa breve—.

Inspectora... ese sitio tiene muy mala fama entre los forenses. Demasiados pacientes que "deciden" quitarse la vida.

—Comprendido.

—Y algo más. El síndrome de abstinencia de escopolamina es especialmente duro durante las primeras setenta y dos horas. En ese estado, la mente es... moldeable. Muy moldeable.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Imposible saberlo. Depende de sus protocolos. Pero yo no esperaría mucho.

33

Masía en el Maestrazgo / Carretera hacia Barcelona — 18 de marzo de 2030, 18:20 h

El brigada Antonio Vega observaba en silencio mientras Javier Ibáñez pasaba las páginas. Cada documento era una herida. Cada fotografía, un peso más sobre los hombros del inspector.

Los dedos le temblaban. Apenas un temblor, imperceptible salvo para quien sabe mirar.

—Teresa...

El nombre quedó suspendido en el aire, como ceniza. Javier había llegado a la lista. Ahí estaba: Sujeto T.I., septiembre del 98. Doce años.

Mercedes salió de la cocina sin decir nada. Ramón la siguió. Dejaron la estancia en un silencio espeso, solo roto por el pasar de las hojas.

—Lo siento —murmuró Vega.

—No. —Javier cerró la carpeta con la delicadeza de quien maneja explosivos—. No lo sienta. Al fin tengo pruebas. Veinticuatro años, brigada. Veinticuatro años de intuiciones, de portazos, de miradas por encima del hombro. Y al fin las tengo.

Se puso en pie. La silla chirrió sobre el suelo de piedra. Fue hacia la ventana, como si el paisaje del Maestrazgo pudiera ofrecerle

respuestas.

Vega no dijo nada. El dolor tiene su propio ritmo. Y sus silencios.

—¿Sabe qué me revuelve las tripas? —dijo Javier, sin apartar la vista del exterior—. Que conozco a la mitad de estos nombres. He compartido mesa con ellos. Les he dado la mano. El comisario Pradales, el juez Bermúdez... Me palmoteaban la espalda mientras me sugerían que dejara de perseguir fantasmas.

—¿Hay alguien en quien confíe en su comisaría?

—¿En Morella? —soltó una carcajada seca—. Después de leer esto, no me fío ni del espejo. Aunque... —Se volvió—. ¿Le suena la jueza Hortensia Calvo-Sotelo?

Vega negó con la cabeza.

—Audiencia Nacional. Fue la única que no archivó mis denuncias. La mandaron a Madrid en 2019. Justo cuando empezó a mirar lo de El Refugio. —Regresó a la mesa—. Si queda alguien limpio con algo de poder, es ella.

—¿Y cómo llegamos sin que nos detecten?

—Ahí está el problema. Tendrá pinchados los teléfonos, el despacho vigilado... Pero hay otra vía. —Sacó el móvil—. Poco ortodoxa.

—Le escucho.

—Mi ex es periodista. Ana Vidal. ¿Le suena? Escribe en *El País*, pero del periodismo de verdad. Ganó un Ortega y Gasset por destapar los ERE sanitarios.

—¿Es de fiar?

—Nos separamos porque yo no podía soltar el caso de Teresa. Se cansó. Y tenía razón. —Pausa breve—. Pero sigue siendo la persona más íntegra que conozco. Y tiene línea directa con Calvo-Sotelo. Coincidieron en el Gürtel.

Vega sopesó los riesgos. Periodismo significaba exposición. Y la exposición, a veces, era una sentencia. O un salvavidas.

—Llámela.

Javier marcó. Uno. Dos. Tres tonos.

—¿Ana? Soy yo... Sí, ya sé qué hora es. Escucha, es importante. ¿Puedes hablar?... No, no va solo de Teresa. Es todo... ¿Te acuerdas de lo que siempre decías? Que si algún día tenía pruebas reales, serías la primera en saberlo... Las tengo, Ana. Todas.

Mientras escuchaba, su expresión cambió. De la tensión al asombro. Del asombro a una chispa de esperanza.

—No puedo contártelo por teléfono. Necesito que hables con Hortensia Calvo-Sotelo. Dile que es sobre Morella. Sobre El Código... Sí, ese. Y Ana... ten mucho cuidado. Esto es más grande de lo que imaginamos.

Colgó. Cruzó la mirada con Vega.

—Está en Barcelona. Congreso sobre crimen organizado. Vuelve mañana en el AVE de las ocho.

—Perfecto. La interceptamos en Atocha antes de que llegue al despacho.

—Ana nos conseguirá el asiento. —Javier dudó—. Pero hay más. Dice que hace una semana alguien la contactó preguntando por El Código. Un comandante de la Guardia Civil.

—¿Ferrer?

—No dio nombre. Pero le habló de una operación en marcha. De una testigo protegida. Le pidió que, si le pasaba algo, lo hiciera público.

A Vega se le heló la espalda. Si Ferrer había recurrido a la prensa, sabía que estaba jugando a vida o muerte.

—Hay algo que debe saber —dijo Vega—. Lucy Montoya, la chica que rescaté... es hija del juez Soriano. La diseñaron desde el útero. Es un arma con forma de mujer.

Javier se quedó pálido.

—¿Soriano tuvo un hijo con las...?

—Con las víctimas. Sí. Un programa de cría selectiva. —Señaló la carpeta—. Décadas de experimentación genética y conductual. Todo está ahí.

El móvil vibró. Mensaje de Ana:

«Calvo-Sotelo os espera. Vagón 4, asiento 23A. Llevad pruebas físicas. No os fiéis de nadie en la estación. Otra cosa: Ferrer fue a por Clara Llorens. Intercambio en Toledo. No ha vuelto.»

—¿Qué dice?

Vega le mostró la pantalla.

—Ferrer se ha sacrificado por Clara.

—¿La conoce?

—Clara dirigía un centro de acogida. Lucy trabajaba allí. —Vega empezó a recoger los documentos con precisión de relojero—. Tenemos que movernos. Si tienen a Ferrer...

Un motor. Por el camino de tierra.

Ramón se asomó a la ventana.

—Furgoneta blanca. No es del pueblo.

Vega y Javier se miraron. No hacía falta decir nada. El brigada metió los papeles en una bolsa. Javier revisó el cargador. Músculo memoria.

—Por detrás —indicó Ramón—. El sendero del pozo lleva al camino viejo de Catí.

—Tío...

—Salid ya. Mercedes y yo nos las apañamos.

Sin despedidas. Salieron por la puerta trasera. Cuando los tres hombres bajaban de la furgoneta, ellos ya se perdían entre los almendros.

Corrieron. Las piedras rodaban bajo los pies. El Nissan de Javier esperaba apuntando hacia la salida. Previsión profesional.

—Mi casa no sirve —dijo Javier mientras arrancaba—. Ningún lugar oficial sirve.

—Barcelona. Directo.

—Son seis horas. Si hay controles...

—¿Alternativas?

El camino viejo levantaba polvo. El retrovisor, despejado. Por ahora.

—Ana tiene un piso en Castellón. Lo usa cuando cubre esa zona. Podemos parar, cambiar de coche.

—¿Confía tanto en ella?

—Le confiaría mi vida. —Pausa—. De hecho, es justo lo que estoy haciendo.

Vega asintió. A veces no queda más que apostar. Y esta apuesta olía a todo o nada.

El Nissan devoraba el asfalto de la secundaria. Vega repasaba mentalmente el tablero: Clara libre. Ferrer capturado. Lucy, desaparecida. Montero, muerto. Y ellos con dinamita en la bolsa, corriendo hacia una jueza que quizá fuera la última carta limpia.

—¿Sabe qué me está matando por dentro? —la voz de Javier rompió el silencio—. Pensar que Teresa quizá esté viva. En algún sitio. Convertida en lo que sea... Pero viva. Y eso es casi peor que saberla muerta.

Vega no contestó. No había palabras para eso. Solo la certeza de que El Código había destrozado más vidas de las que nunca podrían contarse.

La carretera serpenteaba mientras el sol descendía hacia el horizonte. Barcelona quedaba lejos. Pero la partida estaba en marcha.

Los documentos pesaban como plomo. En algún lugar, Ferrer pagaba el precio del honor. En otro, Lucy batallaba contra sus demonios. Y ellos dos corrían hacia un tren donde, tal vez, la última esperanza de justicia viajaba en el asiento 23A del vagón 4.

El Maestrazgo quedaba atrás. Por delante, solo la incertidumbre. Y una jueza que, con suerte, aún creyera que la justicia significa algo.

34

Teruel — 19 de marzo de 2030, 05:57 h

El teléfono rompió el silencio a las 5:57.

Diana Silveira ya tenía la mano en el móvil de prepago antes del segundo timbrazo. Sueño ligero de fugitiva. En el sofá, Clara dormitaba con esa inquietud crónica de quien ha olvidado lo que es dormir sin miedo. Cuatro días en el piso del Arrabal. Clara libre. Gabriel pagando el precio.

La pantalla iluminó la penumbra: número oculto.

—¿Sí?

Silencio. Solo una respiración. Pausada. Medida.

Diana colgó. El corazón desbocado. Se levantó del sillón orejero —reliquia de otra época— y se acercó a la ventana sin encender luces. La calle de los Amantes dormía bajo el resplandor enfermo del alumbrado público.

—¿Quién era?

Clara. Despierta al instante. Esa alerta tatuada en los nervios.

—Nadie. Número equivocado.

Mentira evidente. El silencio que siguió pesaba como plomo.

Diana preparó café mientras el amanecer esbozaba los contornos de Teruel. El piso de la tía Remedios —cuatro décadas de magisterio rural resumidas en formica y santos de escayola— se había

convertido en refugio. Aunque, pensó, los refugios no son más que ratoneras con buena decoración.

—No podemos quedarnos aquí.

Clara en el umbral. La bata acolchada la hacía parecer más frágil. Los hematomas virando del púrpura al amarillo. Cartografía del horror. Pero en los ojos, el filo intacto de cuando era fiscal.

—Gabriel se sacrificó por mí. —La voz se quebró al nombrarlo—. No puedo esconderme mientras él… mientras todos caen como fichas de dominó.

—¿En quién confías?

Clara se sirvió café. Las manos, casi firmes.

—En Alicia Salgado. Trabajé con ella y con Montero tres años. Les pasaba inteligencia sobre El Código. Eran de los pocos que sabían toda mi historia.

Diana la observó con esa curiosidad aguda que la definía.

—Nunca contaste cómo te encontró Gabriel.

Clara se dejó caer en la silla. Rodeó la taza con ambas manos como si fuera un talismán. Cuando habló, lo hizo como quien narra una pesadilla ajena.

—2026. Veintiún años en los sótanos de San Miguel Arcángel. Morella. Desde los dieciséis. Gabriel era teniente. Recién destinado. Investigaba desapariciones que nadie quería ver. Siguió pistas que otros descartaron. Como si buscaran no encontrar.

Diana esperó. El silencio como invitación.

—Celda sin ventanas. Dos por tres metros. Años sin luz natural. Había otras. Yo era la única que no se había roto del todo. Gabriel no solo me sacó. Se enfrentó al sistema. A sus superiores. Lo arriesgó todo.

—Por eso la deuda.

—Es más que deuda. —Mirada directa. Un abismo de gratitud y rabia contenida—. Un año en Granada con mi tía y mi madre, recuperando algo parecido a la cordura. Después, Vinaròs. Abrí el centro para víctimas como yo. Quería devolver algo. Entonces

Montero y Salgado me buscaron. Necesitaban a alguien que conociera El Código por dentro. Desde las tripas.

Diana asintió. Las piezas encajaban.

—Por eso confías en Salgado. Sabe toda tu historia.

—Es la única que queda del equipo. —Sacó el Nokia. Dedos acariciando teclas gastadas—. Tengo su número de emergencia.

Marcó de memoria. Dos tonos.

—¿Sí?

Voz de Alicia. Cable tenso.

—Alicia, soy Clara.

Silencio. Luego, incredulidad.

—¿Clara? Dios... Pensé que... El intercambio...

—Estoy bien. Gabriel se cambió por mí.

—Ese maldito héroe... —Voz rota—. ¿Dónde estás? ¿Segura?

—Por ahora. No por mucho. Alicia, ¿qué pasó con Lucy?

Respiración pesada.

—La fastidié. La saqué del hospital, pero... se me escapó en la masía. Como un gato. La interceptaron en Castellón. Doctor Puig. Orden judicial impecable. Se la llevaron a Montgrí.

—No… —Frío recorriéndole la espalda—. Si está en Montgrí...

—Lo sé. Intenté seguirles... —Frustración pura—. Estoy en la masía de mi padre. Maestrazgo. Pasado Albocàsser, cerca del barranco del Toll. Aquí es seguro. Por ahora.

—Vamos para allá.

—¿Vamos? Clara, no es seguro. Están cazando a todos. Montero muerto. Vega buscado. Ahora Gabriel...

—Justamente por eso. No podemos dejar que sus sacrificios sean en vano. Lucy es la clave. Si la reprograman...

—Os espero. Tened cuidado. No os fiéis de nadie.

Clara colgó. Miró a Diana. Determinación encendida.

—Lucy está en el peor sitio posible. Montgrí es... —Escalofrío—. Tengo que ver a Alicia. Contaros todo. Se acabaron los secretos.

Diana asintió.

—Juntas. No pienso dejarte sola.

**

Una hora después, Clara era otra. Pelo teñido con tinte de bazar. Corte improvisado. Ropa anodina del armario de Remedios. Transformación eficaz.

—El coche de mi tía está en el garaje —avisó Diana mientras bajaban—. Un Seat Ibiza 2018. Discreto.

—Perfecto. Nos turnamos al volante.

El coche arrancó al segundo intento. Diana conduciendo. Clara escaneando retrovisores. Teruel despertando. A-23 dirección norte. Desvío por secundarias.

—Cuéntame de Montgrí —pidió Diana.

Clara cerró los ojos. Recuerdos como cuchilladas.

—Oficialmente, centro de rehabilitación juvenil. Extraoficialmente... —Tragó saliva—. El sitio al que El Código envía a los difíciles. Los que no se doblan. Psiquiatras, neurocirujanos, farmacólogos. Todo legal. Pero lo que hacen...

—¿Reprogramación?

—Borrado y reescritura. —Voz clínica—. Electroshock. Psicocirugía. Cócteles experimentales. Cuando salen, si salen, son otros. Obedientes. Vacíos. Marionetas perfectas.

Diana apretó el volante.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Setenta y dos horas para la evaluación inicial. Después...

No terminó la frase.

Cambio de conductor en una gasolinera cercana a Morella. Clara al volante. Diana vigilando. Maestrazgo desplegándose. Austero. Imponente.

—¿Alicia tendrá plan? —preguntó Diana.

—Siempre tiene. Eso es lo bueno... y lo peligroso. —Sonrisa torcida—. Pero Montgrí no es una cárcel. Es una fortaleza. Médica. Legal. Blindada.

El sol declinaba. Cielos rojos como heridas abiertas. Desvío tras Albocàsser. Almendros quietos. Olivos en guardia. Maestrazgo elevándose. Muralla natural.

—Ahí —Clara señaló.

La masía Salgado. Sólida. Austera. Permanencia de siglos.

Clara detuvo el coche a distancia prudente. Un perro ladró. Puerta que se abre. Un hombre mayor. Escopeta como prolongación del brazo.

—Busco a Alicia Salgado —dijo Clara desde el coche.

—Somos amigas —añadió Diana—. Nos espera.

Josep Salgado las evaluó. Lentitud aparente. Ojos afilados.

—¿Las han seguido?

—No —Clara—. Tres rodeos.

Asintió. Les hizo señas para entrar. Cocina iluminada por lámpara de aceite. Alicia sentada. Derrotada.

—Clara... —Se levantó. Abrazo largo—. Gracias a Dios. Y tú, Diana... —Agradecida—. Gracias por traerla.

—No fue culpa tuya lo de Lucy —dijo Clara, devolviendo el abrazo —. La conozco. Es escurridiza. ¿Cuándo?

—Esta mañana. A las diez. —Mano por el pelo—. Ketamina. Orden judicial impecable. Cuatro tipos. Todo quirúrgico. Como si alguien...

—Montgrí. —El nombre cayó como una condena—. Cada hora que pasa, la perdemos un poco más. ¿Recuerdas los protocolos?

—Cada palabra. —Firmeza—. Pero no podemos entrar sin más. Necesitamos algo más que valor.

—Entonces os cuento todo. —Clara se dejó caer—. La verdad completa sobre Lucy. Incluso lo que vosotras no sabéis.

Diana y Alicia se miraron. Nerviosas.

Clara comenzó a hablar. Su voz grave resonaba en la piedra vieja. Afuera, la noche del Maestrazgo abrazaba la masía como una mortaja.

35

Montgrí — 19 de marzo de 2030, 16:00 h

Gabriel contó los pasos sin pensarlo. Treinta y siete desde la celda hasta la sala de observación. Un tic profesional que ya no intentaba corregir. Los dos tipos que lo escoltaban llevaban bata blanca, pero no engañaban a nadie. Brazos como jamones y esa forma de andar —el peso en la punta de los pies, siempre listos para saltar— los delataban. Militares, sin duda.

La puerta emitió ese suspiro de succión típico de las herméticas. Dentro, el decorado habitual: mesa de acero atornillada al suelo, dos sillas iguales, y una luz cenital que no dejaba sombra donde esconderse.

Y allí estaba ella. Lucy Montoya. Sentada como un gorrión con las alas rotas.

Gabriel se detuvo en seco. Su mente —esa máquina diseñada para reconstruir escenas— lo captó todo de un vistazo. Había perdido al menos tres kilos desde el hospital. La mano izquierda temblaba, ese temblor fino que mezcla abstinencia y sedación. Y la postura... sumisa en apariencia, pero con alerta en cada músculo. Como un felino que finge estar dormido.

Lucy alzó la cabeza despacio. Las pupilas dilatadas revelaban el cóctel químico —midazolam, probablemente—, pero en los ojos

había algo más. Un reconocimiento distinto al que él esperaba.

—Hermano.

La palabra cayó entre ellos como un ladrillo. Sin sorna. Sin trampa. Solo una verdad dicha en voz alta.

Los matones lo empujaron hacia la silla. El metal estaba más frío que una losa.

—Esto está lleno de micros —soltó Lucy en cuanto se cerró la puerta—. Sennheiser MKE-2, rango completo. Pero hay ángulos muertos. La física del sonido es lo que tiene. —Se inclinó a la izquierda—. Ya aprenderás a encontrarlos.

Gabriel la observó mientras ella diseccionaba el sistema de vigilancia. Veinticuatro horas en ese agujero y ya había hecho ingeniería inversa del montaje. Su cerebro funcionaba como el suyo: patrones, lógica, resolución. El regalo envenenado del mismo padre.

—¿Qué te han contado? —preguntó Lucy. Su voz tembló por un segundo. La joven de veintidós seguía ahí, bajo la capa de precisión quirúrgica.

—Que compartimos padre. Que somos parte del mismo experimento. Alpha y Omega.

Lucy soltó una risa seca. No amarga. Más bien resignada, con una pizca de ironía.

—Alpha y Omega. Qué dramatismo. —Se tocó la sien izquierda, donde Gabriel distinguió una cicatriz leve—. ¿Sabes qué es lo que más jode? Que me acuerdo de todo. Cada electrodo. Cada inyección. Cada sesión de lavado cerebral. Tengo una memoria fotográfica del proceso de destrucción. Supongo que como tú con tus escenas. Regalo de papá Soriano.

Las lágrimas le brotaron de golpe, pero no se las limpió. Las observó como si fueran parte del experimento, aunque había algo más. Dolor de verdad.

—Mira. Respuesta lacrimal. Pero esta vez no es condicionamiento. Es por... —se le quebró la voz— por recordar. Clara dice que llorar está bien. Que es humano.

Gabriel sintió cómo sus propios recuerdos encajaban como piezas de dominó. Su capacidad para leer un crimen. Para anticiparse a los culpables. No era solo instinto. Era algo más profundo.

—Ya sé lo que piensas —dijo Lucy, sonando más joven—. Que si eres bueno en lo tuyo por las razones equivocadas. Yo me lo pregunto a diario. Cada vez que resuelvo algo, cada chispa brillante... ¿soy yo o es el programa?

—Pero salvamos vidas —murmuró Gabriel, como si necesitara convencerse.

—Y eso importa. —Lucy se inclinó hacia él. Por primera vez, en sus ojos había esperanza—. ¿No lo ves? Cogieron lo peor —la genética de un monstruo— y sin querer crearon algo que puede elegir hacer el bien. Tú proteges. Yo siento amor por Clara como si fuera de mi sangre. Eso no lo planearon.

—Clara —repitió Gabriel. El nombre transformó a Lucy.

—Clara rompe su ecuación. —Su voz sonaba casi devota—. Seis meses, Gabriel. Seis meses tratándome como una persona. Sin trucos. Sin esperar nada. Me veía llorar y no tomaba nota. Me veía reír y no analizaba gestos. Solo... me veía. Y me aceptaba.

—La elegiste a ella antes que a ellos.

—¿Elegí? —Lucy ladeó la cabeza, como un pájaro curioso—. Ahí está el quid. ¿Fue una elección o estaba predestinado? Le he dado vueltas mil veces. Y llegué a una conclusión que me asusta y me libera a la vez: elegir amar *es* la libertad. No es el resultado de ser libre. Es la libertad misma.

Gabriel lo sintió en el pecho. No solo lo entendía. Lo reconocía.

—Tu fe y mi filosofía llegan al mismo lugar —continuó Lucy, con lágrimas imparables—. Lo que nos hace humanos es amar. No los genes. No la programación. El amor. Clara me enseñó eso.

—Somos hermanos —dijo Gabriel, cargando la palabra con un sentido nuevo—. No por Soriano. Por esto. Por elegir amar antes que obedecer.

—Por elegir ser personas cuando nos diseñaron para ser armas. —Lucy casi sonrió, y fue devastador verla tan frágil—. ¿Sabes qué? A

veces me activo a propósito. Digo las palabras clave y dejo que mi mente se apague. Es mi droga. El único momento de paz: cuando no soy yo. Solo obedezco.

Gabriel extendió la mano sobre la mesa. No la tocó. Las cámaras grababan. Pero el gesto estaba ahí.

—No estás sola.

—Lo sé. —Lucy miró la mano como si fuera un milagro—. Y por eso da tanto miedo. No estoy acostumbrada a eso.

Un golpe en la puerta. Cronometrado. Quince minutos. Todo en Montgrí era matemático.

—Escucha —dijo Lucy, apurando el tiempo—. Hay 47 activos confirmados en España. Doce más en fase de desarrollo. Generación Alfa: como tú, prototipos conscientes. Omega: menos conciencia, más obediencia. Gamma: los están fabricando en el ala norte.

—¿La Convergencia?

—Activación simultánea. —Sus dedos marcaron números primos: 2, 3, 5, 7, 11—. Jueces, policías, médicos, empresarios... todos al mismo compás. No es conspiración. Es evolución dirigida. Pero hay un fallo...

La puerta se abrió. Uno de los matones se plantó en el umbral.

—Fin de la reunión familiar.

Mientras lo sacaban, Gabriel captó el último mensaje de Lucy. No en palabras. En los dedos sobre la mesa. Código Morse: *«La verdad os hará libres».*

Juan 8:32. No podía saberlo, pero había citado el versículo que Gabriel llevaba grabado en el alma.

De vuelta en su celda, Gabriel pensó en lo que Lucy había dicho sobre los números primos. Se arrodilló en el suelo. Y la oración surgió, no de la mente, sino de algo más profundo. Más antiguo que cualquier experimento.

> «Señor, me fabricaron para recordarlo todo. Para ver patrones. Para cazar.

Pero Tú me diste algo que no venía en el manual: la libertad de elegir.
Yo elijo ver tu imagen en cada persona. En Lucy, sobre todo en Lucy.
No permitas que dude de ti por culpa de ellos.
Mi fe no es un algoritmo. Es mi decisión diaria de creer que el amor es más fuerte que cualquier código.
Que tu gracia puede redimir incluso lo nacido en la oscuridad.
Dame fuerzas para lo que viene. Para proteger a Lucy.
Para ser el hombre que elegí ser, no el arma que quisieron que fuera.»

Las cámaras grababan. Los micros escuchaban. Que lo hicieran. Esa oración no era solo una súplica.

Era su declaración de guerra.

En algún rincón del complejo, los relojes marcaban el tiempo con precisión quirúrgica. En su celda, Lucy quizá luchaba contra la necesidad de apagarse. De desaparecer.

Y Gabriel Ferrer —Sujeto Alpha, hermano de la Omega, comandante por elección e hijo de Dios por gracia— preparaba el alma.

Porque la convergencia que planeaba El Código tenía un defecto: les dieron demasiada consciencia.

Y esa consciencia los había hecho humanos.

Entre él y Lucy, acababan de iniciar su propia convergencia. No basada en órdenes.

Sino en la rebelión más antigua del mundo:

Elegir amar cuando todo te programa para odiar.

El amor como acto de guerra.

La esperanza como sabotaje.

Dos errores de sistema que eligieron ser hermanos.

36

Casa segura de Alicia Salgado — 19 de marzo de 2030, 19:45 h

El silencio no era ausencia. Era presencia. Espeso. Viscoso. Como mercurio.

Las tres mujeres lo respiraban, lo masticaban. Cada una a su manera.

La lámpara proyectaba sombras que se deslizaban por las paredes desnudas.

Clara Llorens conocía esas sombras. Las había visto en pupilas muertas, en expedientes sellados, en sus propias pesadillas tras demasiados meses nadando en el fango.

Era ahora o nunca.

—Lucy sabe que está programada.

La frase estalló como metralla.

Diana Silveira se tensó de inmediato. Veinte años en fiscalía y aún había cosas que la sacudían.

Alicia Salgado no se movió. Su casa había visto de todo. Pero un leve temblor en su mandíbula la delató.

—Para. —Diana alzó la mano—. ¿Me estás diciendo que es consciente de su propia…?

—Esclavitud mental. Exacto. —Clara deslizó la carpeta por la mesa con dedos que solo parecían firmes—. Convive con ello cada

día. Y aquí viene lo peor: cree que, cuando no está "activada", es libre. Que decide por sí misma. Que piensa por voluntad propia.

—Imposible.

—No. Brillante. —La voz de Clara era hielo contenido—. Desde los cuatro años, Diana. Cuatro. ¿Tú qué hacías a esa edad? ¿Muñecas? ¿Dibujos? Lucy jugaba a dormir con los ojos abiertos.

Abrió el expediente. Las fotos se desplegaron como cartas marcadas.

Niña. Adolescente. Mujer.

Siempre la misma mirada. Siempre esa sonrisa que nunca llegaba a puerto.

—Hipnosis estructural avanzada. —Clara se blindó con un tono clínico—. No es magia. Es neurociencia aplicada con bisturí. Anclajes múltiples: palabras que disparan respuestas cerebrales. Como cambiar de canal. "El círculo no se rompe". "La obediencia te salva". Frases inofensivas para cualquiera. Disparadores para ella.

—¿Cómo? —Alicia habló por primera vez. Su acento mediterráneo coloreaba la palabra.

Clara giró el portátil. En la pantalla, un cerebro en technicolor. Destellos como auroras boreales.

—¿Veis? Corteza cingulada anterior. Núcleo accumbens. Cuando escucha al "Alfa" —así lo llaman—, su cerebro se inunda. Dopamina. Serotonina. Oxitocina. Mejor que cualquier droga. Han convertido la obediencia en placer químico.

Diana golpeó la mesa. El café tembló.

—¡Es una aberración! ¿Nadie lo detectó?

—Ricardo Simón lo dejó todo por escrito. —Clara sacó un folio, lo sostuvo como si quemara—. Su firma. "Fase II completada. El sujeto reconoce los comandos pero no los asocia con pérdida de autonomía". ¿Ves la perversión? Lucy SABE que hay palabras que la controlan. Pero cree que obedece por decisión propia.

El viento azotó las contraventanas. Castellón rugía más allá de los muros. Pero el verdadero temporal estaba dentro.

—Los fármacos fueron la guinda. —Clara cerró los ojos un segundo—. Escopolamina: anula el juicio crítico. Midazolam: borra recuerdos selectivos. Y en los últimos años, microdosis de ketamina. Los traumas le parecen sueños. Duda de su propia memoria.

—Crimen perfecto. —susurró Alicia—. La víctima que se sabotea sola.

—Pero aún hay una grieta.

Las otras dos la miraron como si hubiera perdido el juicio.

—Habla en serio. —Clara se inclinó. Sus ojos brillaban con algo parecido a fe—. El código tiene un fallo. No contemplaron una variable.

—¿Cuál?

—El amor. El real. No el condicionado. Lucy nunca lo ha conocido. Su mundo es puro trueque: obediencia por afecto, sumisión por supervivencia. Pero el amor de verdad… eso no se programa.

Diana soltó una carcajada seca.

—¿Vas a curarla con amor? ¿Con cuentos?

—Voy a darle lo que nunca tuvo: verdad sin filtros. Sin manipulación. Sin agenda. —Clara se incorporó. La silueta recortada contra la luz—. Desde ahí, quizá pueda construir una identidad propia. No la Lucy programada. No la que se cree libre. La Lucy real.

—¿Y si la reactivan? —preguntó Alicia, la pregunta que todas temían—. ¿Si aparece el Alfa y pronuncia las palabras?

Clara sonrió. No era una sonrisa feliz.

—Entonces luchamos. Con uñas. Con dientes. Con amor. Con rabia. Es lo que hacemos, ¿no? Las tres lo sabemos. No somos espectadoras.

Se miraron.

Tres mujeres. Historias distintas. Una misma guerra.

—Somos la resistencia —dijo Diana—. Resistencia total.

Fuera, el Mediterráneo golpeaba la costa con su furia eterna.

Dentro, algo más poderoso que cualquier temporal acababa de nacer.

Una conspiración de amor contra el código.
Una rebelión de humanidad contra la programación.

Y en algún lugar de Castellón, Lucy dormía. Sin saber que tres mujeres acababan de declarar la guerra por su alma.

37

Masía Salgado, Maestrazgo — 20 de marzo de 2030, 07:15 h

El plano del Instituto Montgrí se extendía sobre la mesa de roble como un mapa del tesoro maldito. Alicia Salgado lo había conseguido gracias a un funcionario de Urbanismo que le debía más favores de los que ambos querían recordar. Las tres mujeres lo examinaban bajo la luz mortecina de una lámpara de aceite, mientras fuera el Maestrazgo despertaba con esa calma tensa que precede a las tormentas serias.

—Renovaron el ala oeste en 2015 —dijo Alicia, señalando con el dedo líneas invisibles sobre el papel—. Pero la estructura del monasterio original sigue en pie. Muros de dos metros. Piedra del siglo XIII.

—Una fortaleza en toda regla —gruñó Diana. Veinte años en la fiscalía le habían enseñado que a veces no hay otra forma de nombrar el horror.

—No entramos —soltó Clara sin levantar la vista—. Sería un suicidio. Ese es su terreno. Cámaras, seguridad privada, cobertura legal. Les daríamos la excusa perfecta para quitarnos de en medio.

El Nokia de Alicia vibró. Número oculto. A esas horas y con el panorama que tenían, solo podía ser una de dos cosas: una noticia excelente… o el principio del fin.

Leyó el mensaje. Las pupilas se le dilataron.

«Soy Ana Vidal, periodista de *El País*. Un guardia civil me ha contactado con pruebas sobre El Código. Va camino de Madrid. Necesitamos coordinarnos. Urge».

Clara leyó por encima del hombro.

—Ana Vidal —musitó—. Cubrió mi liberación en 2026. De las pocas que no convirtió mi historia en carne de morbo. Es de fiar.

Alicia marcó sin dudar. Al primer tono, una voz femenina. Tensa, pero contenida. Una voz que sabe que está jugando con fuego.

—¿Inspectora Salgado? Gracias por llamar. Voy al grano: tengo a dos testigos con documentación que puede hacer temblar medio gobierno. Pero necesitan protección legal. Ya.

—¿Quiénes?

—Brigada Antonio Vega e inspector Javier Ibáñez. —Pausa—. El brigada lleva los expedientes originales. Todo. Nombres, fechas, firmas. Van en el AVE de las ocho a ver a la jueza Calvo-Sotelo, pero...

—Pero sin apoyo, Simón los cazará como conejos —completó Alicia. Era de lógica. El Fiscal General tenía ojos en cada estación, en cada juzgado. El sistema protegiéndose a sí mismo—. ¿Dónde están ahora?

—Deben de estar llegando a Sants en estos momentos.

Diana, hasta entonces en silencio, intervino con esa calma peligrosa de quien calcula antes de atacar:

—Hortensia Calvo-Sotelo. Coincidimos en el caso Gürtel. —Sonrió, afilada—. Si alguien en este país puede firmar órdenes sin que Simón lo sepa, es ella.

—Hay más —dijo Ana, bajando el tono—. Mi fuente en el CNI, de las que no figuran en ningún organigrama, asegura que esta madrugada hubo movimiento en Montgrí. Tres ambulancias medicalizadas.

Clara se tensó. Un resorte a punto de saltar.

—Lucy y Gabriel.

—Eso parece. Rumbo: aeropuerto de Manises. Vuelo chárter a Zúrich a las 15:00. Matrícula suiza. Inmunidad diplomática.

Se miraron. No hacían falta palabras. Sabían lo que significaba Suiza para El Código: clínicas discretas, leyes laxas, secreto bancario… también médico.

—Escuche bien, Ana —dijo Alicia, adoptando ese tono que no admite réplica—. Esto hay que orquestarlo como un reloj suizo. ¿Puede conseguir cámaras en la estación?

—Ya tengo equipo. Cuatro cámaras, unidad móvil. Mi productora huele a Pulitzer. Pero sin órdenes judiciales, será solo un buen documental.

—Diana puede activar canales paralelos. Bruselas en vez de Madrid.

Diana ya sacaba otro móvil. Los prepagos eran la nueva artillería.

—Tengo contacto en la Fiscalía Europea. Le salvé el pellejo en el caso Volkswagen —murmuró, escribiendo un mensaje—. Me debe una muy gorda.

—Alicia, otra cosa... —Ana procesaba como una computadora—. Necesitamos aliados dentro. Guardias, policías. Gente que aún crea en el juramento.

—Ya está en marcha —dijo Alicia, y por un instante, sintió algo parecido a la esperanza—. El sargento Ruiz es uno. El cabo Martínez, de Vinaròs, otro. Su hermana desapareció en el 99. Lleva años reuniendo gente. Guardias limpios. Hijos, hermanos de víctimas. Podemos contar con ellos.

Diana regresó, el móvil aún en mano:

—Orden europea en curso. Lo están tramitando como terrorismo. Máxima prioridad. Dos horas máximo.

—Entonces tenemos plan —concluyó Alicia, visualizando el tablero completo—. Vega y la jueza se encargan de las órdenes. Ana lo documenta. Nosotras, de la intercepción en Montgrí.

—Una cosa más —dijo Clara, con una voz nacida del estómago—. Lucy… los métodos de reprogramación agresiva pueden fragmentar la mente. Lo documentaron en los informes de 2018. Si la presionan

demasiado... Con Gabriel tienen menos margen, pero con Lucy... nunca han dejado de trabajar con ella.

Sabían lo que eso implicaba: una mente rota, tal vez sin vuelta atrás.

El silencio en la masía cayó como plomo fundido.

—Es real —susurró Clara, como quien se lo dice a sí misma—. Después de tantos años gritando al vacío... por fin alguien escucha.

La puerta se abrió de golpe. Josep Salgado apareció con la Benelli al hombro y cara de malas noticias.

—Si vais a moveros, que sea ya. —El viejo olía a pólvora y monte —. Un dron ha pasado dos veces en diez minutos. No es de los míos. Y los vecinos más cercanos están a cinco kilómetros.

Alicia lo miró. Su padre, guardia civil retirado, sabía leer las señales igual que ella. El cerco se cerraba.

—Nos vamos —dijo, recogiendo los papeles con eficiencia—. Tenemos una intercepción que coordinar.

Salieron al amanecer gris del Maestrazgo. El cielo amenazaba tormenta, con esas nubes bajas que traen agua para largo. Pero por primera vez en años —quizá desde el inicio de esta guerra sucia—, El Código no tenía todas las cartas.

El tablero había cambiado.

Y ahora, las reglas las escribían los supervivientes.

38

Barcelona, Estación de França — 20 de marzo de 2030, 08:45 h

La Estación de França bullía con el caos milimétrico de la hora punta. Antonio Vega escaneaba rostros por puro instinto mientras él y Javier Ibáñez sorteaban la marea humana. Llevaba la bolsa pegada al costado como si transportara nitroglicerina.

Andén 3. Vagón 4. La jueza Hortensia Calvo-Sotelo leía *El País* en el asiento 23A como si el mundo no estuviera a punto de estallar. Sesenta años llevados con una elegancia austera, el pelo gris recogido en un moño impecable y esa autoridad innata que no necesita toga ni martillo.

—Señoría. —Vega mostró la placa con un gesto que conocía de memoria—. Somos...

—Sé perfectamente quiénes son. —La jueza cerró el periódico con precisión quirúrgica. Sus ojos grises los examinaron como si fuesen pruebas periciales—. El fiscal Montero tenía una cita conmigo por este asunto, pero jamás se presentó. Y hace unos minutos, Ana Vidal me llamó durante el desayuno para ponerme al corriente. ¿Traen lo prometido?

Javier abrió la bolsa. Las manos firmes —y eso tenía mérito— al extraer los documentos. La jueza los examinó con la eficiencia de

quien ha visto demasiado horror administrativo como para perder el tiempo en aspavientos.

Su rostro siguió imperturbable. Pero Vega, experto en leer microgestos, detectó cómo se le tensaba la mandíbula. Cómo apretaba los papeles con más fuerza.

—Esto es… —Por primera vez, la voz titubeó—. ¿Cuántos años?

—Treinta confirmados —dijo Vega, en tono neutro—. Posiblemente más. Los registros antiguos están codificados.

—¿Supervivientes?

—Lucy Montoya y Gabriel Ferrer. Localizados en el Instituto Montgrí. —Javier intervino—. Mi hermana, quizá. No lo sabemos. Hay lagunas.

La jueza guardó silencio. Exactamente tres respiraciones. Luego sacó el móvil con la precisión de una esgrimista.

—Soy Calvo-Sotelo. Código judicial 47821. —Su voz era sentencia —. Necesito una unidad de Asuntos Internos. Completa. Sí, ahora mismo. Instituto Montgrí, Castellón. —Pausa seca—. Me da igual la jurisdicción. Hay vidas en juego y cada minuto cuenta.

Colgó. Los miró como quien calibra si alguien está a la altura.

—En un par de horas tendremos una orden judicial blindada. Irrecurrible. —Se levantó con la firmeza de quien ya ha decidido—. Vienen conmigo. Los del tren suelen respetar mi espacio. Así podremos trabajar tranquilos.

El AVE arrancó con la suavidad de una caricia. Rumbo a Madrid. Al corazón de la bestia.

Vega miró por la ventana mientras Barcelona se desdibujaba. Por primera vez en días —desde que encontró a Lucy Montoya desangrándose—, algo parecido a la esperanza asomaba en su interior.

No era mucho. Pero en esta guerra de sombras, a veces basta con un resquicio de luz para intentar cambiar el mundo.

O al menos para pelear con todo lo que te queda.

39

N-340, dirección Castellón — 20 de marzo de 2030, 10:47 h

El Seat León de Alicia Salgado devoraba la N-340 a ciento cuarenta por hora. El límite era ciento veinte. Pero también era legal lo que hacían en Montgrí, y eso no lo volvía correcto.

Clara Llorens iba de copiloto, móvil en la oreja, coordinando con Ana Vidal. En el asiento trasero, Diana Silveira tecleaba en su portátil como si el mundo dependiera de ello. Probablemente era así.

—Ruiz dice que tiene siete agentes limpios —informó Clara, tapando el micrófono—. Podrían estar en Montgrí en hora y media.

—Que esperen en el cruce con la CV-10 —Alicia adelantó un camión cisterna sin inmutarse—. Si entramos todos de golpe, será una masacre. Hay que sincronizarlo todo al segundo.

El Nokia de Diana vibró. Bruselas.

—Sí… Ajá… ¿Cómo? —Su expresión cambió de esperanza a frustración en dos segundos—. No puede ser… Entiendo… Gracias por intentarlo.

Colgó. El silencio se instaló como una losa.

—¿Noticias? —preguntó Alicia, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Nada de orden europea —Diana cerró el portátil de un golpe—. Mi contacto necesita pruebas físicas, declaraciones juradas, un expediente formal… Mínimo setenta y dos horas si hay suerte.

—¡Setenta y dos horas! —Clara se giró, encendida—. ¡En ese tiempo pueden estar en cualquier parte del planeta!

—Lo sé —Diana se frotó la cara—. Pero Bruselas tiene sus protocolos. Sin papeles, nada.

—Bendita burocracia —murmuró Alicia, pisando más fuerte—. Cuando de verdad hace falta, el sistema se convierte en melaza.

Clara volvió a llamar.

—¿Ana? Tenemos un problema. No hay orden europea… Sí, lo sé… Tendremos que apañarnos con lo que tenemos… La jueza Calvo-Sotelo y Asuntos Internos… Exacto. Es nuestra única carta.

Colgó. Las tres sabían lo que significaba: sin orden internacional, el aeropuerto de Manises quedaba sin blindaje. Si conseguían sacar a Lucy y a Gabriel antes de que llegaran…

—Conozco a un inspector en el aeropuerto. Méndez —dijo Alicia —. Coincidimos en un curso antiterrorista en 2019. Aún cree en lo que representa la placa.

—Llámalo. Aunque sin orden europea... —Diana dejó la frase flotando.

Alicia marcó por el manos libres mientras el paisaje se emborronaba a través de la ventanilla. Naranjales, polígonos industriales, campos abandonados… España profunda y moderna, mezcladas sin sentido, como todo en este país.

—¿Méndez? Soy Alicia Salgado... Sí, la de Ávila... Tengo información fiable sobre un traslado ilegal. Vuelo privado a Zúrich esta tarde… No, no tengo orden, pero… Son víctimas de trata, documentación médica falsa… Haz lo que puedas, aunque sea con una inspección rutinaria… Sí, te debo una. Y de las gordas.

Colgó. El ambiente en el coche era denso, como humo invisible.

—¿Qué ha dicho?

—Lo intentará. Control de seguridad, revisión de documentación... Pero sin orden judicial no puede impedir el despegue —Alicia golpeó el volante—. Con suerte, nos gana una hora.

—Entonces Montgrí no puede fallar —Clara fijó la vista al frente, decidida—. Es nuestra única oportunidad.

Madrid, Sede de Asuntos Internos — 20 de marzo de 2030, 10:52 h

El comandante Joaquín Torregrosa llevaba treinta años tragándose la porquería que otros generaban. Treinta años siendo el tipo desagradable que evitaba que todo se pudriera del todo.

Cuando recibió la orden de la jueza Calvo-Sotelo, supo que aquello no era un caso más.

—¡Pérez! ¡Domínguez! ¡Santos! —rugió por los pasillos asépticos —. Sala de operaciones. Ya.

Doce agentes. Los incorruptibles. Los que habían aguantado sobornos, amenazas, chantajes. Los que aún creían.

—Tenemos orden directa de la Audiencia Nacional —Torregrosa proyectó el mapa en la pantalla holográfica—. Instituto Montgrí, Castellón. Secuestro, experimentación ilegal, conexiones con una red de corrupción que llega hasta el Fiscal General.

Un silencio cargado recorrió la sala.

—Señor —intervino Santos—, eso excede nuestra jurisdicción habitual.

—La jueza ha dicho: «me importan tres pimientos la jurisdicción» —Torregrosa le sostuvo la mirada—. ¿Algún problema?

—Ninguno, señor. Solo necesitaba confirmación.

—Perfecto. Quiero dos unidades completas. Chalecos nivel IV, armamento pesado. No vamos a inspeccionar papeles. Seguridad privada con entrenamiento militar.

Pérez levantó la mano.

—¿Tiempo estimado hasta objetivo?

—Salimos en quince. A fondo, con luces y sirenas, tres horas y pico —Torregrosa miró el reloj—. Tenemos que estar allí antes de las catorce. Las víctimas podrían ser trasladadas.

—¿Apoyo local?

—Negativo —la palabra cayó como una losa—. La podredumbre llega hasta arriba. Vamos solos.

No era del todo cierto. Sabía que Salgado tenía gente en el terreno. Pero oficialmente, Asuntos Internos volaba en solitario. Como siempre.

—Una cosa más —sacó una foto—. Lucy Montoya. Gabriel Ferrer. Objetivos prioritarios. Víctimas. Puede que estén sedados o alterados. Máxima precaución.

—¿Vivos a toda costa?

—Vivos a toda costa.

El equipo se dispersó con la precisión de quien lleva media vida juntos. Dieciocho minutos después, dos furgones blindados salían del garaje subterráneo, cortando el tráfico madrileño como cuchillos en mantequilla.

Torregrosa iba delante, repasando los planos del instituto. Un antiguo monasterio. Muros de dos metros. Una entrada. Helipuerto en el ala norte.

Sacó el móvil seguro.

—Calvo-Sotelo.

—Señoría. En ruta. Tres horas diez, según GPS.

—¿Equipo de grabación?

—Completo. Todo quedará documentado.

—Bien. Cuando esto explote, intentarán enterrarlo. Las grabaciones serán nuestra póliza.

Una pausa.

—Torregrosa, me acaban de confirmar: no hay orden europea. Estamos solos.

—Entendido. Más razón para no fallar.

—Exacto. Hay quienes llevan décadas esperando justicia. No les fallemos.

40

Aeropuerto de Manises, Valencia — 20 de marzo de 2030, 11:30 h

El inspector jefe Miguel Méndez llevaba quince años en la Unidad de Seguridad Aeroportuaria. Quince años viendo cómo los malos siempre encontraban la grieta por donde colarse.

Cuando recibió la llamada de Alicia Salgado, supo que hoy tocaba perder otra batalla.

—Sin orden europea, poco puedo hacer —murmuró, repasando la lista de vuelos.

Ahí estaba: Gulfstream G650, vuelo privado a Zúrich, 15:00 horas. Fundación Suiza de Asistencia Médica. Todo en regla. Al menos sobre el papel.

—Jefe —el agente Rodrigo apareció en la puerta—. ¿Montamos algo especial para el Gulfstream de las tres?

Méndez lo miró. Rodrigo era de los buenos. De los que entienden sin preguntar demasiado.

—Inspección rutinaria. Pero a fondo. Muy a fondo —remarcó—. Documentación de la tripulación, equipaje, identidades... Ya sabes, siendo vuelo médico, hay que ser meticulosos.

—¿Cuánto tiempo calculamos?

—Una hora. Hora y media si surge... algo.

Rodrigo sonrió. Entendía el juego.

—Entendido. ¿Algo más?

—Sí. Que noten que estamos. Presencia visible, pero sin pasarse. Y si ves algo raro, cualquier cosa, me lo dices. No podemos detener, pero sí dejar constancia.

Salió a la pista. El Gulfstream brillaba bajo el sol mediterráneo como un diamante indecente. Setenta millones de euros listos para despegar sin hacer ruido.

Un técnico trasteaba en el fuselaje. Méndez se acercó con paso tranquilo.

—Bonito pájaro.

El técnico se tensó. Un instante, pero lo suficiente.

—Sí, señor. De los buenos.

—¿Todo listo para el vuelo de las tres?

—Casi. Últimas comprobaciones.

Méndez sacó la placa despacio, dejando que el sol reflejara el escudo.

—Vamos a hacer una inspección de rutina antes del despegue. Procedimiento estándar para vuelos médicos internacionales —mintió sin pestañear—. Avisa a quien tengas que avisar.

El técnico asintió. Le sudaba la frente pese a la brisa.

—Por supuesto, inspector.

Cuando el hombre se alejó, Méndez sacó el móvil.

—Quiero cuatro agentes en el hangar a las 14:00. Inspección completa del Gulfstream. Sin prisas.

—¿Esperamos problemas?

Méndez volvió a mirar el avión. Tanto dinero. Tanto poder. Y él, atado por el papeleo.

—Esperamos abogados. Que es peor. Pero haremos lo nuestro. Lento, pero seguro.

Eran las 11:45. Quedaban tres horas y cuarto para intentar lo imposible.

Salvo que pasara un milagro en Montgrí.

Autopista AP-7, altura de Castellón — 20 de marzo de 2030, 11:48 h

Alicia tomó el desvío hacia la CV-10 con un derrape que hizo protestar al León. Diana se aferró al asidero. Su portátil casi sale volando.

—¡La madre que...! ¡Avisa cuando vayas a hacer esas acrobacias!

—Perdona —Alicia no levantó el pie—. Nos quedan cuarenta minutos. ¿Alguna novedad?

Clara colgó el teléfono por enésima vez.

—Vega y la jueza tienen la orden. Los de Asuntos Internos vienen de Madrid, volando por Cuenca. —Se giró hacia Diana—. Si no tenemos la orden europea y se nos escapan... ¿qué?

Diana negó con la cabeza, frustrada.

—En cuanto pisen Suiza con los papeles médicos... —dejó la frase en el aire—. Por eso no podemos fallar ahora.

Por primera vez en horas, el peso de lo que se jugaban cayó de golpe.

El Nokia de Clara vibró. Número oculto.

Dudó. En su mundo, las llamadas sin identificar nunca traían buenas noticias. Pero algo —llámalo instinto, fe o pura cabezonería— la hizo contestar.

—¿Sí?

—¿Clara Llorens? —Voz de hombre, educada, cortante—. Doctor Bernat Puig. Creo que conoce a mi paciente, Lucy Montoya.

Se le heló la sangre.

—¿Qué quiere?

—Informarle de que hemos cambiado de planes —pausa calculada—. En media hora salimos hacia el aeropuerto. Imagino que eso les trastoca un poco.

—Se están hundiendo hasta el cuello.

—¿Ah, sí? Sin papeles europeos, señorita Llorens, ¿qué van a hacer? ¿Mirarnos mal mientras despegamos? —Soltó una risa desagradable—. El sistema, cuando se entiende, funciona de maravilla.

—Tenemos una orden nacional. La jueza Calvo-Sotelo...

—Que no llegará a tiempo. Para entonces estaremos tomando fondue. Pero no llamo solo para eso. Tengo una propuesta.

—Le escucho.

—Lucy se está resistiendo. Tiene un vínculo emocional fuerte con usted. Si nos graba un vídeo diciéndole que se olvide de usted, que colabore, quizá podamos evitar medidas... más agresivas.

—Váyase a freír espárragos.

—Piénselo. —El tono, impecable—. En media hora nos vamos. Es su última oportunidad para ayudarla. A su manera.

Colgó.

Clara se quedó mirando el móvil como si le hubiera mordido.

—Han adelantado la salida —dijo, casi sin voz—. Media hora.

—No llegamos ni por milagro —Diana sacaba cuentas—. Y los de Madrid, menos aún.

Alicia golpeó el volante, frustrada. Sin orden europea y con el horario cambiado, se les agotaban las opciones.

—A no ser que... —miró a sus compañeras—. A no ser que entremos ya.

—¿Nosotras tres? ¿Contra esa gente?

—No estamos solas —aceleró de nuevo—. Ruiz tiene siete agentes fiables. Ana lleva las cámaras. Si montamos suficiente escándalo...

—Es una locura —saltó Diana—. Sin papeles que nos cubran... Espera, ¿y si es justo lo que buscan?

—¿Qué quieres decir? —Alicia frunció el ceño.

—Que si Puig ha llamado, no es por cortesía. Algo trama.

Las tres se miraron. No era una trampa. Era una invitación.

—Llama a Ruiz —ordenó Alicia—. Que lo prepare todo. Vamos a entrar por las bravas.

En algún lugar de la A-3 — 20 de marzo de 2030, 12:05 h

El comandante Torregrosa miró el velocímetro digital: 180 km/h. A ese ritmo, Montgrí les quedaba a una hora. Pero la situación

acababa de cambiar.

—¡Adelantan el traslado! —la voz de Santos por el canal—. La inspectora Salgado dice que salen en veinticinco minutos.

—¿Podemos llegar?

—Negativo. Mínimo cincuenta minutos.

Torregrosa valoró alternativas en segundos.

—Contacta con la Guardia Civil de Castellón. Que detengan cualquier ambulancia que salga de Montgrí. Control de rutina, lo que sea.

—¿Y si hay complicidad local?

—Es un riesgo. Pero no podemos dejar que suban a ese avión.

Su móvil seguro vibró. Número desconocido.

—¿Torregrosa? Soy la inspectora Salgado. Cambio de planes. Vamos a entrar.

—¿Cómo dice?

—No hay tiempo. Tengo siete guardias limpios y un equipo de prensa. Crearemos suficiente distracción para evacuar.

—Inspectora, eso es...

—¿Ilegal? ¿Peligroso? ¿Una locura? Sí, todo eso. Pero es lo único que nos queda. Llegue lo antes posible. Nosotros aguantaremos lo que podamos.

—Esto puede acabar muy mal.

—Ya ha acabado mal. Llevamos décadas así —pausa—. Si no lo intentamos ahora, ¿cuándo?

Torregrosa miró a su equipo. Sabían lo que tocaba.

—Estaremos allí en cuanto podamos. Intente no morir.

—Lo mismo le digo.

Colgó. Se giró hacia Pérez.

—Fondo. Y avisa a emergencias. Vamos a necesitarlas.

Marcaban las 12:12.

Quedaban veinte minutos.

Y todo iba a saltar por los aires.

41

Despacho del Fiscal General, Madrid — 20 de marzo de 2030, 12:15 h

Ricardo Simón observaba Madrid desde el octavo piso. La ciudad se extendía ante él como un tablero infinito donde cada pieza tenía su función, su momento… y su sacrificio. Llevaba cuarenta años jugando esa partida. Y no había perdido una sola vez.

El teléfono seguro vibró sobre el escritorio de ébano. Tercera llamada en diez minutos. Las piezas se movían según lo previsto.

—Adelante —dijo, sin apartar la mirada del horizonte.

—Señor, Torregrosa ha salido de Madrid con dos unidades. —La voz de su asistente, precisa como un metrónomo—. Hora estimada de llegada a Montgrí: 13:15.

—Tarde. Como siempre. —Simón esbozó una sonrisa mínima—. ¿Y nuestras amigas?

—La inspectora Salgado acaba de contactar con el sargento Ruiz. Planean una entrada no autorizada en quince minutos.

—Perfecto.

Colgó y marcó de memoria otro número. El comandante provincial de la Guardia Civil en Castellón respondió al primer tono. Como debe ser cuando llama el Fiscal General.

—Coronel Mendoza, necesito una actuación inmediata en el Instituto Montgrí. —Simón articuló cada palabra con la precisión de un director de orquesta—. El sargento Ruiz de Vinaròs está organizando una operación ilegal. Secuestro, allanamiento, sedición... aplique todo el peso de la ley.

—¿Está seguro, señor? Ruiz es un veterano con expediente ejemplar.

—Justamente por eso. —El tono de Simón se volvió más firme—. Los idealistas son el mayor enemigo del orden. Muévase. Quiero a Ruiz y a sus hombres detenidos antes de que crucen la línea.

—A la orden. Salgo personalmente con tres unidades.

—Y coronel… —Simón se giró hacia los tres expedientes abiertos sobre la mesa—. Cuando lleguen las mujeres —porque llegarán—, déjelas pasar. Pero tenga listo el dispositivo para después.

—¿Señor?

—Clara Llorens es tan previsible como un libro de texto. No puede evitar intentar salvar a su protegida. Es su virtud... y su condena. —Acarició la foto de Clara—. Cuarenta años me han enseñado una verdad simple: el amor es la trampa perfecta. Siempre funciona.

Cruce de la CV-10 con Montgrí — 20 de marzo de 2030, 12:28 h

El sargento Ruiz consultó su reloj mientras sus hombres tomaban posiciones. Siete guardias civiles con nombres grabados en el alma: hermanas, hijas, sobrinas. Siete hombres que sabían por qué estaban allí. Jugándose el pellejo… y la placa.

—En dos minutos entramos —dijo, con la voz seca por la tensión —. Recordad: esto no es oficial. Si fallamos, caemos todos.

—Llevamos años esperando, mi sargento —dijo el cabo Jiménez. Su hermana desapareció en el 97.

El rugido de los motores los cortó en seco. Tres furgones policiales tomaron la curva a toda velocidad, sirenas aullando. Venían de Castellón.

—¡Mecachis! —Martínez fue el primero en entender—. ¡Nos han vendido!

Ruiz procesó todo en décimas de segundo. No había tiempo para replegarse.

—¡Dispersaos! ¡Cada uno por su...!

No llegaron. Los vehículos los cercaron en segundos. Puertas abiertas, agentes con equipo antidisturbios desplegándose. Al frente, el coronel Mendoza. Eso era malo. Muy malo.

—¡Sargento Ruiz! —gritó Mendoza—. ¡Queda detenido por sedición, conspiración y actuación fuera de jurisdicción! ¡Todos al suelo! ¡Ya!

Ruiz miró a sus hombres. En sus ojos, la misma rabia contenida que le ardía por dentro. Pero también vio familias. Hipotecas. Futuro.

—Haced lo que dice. —Las palabras le pesaron como plomo—. No merece la pena morir aquí.

Uno a uno, dejaron las armas. El procedimiento fue de manual: esposas, cacheo, derechos leídos. Todo grabado. Todo legal.

—Sargento Ruiz —Mendoza se acercó, fingiendo pena—. Me decepciona profundamente. Una carrera impecable… tirada por la borda.

—Una carrera viendo cómo protegían a violadores de niños, querrá decir. —Ruiz sostuvo la mirada—. Treinta años de silencio cómplice.

—Artículo 554 del Código Penal: sedición. —Mendoza recitaba como un autómata—. 544: conspiración. 404: prevaricación. 175: allanamiento. ¿Sigo?

—Artículo 450: omisión del deber de perseguir delitos —escupió Ruiz—. ¿Se lo sabe? ¿O prefiere el 408? Encubrimiento. ¿Y el 173? Torturas. Porque eso es lo que llevan haciendo en Montgrí mientras ustedes miraban a otro lado.

El puñetazo llegó sin previo aviso. Mendoza aún tenía buena derecha para sus sesenta años. Ruiz escupió sangre, pero no cayó.

—Añada agresión a detenido, ya que estamos repasando el Código Penal.

—Llévenselos a Castellón. —Mendoza se limpió los nudillos—. Incomunicados. Hasta nueva orden.

Mientras los metían en los furgones, Ruiz vio el Seat León por la carretera. Alicia al volante. Las muy condenadas llegaban tarde a su propia emboscada.

—Coronel —uno de los agentes señaló el coche—. Ahí vienen.

Mendoza sonrió. Por primera vez desde que había llegado, parecía satisfecho.

—Déjenlas pasar. Órdenes directas del Fiscal General. —Se colocó el tricornio con precisión quirúrgica—. Pero mantengan dos unidades en reserva. Para cuando salgan.

42

Instituto Montgrí, Castellón — 20 de marzo de 2030, 12:32 h

El **Seat León** de Alicia Salgado derrapó al frenar frente a la verja del Instituto Montgrí. Una nube de polvo dorado se alzó bajo el sol mediterráneo, como si la tierra quisiera encubrir lo que estaba a punto de ocurrir.

Clara Llorens fue la primera en ver las lecheras de la Guardia Civil aparcadas en formación. Los furgones donde acababan de meter a Ruiz y a sus hombres seguían con el motor encendido, como bestias saciadas tras la caza.

—No puede ser —musitó.

Diana Silveira, desde el asiento trasero, analizó la escena con esa frialdad que da una vida entera viendo cómo el sistema se protege a sí mismo.

—Es una trampa. Nos esperaban.

Alicia no soltó el volante. Todos sus músculos tensos, pero la voz le salió firme:

—¿Nos vamos?

—No. —Clara abrió la puerta con una determinación suicida—. Lucy está ahí. Gabriel también. Si nos marchamos ahora, los perdemos para siempre.

El coronel Mendoza las observaba desde lejos, con esa calma de depredador que sabe que la presa no tiene escapatoria. Levantó la mano —un gesto casi cortés— indicándoles que podían avanzar.

—Nos está invitando a entrar —dijo Diana—. Como moscas a la telaraña.

—Pues que se prepare —replicó Clara—. Porque estas moscas vienen a luchar.

Las tres intercambiaron una mirada. No hicieron falta palabras. Cada una sabía lo que estaba en juego. Cada una ya había decidido.

Alicia aceleró despacio. La verja se abrió con un chirrido oxidado que sonó a risa burlona. El camino serpenteaba entre cipreses centenarios, testigos mudos de décadas de horrores disfrazados de ciencia.

El edificio principal emergió como una mole de piedra medieval. Aquellos muros, que en su día escucharon oraciones, ahora guardaban secretos más oscuros.

—Ana lo está grabando todo desde la furgoneta —informó Clara, mirando el móvil—. Dice que hay movimiento en el helipuerto. Están preparando un traslado... No por tierra. Por aire.

Aparcaron frente a la entrada. Las puertas de cristal blindado reflejaban el sol como ojos muertos. Detrás, un vestíbulo aséptico de clínica de lujo. Pero las tres sabían que bajo esa apariencia se escondía el horror.

Un hombre las esperaba. Traje impecable, sonrisa afilada, manos cuidadas que jamás conocieron el esfuerzo. El doctor Bernat Puig en todo su esplendor: psiquiatra al servicio del mejor postor.

—Señoras —saludó, con voz cargada de satisfacción—. Qué puntualidad. Justo a tiempo para la despedida.

—Venimos por Lucy y Gabriel —soltó Clara sin rodeos—. Tenemos una orden judicial.

—¿Ah, sí? —Puig consultó su móvil con estudiada teatralidad—. Curioso. Mis abogados dicen que la jueza Calvo-Sotelo sigue en Madrid. Y que en Europa les han dado largas. Así que, técnicamente...

—Técnicamente, es usted un secuestrador —lo interrumpió Diana con voz de fiscal—. Y técnicamente, puedo conseguir que le caigan veinte años.

—Exfiscal, si no me equivoco —replicó Puig, ensanchando la sonrisa—. El prefijo «ex» es importante en derecho, ¿no le parece?

Se midieron como duelistas. El vestíbulo contuvo el aliento.

—Quiero verlos —exigió Clara—. A los dos. Ahora.

—Me temo que eso no será posible. Están siendo preparados para el traslado. Protocolos médicos, ya saben. Pero si lo desean, pueden esperar aquí. Hay una cafetería excelente en la segunda planta.

Alicia dio un paso. Ese paso que precede a lo irreversible.

—Doctor Puig, vamos a entrar. Por las buenas o por las malas.

—¿Las tres solas? —Puig chasqueó los dedos. Cuatro guardias de seguridad surgieron de la nada. Ropa táctica, músculos de gimnasio, ojos sin simpatía—. Seamos razonables. Nadie quiere que esto termine mal.

El móvil de Clara vibró. Mensaje de Ana: «Asuntos Internos, 30 minutos. Aguantad».

Treinta minutos. Una eternidad cuando cada segundo contaba.

—Déjeme hablar con Lucy —propuso Clara—. Cinco minutos. Si después ella decide irse con ustedes, no nos opondremos. ¿No era eso lo que quería?

Puig la observó como quien estudia un insecto raro bajo el microscopio.

—¿Sabe qué? Me gusta. Tiene un aire... trágico. La salvadora despidiéndose de su protegida. —Marcó algo en su móvil—. Llevadla al salón azul. Con escolta, por supuesto.

Se volvió hacia ellas.

—Cinco minutos. Ni uno más. Y solo usted, señorita Llorens. Sus amigas se quedan aquí.

Clara miró a Alicia y Diana. Un cruce de miradas selló la estrategia.

—De acuerdo. Pero ellas me acompañan hasta la puerta.

Puig dudó un segundo.

—Hasta la puerta del salón. Ni un paso más.

Caminaron por pasillos impregnados de desespero. Los guardias las seguían de cerca. Cada puerta cerrada escondía una historia que preferían no conocer.

El salón azul resultó ser una sala de terapia. Sillas en círculo, luz tenue, cuadros abstractos que en vez de calmar, inquietaban.

Y allí estaba Lucy. Sentada en silla de ruedas, con bata de hospital. Ojos vidriosos. Sedada. Pero viva. Consciente. Flanqueada por dos enfermeros.

—Clara... —susurró.

Clara cruzó la sala en tres zancadas, se arrodilló y le tomó las manos —frías, temblorosas— entre las suyas.

—Estoy aquí. He venido por ti.

—No... no puedes. —Lucy luchaba contra la niebla química—. Me han enseñado los vídeos. Lo que hice. Lo que soy. Clara... soy un monstruo.

—No. —Clara le apretó las manos—. Eres una superviviente. Eres mi amiga. Mi familia.

Lucy la miró. Y por un instante —solo un instante— algo brilló en sus ojos. Tal vez esperanza. Tal vez el reflejo del amor que veía en Clara.

Puig se acercó con pasos calculados, saboreando el instante como si fuera parte de un experimento. Se inclinó hacia Lucy con falsa ternura profesional.

—Lucy, querida... ¿no crees que Clara merece tu misericordia? Después de todo lo que ha hecho por ti...

43

Instituto Montgrí, Castellón — 20 de marzo de 2030, 12:53 h

La palabra cayó como una bomba.

—Misericordia.

El efecto fue inmediato. Los ojos de Lucy se vaciaron, como si alguien hubiera apagado la luz desde dentro. Su cuerpo se tensó de golpe. Clara apenas tuvo tiempo de echarse atrás cuando Lucy saltó de la silla con una agilidad imposible.

El primer enfermero no lo vio venir. El codo de Lucy le hundió la tráquea con precisión quirúrgica. Cayó al suelo, llevándose las manos al cuello, sin poder respirar. El segundo intentó sujetarla, pero Lucy giró sobre sí misma y le estampó la palma contra la nariz. El crujido del cartílago retumbó en la sala.

—¡Lucy, no! —gritó Clara.

Pero Lucy ya no estaba. En su lugar había una máquina entrenada para neutralizar amenazas. Y en ese momento, todos lo eran.

Alicia entró corriendo al oír los gritos. Error. Lucy la marcó como objetivo prioritario. Se movía con esa precisión que solo da el entrenamiento extremo. O la programación perfecta.

El primer golpe le dio en el plexo solar. Alicia se dobló sin aire. Lucy le encajó la rodilla en la cara. Cayó de espaldas. La sangre le

brotó de la nariz.

No se detuvo. Lucy se lanzó sobre ella, las manos directas al cuello. Sus dedos localizaron las carótidas con una precisión espeluznante.

—Lucy… para… por favor… —La voz de Alicia era apenas un hilo.

Diana quiso intervenir, pero Puig la detuvo.

—Es fascinante, ¿verdad? —susurró con una admiración casi devota—. Años de condicionamiento reducidos a puro instinto. Mire cómo optimiza cada movimiento. Hipnótico.

Clara se abalanzó sobre Lucy, intentando separarla. Fue como empujar una estatua de acero. Sus músculos no respondían al mundo exterior. Solo a la orden interior de matar.

Los segundos se estiraban como goma. El rostro de Alicia pasaba del rojo al morado. Sus uñas arañaban los brazos de Lucy, cada vez con menos fuerza.

—¡Se está muriendo! —clamó Clara—. ¡Hagan algo!

—Podría detenerla —dijo Puig con calma—. Pero esto es material inédito. El protocolo Omega, en acción. Irrepetible.

Clara buscó desesperada con la mirada. Uno de los enfermeros yacía inconsciente. El otro aún se aferraba la garganta. Diana forcejeaba con Puig. Los guardias no se movían. Y Alicia… Alicia estaba dejando de luchar.

Entonces lo vio. La palanca de emergencia. Corrió hacia ella y la accionó.

Las alarmas saltaron al instante. Pasos apresurados llenaron el pasillo.

Puig soltó una maldición y sacó un pequeño dispositivo del bolsillo. Un mando clínico.

—Fase REM —dijo, pulsando un botón.

Lucy se convulsionó. Sus manos soltaron a Alicia, que rodó a un lado, tosiendo con violencia. El cuerpo de Lucy cayó al suelo, sacudido por espasmos, como si su sistema nervioso hubiese colapsado.

La puerta se abrió de golpe. Personal médico entró corriendo. Clara ya estaba al lado de Alicia, tomándole el pulso. Las marcas en el cuello no dejaban dudas: había estado a segundos de morir.

—Está viva —susurró Clara.

Diana se soltó de Puig y corrió hacia ellas.

—Hay que sacarla de aquí. A un hospital de verdad.

Puig contemplaba la escena con un deje de orgullo.

—Una demostración brillante, ¿no creen? Y pensar que Lucy es solo uno de nuestros primeros prototipos. Lo que podríamos hacer con la siguiente generación…

Clara lo miró con todo el desprecio que le cabía en los ojos.

—Es usted un monstruo.

—No, señorita Llorens. Soy un científico. Y lo que acaba de ver… es el futuro de la modificación conductual. —Se ajustó la corbata—. Ahora, si me disculpan, tenemos un vuelo que tomar.

Los guardias comenzaron a llevarse a Lucy, aún convulsionando. Clara intentó seguirlos, pero otros le cerraron el paso.

—¡No pueden llevársela así! ¡Necesita atención médica urgente!

—La recibirá. En Suiza —dijo Puig—. Donde podremos continuar su tratamiento sin interrupciones.

Un sonido lejano rompió el ambiente.

Sirenas. Varias. Acercándose.

La sonrisa de Puig se congeló.

—¿Qué…?

Clara alzó la barbilla. Sonrió.

—¿De verdad pensaba que veníamos solas? Asuntos Internos está a punto de llegar. Y traen órdenes directas de la jueza Calvo-Sotelo.

Por primera vez, el miedo se dibujó en el rostro de Puig.

El tablero acababa de girar.

44

Instituto Montgrí, Castellón — 20 de marzo de 2030, 13:14 h

El comandante Joaquín Torregrosa divisó el Instituto Montgrí entre los cipreses cuando el velocímetro aún marcaba ochenta. Supo de inmediato que algo iba mal: las lecheras de la Guardia Civil mal aparcadas, una ambulancia con el motor encendido junto al helipuerto, el caos contenido de una operación que se les escapaba de las manos.

Y algo más: una unidad móvil de TeleValencia con el mástil ya desplegado. El logo de *Noticias 24 Horas* brillaba en el lateral como una advertencia.

—¿Qué hace la prensa aquí? —preguntó Pérez desde el copiloto.

—Ana Vidal —respondió Torregrosa con una media sonrisa—. La periodista de *El País*.

Ana había jugado con precisión quirúrgica. Una sola llamada a sus contactos en TeleValencia soltando palabras clave como *rescate*, *corrupción institucional* y *operación en curso*, y la cadena movilizó a su mejor equipo. Llevaban quince minutos emitiendo en directo. María Carbonell narraba desde el aparcamiento mientras el cámara no dejaba de grabar.

—...como pueden ver, la situación es extremadamente tensa aquí, en el Instituto Montgrí. Unidades de la Guardia Civil mantienen

el perímetro, pero acabamos de ver entrar a tres mujeres que, según fuentes fidedignas, serían Clara Llorens —víctima de una presunta red criminal—, la inspectora Alicia Salgado de la UCO, y la exfiscal Diana Silveira...

Torregrosa masculló algo ininteligible. Con las cámaras en directo, cualquier intento de encubrimiento quedaba descartado. Ana Vidal había ganado esta mano.

—Pérez, coordina con la segunda unidad. Quiero el perímetro sellado en dos minutos —ordenó sin subir el tono, pero con una autoridad que no admitía réplica—. Santos, equipo de entrada. Chalecos nivel IV y escudos balísticos.

—¿ROE, señor? —preguntó Pérez. Las reglas de enfrentamiento podían marcar la línea entre una operación quirúrgica o un desastre.

—Fuerza mínima necesaria. Si alguien saca un arma, neutralizadlo. —Torregrosa comprobó el cargador de su HK USP—. Tenemos víctimas dentro. Esa es la prioridad. Y recordad: estamos en directo. Procedimiento de manual.

Despacho del Fiscal General, Madrid — 20 de marzo de 2030, 13:17 h

El móvil seguro de Ricardo Simón vibró sobre el escritorio. La pantalla marcaba: línea directa desde Montgrí.

—Adelante.

—Señor Fiscal —la voz del doctor Puig era tensa, pero aún firme —. Tenemos un problema. Asuntos Internos ha entrado en el edificio. Torregrosa, en persona.

Simón se levantó y se acercó a la ventana. Madrid seguía su curso, indiferente al desastre que se desarrollaba a cuatrocientos kilómetros.

—¿Cámaras?

—TeleValencia transmite en directo. No sé cómo se enteraron. — Una breve pausa—. Están aquí: Llorens, Salgado, Silveira. Tal como anticipó.

—¿Estado de los activos?

—Lucy Montoya ha tenido un episodio. Activación completa del protocolo Omega tras la palabra clave. Casi mata a la inspectora Salgado —la satisfacción asomaba, apenas contenida—. Ferrer sigue en el sótano, en fase de procesamiento. Está resistiendo más de lo previsto.

—¿Posibilidades de extracción?

Un estruendo de fondo. Gritos. Órdenes.

—Nulas. Acaban de entrar. —Puig ya no disimulaba el nerviosismo —. Señor, ¿qué hago? Con las cámaras grabando...

—Escúcheme con atención, doctor —la voz de Simón se volvió de granito—. Tiene dos opciones: colaborar y pasar unos años en prisión mínima, o resistirse y que encuentren los archivos del sótano B. ¿Me entiende?

—Los archivos están encriptados...

—¿Me entiende?

Silencio. Luego, resignación.

—Perfectamente, señor.

—Bien. Deje que lo detengan. No se resista. Mis abogados se encargarán de usted cuando pase la tormenta mediática. —Hizo una pausa breve—. Y doctor… si Lucy sobrevive, aplique electroshock de máxima intensidad. Sin anestesia. Necesito que no recuerde nada.

—Eso podría causarle daño neurológico irreversible…

—¿Prefiere que testifique? Hágalo.

Más ruido de fondo. Voces acercándose.

—Tienen a Mendoza —dijo Puig, con urgencia—. Sus propios hombres lo han entregado.

Simón cerró los ojos. El factor humano. Siempre el maldito factor humano.

—Proceda con el electroshock. Es una orden.

—Sí, señor. ¿Y la Convergencia?

—Sigue en pie. Esto no es una derrota. Solo una pérdida táctica. —Volvió a su escritorio—. Montgrí era prescindible. Los otros dieciséis centros siguen operativos. Sacrificamos una torre para salvar al rey.

—Entendido. Ya vienen. Voy a...
La comunicación se cortó.

45

Instituto Montgrí — 20 de marzo de 2030, 13:18 h

Las dos furgonetas blindadas irrumpieron en el recinto derrapando. Doce agentes descendieron al unísono con precisión quirúrgica. Formación en diamante, armas en posición Sul, cada ángulo cubierto.

Las cámaras de *TeleValencia* lo captaban todo. María Carbonell narraba con la voz acelerada de quien sabe que está contando historia en tiempo real.

—¡Atención! ¡Asuntos Internos toma posiciones! Observen cómo se despliegan los agentes, equipo antidisturbios completo. La tensión se palpa en el aire…

El coronel Mendoza salió a recibirlos con ese aire de autoridad forzada que intenta ocultar el temblor. Sabía que la había liado, pero aún intentaba mantener el control.

—Comandante Torregrosa. No esperábamos a Asuntos Internos por aquí —dijo con una sonrisa tensa, más protocolo que sinceridad —. Todo bajo control. Una simple operación de seguridad ciudadana.

—Coronel, traigo una orden directa de la Audiencia Nacional — replicó Torregrosa sin rodeos—. Apártese o será detenido por obstrucción a la justicia.

—Me temo que no puedo permitir…

No terminó la frase. Santos y otros tres agentes lo rodearon con movimientos medidos.

Entonces ocurrió algo que Torregrosa no olvidaría jamás. Algo que las cámaras inmortalizaron para siempre.

El sargento Silva, uno de los hombres de confianza de Mendoza, dio un paso al frente. Tricornio impecable, diecisiete años de servicio. Pero en sus ojos no había disciplina: había justicia.

—Comandante —dijo con voz firme, captada por los micrófonos de ambiente—. Mi prima desapareció en 2001. Quince años. El coronel me asignó el caso… y me ordenó archivarlo a los tres días.

Mendoza se giró como si le hubieran abofeteado.

—¡Sargento! ¡Queda usted relevado! ¡Arrestado por…!

—Por hacer mi trabajo —le cortó Silva, quitándose el tricornio con gesto pausado—. El que usted nunca hizo: proteger y servir. ¿Recuerda el juramento, mi coronel?

Otro paso al frente. El cabo García.

—Mi sobrina. Año 2003. Catorce años —dijo. Le temblaba la voz, no las manos—. "Fuga voluntaria", decía el informe. Sacaba sobresalientes. Tocaba el violín.

Mendoza los miró como si el mundo se hubiese invertido. Y en cierto modo, así era.

—Esto es insubordinación. Motín. ¡Voy a…!

—Coronel Mendoza —lo interrumpió Torregrosa, esposas en mano—. Queda detenido por obstrucción a la justicia, encubrimiento y presunta colaboración con red criminal. Tiene derecho a guardar silencio.

—¡No pueden hacerme esto! ¡El Fiscal General…!

—El Fiscal General tiene sus propios líos —replicó Torregrosa, ajustando las esposas con un clic seco—. Pérez, lléveselo.

Los guardias aún leales a Mendoza se miraron entre ellos. Doce agentes de Asuntos Internos, armados hasta los dientes. Tres de ellos, indecisos.

No había mucho que pensar.

Tiraron las armas.

—Bien —dijo Torregrosa, girándose hacia el Instituto—. Pérez, Domínguez, conmigo. Conocen el terreno. El resto, perímetro asegurado. Nadie entra ni sale sin mi orden.

Entraron en formación táctica. El vestíbulo olía a clínica privada… pero también a sangre.

—¡Policía! ¡Asuntos Internos! —la voz de Torregrosa retumbó en el mármol—. ¡Todos al suelo! ¡Manos donde pueda verlas!

Los guardias de seguridad dudaron. Ese segundo fatídico que distingue a los profesionales de los matones uniformados.

Santos no esperó. Dos ráfagas de proyectiles de goma los derribaron entre gritos. No mataban, pero dolían como un infierno.

—¡Planta baja despejada! —informó Pérez por el comunicador—. Tres mujeres localizadas. Una necesita atención médica urgente.

Torregrosa las encontró junto a la pared. Clara Llorens sostenía la cabeza de Alicia Salgado, el cuello marcado por un claro intento de estrangulamiento. Diana Silveira presionaba una herida abierta en el cráneo de la inspectora.

—¿Dónde están las víctimas? —preguntó sin rodeos.

—Lucy Montoya, segundo piso, ala oeste —respondió Clara al instante—. Gabriel Ferrer, en el sótano. Es donde están las celdas de aislamiento.

—Santos, equipo B al sótano. Pérez, Domínguez, conmigo al segundo —ordenó Torregrosa, valorando el estado de las tres—. ¿Pueden moverse?

—Alicia necesita un hospital —dijo Diana—. Pero Clara y yo podemos ayudar. Conocemos a las víctimas. Se fiarán más de nosotras que de extraños.

Tenía razón. En situaciones así, las caras conocidas abrían puertas.

—De acuerdo. Pero detrás de mi equipo. Y si digo que al suelo, os tiráis —advirtió.

Diana se quedó con Alicia. Los demás subieron por las escaleras de emergencia. Más seguras que el ascensor. El segundo piso era un

laberinto de pasillos idénticos, puertas numeradas, cámaras en cada esquina.

Un grito. Inconfundible. Dolor puro.

Avanzaron en formación. Torregrosa al frente, escudo balístico levantado. La puerta de la sala 223 estaba entreabierta. Cerradura astillada.

Entraron en silencio. De golpe.

46

Instituto Montgrí — 20 de marzo de 2030, 13:26 h

La escena los paralizó un instante.

Lucy Montoya convulsionaba sobre la camilla, una máquina enviaba descargas eléctricas a través de los electrodos adheridos a su cráneo. El doctor Puig, junto a los controles, ajustaba los diales con la precisión de un cirujano.

—¡Apártese de la máquina! —rugió Torregrosa.

Puig se giró con una calma inhumana.

—Comandante, está interrumpiendo un procedimiento médico esencial. La paciente…

El disparo de Domínguez le cortó la frase. La bala hizo añicos la máquina, que estalló en una lluvia de chispas. Lucy dejó de convulsionar. Su cuerpo quedó inerte.

—¡He dicho que se aparte!

Esta vez, Puig obedeció. Alzó las manos. Sonreía. Esa sonrisa arrogante de quien guarda un secreto.

Clara corrió hacia Lucy, saltándose cualquier protocolo. Le arrancó los electrodos con manos temblorosas.

—Lucy, ¿me oyes? Soy Clara. Ya estás a salvo.

Los ojos de Lucy se abrieron, vidriosos. Parpadeó como si la luz le hiciera daño.

—Electroshock de máxima intensidad, sin anestesia —comentó Puig, como si leyera un informe clínico—. Su memoria a corto plazo está destrozada. Confusión aguda, desorientación... Quizá no llegue a recordar quién es.

Clara lo miró con un odio que obligó a Pérez a interponerse.

—¿Qué le han hecho?

—Cumplir órdenes —se encogió de hombros Puig.

Lucy intentó hablar, pero sólo salieron sonidos inconexos. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Miraba a Clara sin reconocerla.

—No... no sé... ¿quién…? —murmuró, perdida entre la niebla de su mente.

—Soy Clara. Tu amiga. Tu hermana —susurró, abrazándola con cuidado—. Ya pasó todo. Vamos a sacarte de aquí.

—Sistema… error… protocolo… —balbuceaba Lucy—. No... recuerdo...

—Tranquila. No tienes que recordar nada ahora —le dijo Clara, apretándola con fuerza—. Estás viva. Eso es lo que importa.

Torregrosa contemplaba la escena, impasible por fuera. Pero por dentro...

—Comandante —la voz de Santos sonó en el comunicador—. Hemos encontrado a Ferrer. Será mejor que lo vea usted mismo.

—Detened al doctor. Llevadlo a comisaría —ordenó Torregrosa, volviéndose hacia Clara—. ¿Puede encargarse de ella?

Clara asintió, sin soltar a Lucy.

—Pérez, quédate con ellas. Que venga una ambulancia medicalizada —añadió. Y lanzó una última mirada a Puig—. Y que alguien le borre esa sonrisa de la cara.

Descendió al sótano. Los pasillos olían a humedad y encierro. Las puertas de acero, alineadas como lápidas.

Santos lo esperaba junto a la última.

—Está consciente, pero… ido. Como si no estuviera aquí.

Gabriel Ferrer estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en la pared. Ojos abiertos, fijos en algo que no estaba allí. Movía los

labios sin emitir sonido.

Torregrosa se acercó lo suficiente para oírlo.

Una oración. El Padrenuestro. En latín. Una y otra vez.

—Comandante Ferrer, soy Torregrosa, de Asuntos Internos. Hemos venido a sacarle.

Nada. Gabriel seguía con su letanía muda.

Diana apareció junto al sargento Silva. Se arrodilló frente a él.

—Gabriel. Soy Diana, amiga de Clara. ¿Me recuerdas? Clara está bien. El intercambio funcionó.

Por primera vez, algo se encendió en los ojos de Gabriel.

—¿Clara?

—A salvo. Y tú también lo estarás. ¿Puedes levantarte?

Gabriel la miró como si esa pregunta no tuviera sentido. Luego, con esfuerzo, se incorporó. Las piernas le temblaban, pero se sostuvo.

—Lucy… mi hermana… tengo que…

—Está viva. Clara está con ella. Ya pasó todo, Gabriel.

—No —su voz era un susurro roto—. Esto no ha terminado.

Torregrosa intercambió una mirada rápida con Diana.

—Nos lo contará todo, comandante. Pero ahora, salgamos de aquí.

Lo escoltaron hasta la salida. Gabriel caminaba como un sonámbulo, murmurando nombres, fechas, lugares. Santos lo grababa todo con el móvil.

En el vestíbulo, el caos inicial se había transformado en control. Sanitarios atendían a Alicia. Clara ayudaba a Lucy a subir a la camilla sin soltarle la mano. Los detenidos eran procesados con eficiencia. Silva y García coordinaban el operativo.

Ana Vidal y su equipo grababan desde el exterior. La historia del siglo, desarrollándose ante sus cámaras. María Carbonell narraba, la voz emocionada:

—...podemos confirmar que Lucy Montoya y el comandante Gabriel Ferrer han sido rescatados con vida. Ambos están siendo

trasladados en ambulancia. El doctor Bernat Puig y otros responsables del centro han sido detenidos…

Torregrosa observaba la escena.

Treinta años enfrentándose a las grietas del sistema. Y por primera vez, sentía que habían logrado algo.

No era la guerra. Simón y los suyos seguían ahí fuera.

Pero ese día, en ese lugar, habían salvado dos vidas. Habían roto un eslabón.

A veces, eso bastaba para seguir creyendo. Para pensar que aún se podía salvar algo.

—Comandante —Silva se acercó—. Mi prima… ¿Cree que con estos documentos...?

—Vamos a encontrar a todas las que podamos —respondió Torregrosa—. Y los culpables pagarán. Se lo prometo.

Las ambulancias se alejaron con las sirenas rompiendo el aire mediterráneo.

Atrás quedaba el Instituto Montgrí. Sus secretos expuestos. Su poder deshecho.

Por ahora.

47

Hospital General de Castellón — 21 de marzo de 2030, 14:32 h

El olor a desinfectante se mezclaba con el zumbido constante de las máquinas. Clara llevaba diecisiete horas en aquella silla de plástico, observando cómo el pecho de Gabriel subía y bajaba al ritmo de los monitores. Setenta y dos pulsaciones por minuto. El sonido más hermoso que había escuchado jamás.

Había momentos en la vida que lo cambiaban todo. Momentos que dividían la existencia en un antes y un después. Para Clara, ese momento había llegado cinco días atrás, cuando creyó haberlo perdido para siempre.

Gabriel yacía inmóvil entre las sábanas blancas del hospital, pero incluso así, incluso roto y herido, seguía siendo el hombre más extraordinario que había conocido. El hombre que había renunciado a todo por protegerla.

—Clara.

Su voz, apenas un susurro, la devolvió al presente. Los ojos de Gabriel se abrieron despacio, buscándola, y cuando la encontraron, algo se iluminó en ellos.

—Estás aquí —murmuró, como si no pudiera creerlo.

Ella tomó su mano entre las suyas, sintiendo el calor de su piel, la prueba de que seguía vivo.

—¿Dónde iba a estar si no?

—A salvo. Lejos de aquí. —Su voz se quebró—. No tenías que quedarte. No después de todo lo que pasó.

—Gabriel... —Clara acercó su rostro al de él—. No hay ningún lugar en el mundo donde prefiera estar que aquí, contigo.

El silencio que siguió estaba cargado de todas las palabras que no necesitaban decirse. De todas las verdades que ambos conocían.

—Cuando vi la sangre... —Gabriel cerró los ojos, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso—. Pensé que te había perdido. Pensé que había llegado tarde, como lo que hicieron con Lucy.

—Era mi sangre, sí —Clara acarició su mejilla con ternura—. Pero era de una analítica. La usaron para engañarte, para romperte. Pero no lo consiguieron, ¿verdad? Porque aquí estás. Conmigo.

Una lágrima rodó por la mejilla de Gabriel.

—No sé si soy el mismo hombre que era antes.

—No tienes que serlo —susurró ella—. Solo tienes que ser el hombre que amo. El hombre que eligió el amor por encima de todo lo demás.

Gabriel abrió los ojos y la miró con una intensidad que le cortó la respiración.

—¿Me amas?

Clara sonrió, una sonrisa que nacía desde lo más profundo de su ser.

—Con cada latido de mi corazón.

—Clara... —Gabriel levantó la mano libre y le acarició la mejilla—. Todo lo que descubrí sobre mi padre biológico, sobre quién soy realmente...

—Shhh —lo interrumpió ella, poniendo un dedo sobre sus labios —. Tú no eres él. Tú eres Gabriel Ferrer, el hombre que arriesgó su vida por proteger a otros. El hombre que eligió el bien cuando podría haber elegido la oscuridad.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque te conozco —respondió ella con sencillez—. Conozco tu corazón.

Gabriel la atrajo hacia sí con la poca fuerza que tenía. Clara no resistió. Se inclinó hasta que sus frentes se tocaron, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo momento.

—Te amo, Clara —susurró él—. Te he amado desde el primer momento que te vi, aunque no supiera cómo llamarlo entonces.

—Lo sé —respondió ella, y sus labios se encontraron en un beso que sabía a promesas y nuevos comienzos.

Era un beso suave, tierno, lleno de todo lo que habían sufrido y todo lo que aún les quedaba por vivir. Un beso que decía más que mil palabras.

Cuando se separaron, Gabriel la miró con una sonrisa que iluminó toda la habitación.

—¿Sabes? Creo que las mejores historias de amor son las que nacen de las cenizas. Las que sobreviven a las tormentas.

—¿Como la nuestra?

—Como la nuestra —confirmó él—. Porque después de todo lo que hemos pasado, aquí estamos. Juntos. Y eso es lo único que importa.

Un golpe suave en la puerta los interrumpió. Diana asomó la cabeza.

—Perdonad... Lucy está despertando. Pregunta por vosotros.

Clara miró a Gabriel, que asintió.

—Ve —dijo él—. Yo no me voy a ninguna parte.

Clara se levantó, pero antes de llegar a la puerta, se volvió.

—Gabriel... cuando todo esto acabe...

—Cuando todo esto acabe —la interrumpió él—, tú y yo vamos a construir la vida que siempre hemos soñado. Una vida llena de mañanas juntos, de risas compartidas, de amor sin límites.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Clara salió de la habitación con el corazón rebosante de esperanza. Sí, aún quedaban batallas por librar. Aún quedaban sombras por vencer. Pero por primera vez en mucho tiempo, creía de verdad que el amor podía conquistarlo todo.

Porque el amor verdadero no era solo encontrar a alguien por quien morir. Era encontrar a alguien por quien vivir.

Y ellos se habían encontrado.

48

Madrid, Barrio de Salamanca — 21 de marzo de 2030, 19:45 h

Ricardo Simón observaba su reflejo en el cristal del whisky mientras el sol caía sobre los tejados de Madrid. Macallan de treinta años, servido en vaso de Baccarat. A sus setenta y cuatro, los rituales eran su última defensa contra el paso del tiempo.

Su ático en la calle Serrano era una declaración silenciosa: minimalismo japonés mezclado con arte contemporáneo español. Un Tàpies presidía la pared norte. En las estanterías, códigos legales del siglo XIX compartían espacio con tratados de psicología jurídica. Todo en orden. Todo bajo control.

Excepto hoy.

El teléfono no había dejado de sonar. Ministros inquietos. Jueces nerviosos. La red entera vibraba como un organismo herido. Montgrí había caído, sí. Pero eso era lo de menos. Lo que le helaba la sangre era otra cosa.

Un recuerdo.

Laura.

Se sirvió otro dedo de whisky y caminó hacia el ventanal. Madrid se extendía como un tablero de ajedrez. Cada luz, una variable. Cada variable, una vida que llevaba años modelando.

El interfono rompió el silencio.

—Señor Simón, el juez Bermúdez está aquí.

—Que suba.

Joaquín Bermúdez. Parte del núcleo desde el principio. Si alguien podía entender la magnitud de lo que estaba en juego, era él.

—Ricardo. —Entró con esa mezcla de autoridad y ansiedad que últimamente no sabía disimular. A sus sesenta y ocho, las grietas ya no se ocultaban bien.

—¿Whisky?

—Doble. El día lo merece. —Se dejó caer en el sofá—. Torregrosa tiene a Puig. Mañana sale bajo fianza, pero…

—Aguantará. Es más duro de lo que parece. —Simón se sentó frente a él—. ¿Y los documentos?

—Encriptados, como indicaste. Pero Ricardo… —Bermúdez tenía el rostro de alguien que había envejecido cinco años en una tarde—. Ferrer sabe lo de la Convergencia. Lo ha descubierto en Montgrí, según el último informe.

—Era cuestión de tiempo. Lucy habló más de lo debido. —Bebió despacio—. También eso estaba previsto.

—¿Previsto? —Bermúdez le miró como si no le reconociera—. Si descubren la existencia de los 47…

—Cuarenta y cinco operativos. Lucy y Gabriel están fuera. —corrigió—. Y sí, todo forma parte del plan. Montgrí. El rescate. Incluso esta conversación.

Bermúdez dejó el vaso con un golpe seco sobre la mesa.

—Me estás asustando. Y a nuestra edad, eso no es buena idea.

Simón sonrió. Esa sonrisa medida que había pulido en años de juzgados y pasillos de poder.

—¿Te acuerdas de cómo empezó todo? Año 85. Tú, juez recién llegado de Burgos. Yo, fiscal con ideas poco ortodoxas.

—Me hablaste de cambiar el sistema desde dentro.

—Y lo hicimos. —Se levantó y retiró un cuadro de la pared. Detrás, una caja fuerte. Sacó una carpeta—. Pero toda transformación exige un precio.

Fotografías en blanco y negro. Un niño de nueve años en un parque. Gabriel Ferrer.

—Sabía que Laura intentaría llevárselo. —La voz de Simón se volvió remota—. Era lista. Demasiado maternal. Así que la dejé marchar.

—¿La dejaste...? —Bermúdez parecía no dar crédito—. Siempre creí que había escapado.

—No. Necesitaba que Gabriel creciera con una herida. Con una misión.

—Venga ya, Ricardo… Le manipulaste la vida entera.

—La guié. —respondió sin dudar—. Cada destino en la Guardia Civil, cada ascenso, cada caso… Todo diseñado.

—Y ahora se te ha vuelto en contra.

—Ahora cumple su función. —Simón sonreía de verdad—. Proteger el orden. Aunque su idea del orden haya cambiado.

Bermúdez se sirvió otro trago, sin pedir permiso. Le temblaban los dedos.

—La muerte de Laura… Nunca encajó del todo.

—Lo sé. También eso fue considerado. —Simón hablaba con una frialdad quirúrgica—. Le hice llegar ciertos documentos. El peso fue demasiado para ella.

—Ricardo, eso es...

—¿Monstruoso? —Lo miró con genuina curiosidad—. Joaquín, creamos a 47 personas desde cero. Las diseñamos. ¿Qué es una muerte más en ese contexto?

—Era la madre de tu…

—De mi experimento. —zanjó Simón—. Soriano puso el material genético, pero Gabriel es mío. Cada rasgo, cada trauma, cada decisión.

—Pues tu criatura está a punto de destruirnos.

—¿Destruirnos? —Soltó una carcajada breve—. Si logra desmantelar El Código, será la prueba de que mi diseño funciona. Que es posible crear algo incorruptible. Justo lo que este país dice necesitar.

—Estás completamente ido.

—Estoy mayor. —admitió, sin rodeos—. Y todo viejo visionario quiere ver su obra terminada. Aunque eso signifique quedar obsoleto.

Bermúdez se levantó. La conversación le pesaba como plomo.

—¿Seguimos adelante con la Convergencia?

—Por supuesto. En 72 horas, activación simultánea. —Simón también se puso en pie—. Los 45 ocuparán sus posiciones clave. Y entonces veremos quién gana: el sistema o el hombre.

—¿Y si gana Ferrer?

—Entonces será el mayor éxito de todos. —Los ojos le brillaban —. Habré creado lo que nadie se atrevió a imaginar. Y cuando estudien esto en neurociencia, sabrán quién fue el primero.

Bermúdez se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió.

—¿Alguna vez te has arrepentido? ¿De Laura?

Simón contempló la ciudad desde su atalaya de cristal. A su edad, el arrepentimiento era un lujo inútil.

—Laura cumplió su función. Dio a luz al proyecto. Su muerte fue... lamentable, pero necesaria.

—No tienes alma.

—Tengo propósito. Que mi obra me destruya o me trascienda, es lo de menos. Lo importante es que exista.

Bermúdez no respondió. Salió.

Simón se quedó con su whisky y sus pensamientos. Abrió el portátil. En la pantalla, un mapa de España. Cuarenta y cinco puntos rojos parpadeaban. Las piezas del tablero.

Tecleó. Órdenes. Coordenadas. Protocolos. Palabras clave.

Pensó en Laura. No con nostalgia —esa emoción le era ajena—, sino con interés técnico. ¿Habría previsto esto? ¿Habría imaginado que su muerte encendería la mecha?

Probablemente sí. Siempre fue más lista de lo que calculó.

A las 22:15, cerró el portátil. Todo estaba en marcha.

Se sirvió el último whisky y volvió al ventanal. En algún hospital, Gabriel Ferrer estaría recuperándose. Pensando. Preparándose.

«Ven, hijo», pensó, usando por primera vez la palabra. «Demuestra que no viví en vano».

El teléfono sonó otra vez. Más ministros. Más pánico.

Simón no contestó.

Por primera vez, contempló la posibilidad —remota, pero real— de perder.

Y sonrió.

Porque, en el fondo, todo creador desea que su obra le supere.

Incluso si eso significa su propia destrucción.

49

Madrid, 24 de marzo de 2030, 20:00 h

El restaurante DiverXO ocupaba un edificio discreto en el barrio de Tetuán, pero su interior era todo menos modesto. Ricardo Simón contempló el salón privado con satisfacción profesional. Tres estrellas Michelin. Lista de espera de meses. Y esta noche, cerrado para su celebración particular.

Los primeros invitados ya picoteaban las *gildas* imposibles del aperitivo. Espumas que sabían a mar. Aceitunas que no eran aceitunas. Todo falso. Todo perfecto.

Como ellos.

—Ricardo, querido. —La jueza Pilar Montalbán le besó el aire junto a las mejillas—. Cuánto tiempo.

Simón estudió su rostro. Cuarenta y seis años, la más veterana después de Gabriel. Tribunal Supremo, y ni ella misma recordaba los tres años en el centro de Burgos. De los seis a los nueve. La edad perfecta para moldear una mente.

—Pilar. Radiante como siempre.

A las ocho y cuarto ya estaban todos. Cuarenta y cinco comensales en el salón más exclusivo de Madrid. La edad promedio no superaba los cuarenta. Algunos rozaban los treinta. Los más jóvenes, veinticinco. Una generación completa de poder emergente.

Jueces de carrera meteórica, políticos prodigio, empresarios que habían escalado demasiado rápido.

El maître —pagado espléndidamente para no ver ni oír— comenzó el servicio. Platos que eran experiencias. Deconstrucciones de la realidad en forma comestible.

Simón esperó hasta el quinto pase. El momento perfecto. Se levantó despacio, el cuchillo de plata tintineando contra el cristal de Baccarat.

El silencio fue instantáneo. Cuarenta y cinco pares de ojos fijos en él.

—Amigos míos. —La voz de Simón flotó sobre el salón—. Esta noche no celebramos solo una cena. Celebramos décadas de trabajo silencioso. Algunos lleváis tanto tiempo conmigo que ya no recordáis cuándo empezamos.

Sonrisas educadas. Nadie sabía exactamente a qué se refería, pero todos intuían que era importante asentir.

—Pilar, fuiste de las primeras, justo después de nuestro querido ausente. —Una pausa estudiada—. Cuando erais niños perdidos, os di propósito. Cuando erais nadie, os di poder.

Pilar Montalbán sintió un escalofrío. Algo en esas palabras...

—Esta noche brindamos por el deber. —Simón levantó su copa—. Por el orden que hemos construido juntos. Por los sacrificios necesarios para mantener España en el camino correcto.

Las palabras cayeron como piedras en un estanque. Ondas expandiéndose. "Deber". "Orden". "Sacrificio".

—Y sobre todo —Simón los miró a todos, uno por uno—, brindamos por la misericordia de servir a algo más grande que nosotros mismos.

Misericordia.

El cambio fue sutil. Un parpadeo más lento. Una sincronización en la respiración. Cuarenta y cinco personas levantaron sus copas con precisión milimétrica. Bebieron al unísono.

—Ahora —continuó Simón—, hablemos del futuro.

50

Hospital General de Castellón — 24 de marzo de 2030, 20:23 h

La luz azulada del televisor se reflejaba en las paredes de la habitación 412 como un eco lejano de otro mundo. Gabriel Ferrer permanecía recostado en la cama, los ojos abiertos, fingiendo interés por las noticias, aunque su mente vagaba muy lejos de allí. Clara estaba sentada junto a él, leyendo en silencio. La lámpara de noche dibujaba sombras suaves sobre su rostro. En ese instante, a Gabriel le pareció la mujer más serena del universo.

El presentador hablaba de una gala benéfica en Madrid. Aparecían imágenes del Hotel NH Collection: trajes de gala, sonrisas calculadas, copas de champán alzadas bajo las arañas de cristal. Todo le resultaba absurdamente ajeno.

Entonces llegó la punzada. Sutil, pero inconfundible.

No era dolor. Era como si algo dentro de él hubiera perdido su alineación natural, como una brújula girando sin norte.

Clara levantó la mirada de su libro —una edición antigua de *Cien años de soledad*, el mismo que llevaba días leyendo junto a su cama — y lo observó con atención.

—¿Otra vez? —preguntó en voz baja.

Gabriel intentó responder, pero solo logró negar con la cabeza. Un sudor frío comenzaba a cubrirle la frente.

—Es como... como si una parte de mí se hubiera activado sola. Como si recordara algo que no quiero recordar —dijo con esfuerzo.

En la pantalla, el presentador enumeraba a los asistentes: la jueza Pilar Montalban, la fiscal Andrea Rey, el director del Instituto Nacional de Estadística... Todos con edades similares, todos con trayectorias fulgurantes. Todos con esa misma mirada que él conocía demasiado bien.

«...porque al final, todos tenemos el deber de mantener el orden establecido...»

Las palabras resonaron como un disparo dentro de su cabeza.

Gabriel se tensó. El temblor comenzó en las manos, pero pronto se extendió por todo su cuerpo.

—Gabriel... —Clara se incorporó—. Estás temblando.

Los monitores empezaron a emitir pitidos irregulares. La enfermera Suárez entró con rapidez. Gabriel la tomó del brazo.

—La tele. Apáguela —pidió.

Suárez no dudó. Pulsó el botón y el televisor quedó en silencio.

El alivio fue inmediato, aunque su respiración seguía agitada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Clara, sin soltarle la mano.

Gabriel cerró los ojos. Imágenes se agolparon detrás de sus párpados: un campamento en otoño, niños pequeños que lo miraban con admiración, un doctor con sonrisa vacía repitiendo consignas como letanías.

—Deber. Orden. Sacrificio. Misericordia.

Abrió los ojos de golpe.

—Están despertando. Esta noche.

—¿Quiénes?

—Los otros. Los que fuimos... programados. Yo fui el primero, Clara. Pero todos los demás están empezando a sentirlo. Es como una red, invisible pero viva. Y alguien ha activado la señal.

Clara no parpadeó. Solo apretó su mano con más fuerza.

—¿Y tú?

—Siento que el viejo código todavía está ahí, empujando, intentando tomar el control. Pero también siento otra cosa. Algo que

no pueden tocar.

—¿El amor? —susurró ella.

Gabriel asintió, despacio.

—No sé cuánto tiempo más podré resistirlo.

—No estás solo —respondió Clara—. No desde el momento en que volviste a mí.

Él la miró con gratitud. Durante años había vivido como si estuviera solo en una batalla silenciosa. Y ahora, por primera vez, sentía que había alguien dispuesta a luchar a su lado.

—¿Recuerdas lo que dijiste hace tres días? —murmuró Clara—. Que las mejores historias de amor nacen de las cenizas.

—Y que sobreviven a las tormentas —completó él.

—Pues esta tormenta aún no ha acabado. Pero estoy aquí. Y voy a seguir aquí, aunque se derrumbe el mundo.

Gabriel tragó saliva. Su mirada se desvió hacia el crucifijo que colgaba del cuello. Lo sostuvo un momento entre los dedos antes de hablar.

—Necesito que llames a Diana y a Alicia. Tengo que contarles todo: las sesiones, las palabras clave, los gestos condicionados. Si yo he empezado a liberarme, quizá ellos también puedan.

—¿Quieres romper el condicionamiento?

—No solo eso. Quiero desmontarlo. Quiero que nadie más pase por lo que nosotros hemos vivido.

Clara se levantó, pero en lugar de dirigirse directamente a la puerta, se arrodilló junto a la cama.

—¿Quieres que oremos?

Gabriel asintió, y juntos inclinaron la cabeza.

—Señor —comenzó él—, me formaron para obedecer sin cuestionar, pero Tú me diste la libertad de pensar, de amar, de elegir.

—Padre —añadió Clara—, danos valentía para luchar contra las mentiras disfrazadas de autoridad. Que no temamos a quienes buscan esclavizar lo que Tú creaste libre.

—Usaron Tu nombre para manipular. Pero Tu voz aún susurra en lo profundo. Y yo la oigo.

—Amén.

Gabriel alzó la mirada. Clara le devolvía la suya con una fe inquebrantable.

—¿Sabes lo que me ha salvado, Clara? —susurró—. Tú. Tu amor. Tu fidelidad. Eso es lo único que no pudieron programar.

Ella acarició su mejilla.

—Y ahora vamos a salvar a los demás.

Gabriel la contempló con una certeza nueva. Había comenzado la batalla más importante de su vida: no solo contra lo que le habían hecho, sino por todos los que aún vivían bajo ese mismo control invisible.

El mal era persistente. Sistemático. Pero el amor —ese amor que habían elegido libremente— era más fuerte.

Y, por fin, entendió algo con total claridad.

La verdad no solo lo haría libre.

La verdad *nos* haría libres a todos.

51

Madrid, DiverXO — 24 de marzo de 2030, 21:45 h

La cena llegaba a su fin. Los postres imposibles —nubes que sabían a infancia, chocolates con sabor a pérdida— habían cumplido su cometido. Los comensales estaban listos. Receptivos. Vulnerables.

Simón se puso en pie.

—Antes de despedirnos, unas instrucciones finales.

Nadie se inmutó. Que hubiera "instrucciones" formaba parte del guion. El condicionamiento funcionaba así.

—Pilar, archiva definitivamente el caso Montgrí. Falta de pruebas, procedimiento cerrado, lo de siempre.

La jueza asintió sin necesidad de pensar.

—Moreno —el coronel levantó la vista—, hay testigos que requieren supervisión. Ya sabes cómo gestionarlo.

—Pimentel —la directora del hospital, apenas treintañera—, necesito camas libres en psiquiatría. Van a ingresar varios pacientes.

Uno a uno, fue repartiendo órdenes. Una sinfonía de juventud contaminada. Poder sin arrugas. Éxito sin mérito. Todos habían ascendido demasiado rápido. Ahora quedaba claro por qué.

Hospital General de Castellón — 22:30 h

Diana Silveira y Alicia Salgado escuchaban sin interrumpir.
—Fui el primero. Año 81. El Alpha. Pilar Montalbán fue la Beta, del 84. Luego llegaron los demás. Una camada nueva cada dos o tres años. Los más jóvenes no pasan de los veinticinco. —Gabriel se frotó las sienes—. Una generación entera de poder programado, hasta llegar a Lucy.
—Por eso parecen prodigios —dijo Diana—. Carreras meteóricas. Éxitos imposibles de explicar.
—No son imposibles si tienes todo el sistema empujándote. —Gabriel tenía la voz áspera—. Yo fui el experimento. Ellos, la serie fabricada.
—¿Y Lucy?
—Omega. La última. —Cerró los ojos—. Soy literalmente el paciente cero de esta epidemia.
—Entonces tienes la clave —intervino Alicia—. Si tú rompes el condicionamiento, puedes enseñar a otros.
—Ese es el plan. —Gabriel las miró—. Pero antes tengo que sobrevivir al proceso. Y no va a ser bonito.

Madrid — 23:45 h

Ricardo Simón contemplaba la ciudad desde su ático. En el móvil, cuarenta y cinco confirmaciones. Su generación respondía como un solo cuerpo.
Todos menos dos. Uno en particular.
Gabriel. Su primera obra. Su mayor orgullo. Y su mayor fracaso.
«Cuarenta y nueve años», pensó. «Toda una vida dedicada a esto».
El whisky sabía a victoria. Y a algo más. ¿Melancolía? ¿Arrepentimiento?
No. Simón no se arrepentía. Pero sentía curiosidad. ¿Sería Gabriel capaz de romper el molde? ¿Podía el Alpha convertirse en el antídoto?
«Demúestramelo», pensó. «Demuestra que incluso la programación perfecta puede ser derrotada por la voluntad humana».
Porque si Gabriel lo conseguía... si lograba liberarse... entonces

Simón no habría creado esclavos.
Habría creado una prueba.
La prueba de que la libertad siempre encuentra una rendija.
Y que la obediencia, al final, también se puede desaprender.

52

Carretera A-3, Centro Penitenciario Madrid II — 27 de marzo de 2030, 08:15 h

Antonio Vega conocía la celda de aislamiento como quien conoce su habitación de infancia. Dos por tres metros. Letrina. Catre. Silencio. Sobre todo, el silencio.

El abogado de oficio —un chaval que no llegaría a los treinta— había aguantado exactamente ocho minutos.

—Brigada, las pruebas son concluyentes. Su mejor opción es confesar y negociar...

—Fuera.

—Pero señor Vega...

—He dicho que fuera.

Ahora, solo con sus pensamientos, Vega repasaba la jugada. Todo había sido demasiado preciso. Sabían dónde estaría, a qué hora, en qué coche. Y la coca... no era de calle, era de laboratorio. Demasiado limpio. Demasiado orquestado.

Llamaron a la puerta. No era hora de comida.

—Tiene visita, Vega.

Lo esposaron con una fuerza innecesaria. El pasillo hacia la sala de visitas se hizo largo. Al abrir la puerta, Vega parpadeó dos veces.

Ricardo Simón. En persona.

—Brigada —saludó el Fiscal General con esa sonrisa suya de serpiente al sol—. Qué reencuentro tan... inesperado.

—¿Viene a recrearse?

—Vengo a ofrecerle una salida —respondió Simón, sentándose con calma quirúrgica—. Siempre he admirado a los que sobreviven. A los que saben cuándo han perdido. Y usted, mi amigo, ha perdido.

—¿Y usted qué sabrá?

—Dos kilos de coca son veinte años. Mínimo. —Simón tamborileó los dedos sobre la mesa—. A su edad, equivale a cadena perpetua. Pero podría salir mañana mismo.

Vega alzó una ceja.

—¿A cambio de?

—Nada del otro mundo. Solo necesito... que olvide. Montgrí, los niños, El Código. Un simple lapsus de memoria.

Vega lo observó con cautela. Había algo que no cuadraba. Demasiado generoso.

—¿Por qué?

—Porque en un mes todo eso será irrelevante. España habrá... cambiado. Y necesitaremos hombres como usted. Leales. Eficientes. —Los ojos de Simón destellaron—. Piénselo.

Se levantó para marcharse.

—¿Y si me niego?

Simón se detuvo en el umbral.

—Entonces, una mañana de estas, aparecerá colgado en su celda. Suicidio por remordimiento. Una desgracia. —Sonrió—. Pero confío en su inteligencia, brigada. Sobreviven los listos, no los fuertes.

Hospital General de Castellón — 27 de marzo de 2030, 10:30 h

Gabriel había perdido la cuenta de las horas sin dormir. Los ojos le ardían de tanto repasar cada recuerdo, cada sesión, buscando la llave que abriese su propia celda mental.

—Nada —murmuró, golpeando la almohada—. Sé que está ahí, Clara. Es como tener una palabra en la punta de la lengua... y no

poder soltarla.

—Descansa —le dijo Clara, apartándole el pelo sudado de la frente—. Llevas tres días así.

—¡No tenemos tiempo! —la voz le salió más áspera de lo que pretendía—. ¿Has visto las noticias? Todo se está alineando. Cuarenta y cinco voces repitiendo el mismo guion. Y la gente... la gente traga.

Diana entró. Tenía la cara de quien viene de un entierro.

—Tengo malas noticias.

—¿Peores que un país cayendo en manos de psicópatas programados? —Gabriel intentó bromear, pero solo le salió amargura.

—Han detenido a Calvo-Sotelo —dijo Diana, dejándose caer en una silla—. Esta madrugada. Malversación, cuentas en Suiza, facturas falsas... de manual.

Clara se tapó la boca con ambas manos.

—¿Y Vega?

—También. Le pararon en un control "rutinario" en la A-3. Dos kilos de coca en el maletero —hizo una mueca—. Como si un brigada como él fuese tan torpe.

Gabriel cerró los ojos. Los estaban cazando. Uno a uno. Eliminando a cualquiera que pudiera estorbar.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—¿La verdad? —Diana lo miró sin pestañear—. Pocos días. En cuanto terminen de limpiar Madrid... vendrán a por nosotros.

53

Madrid, Moncloa — 30 de abril de 2030, 07:30 h

El presidente Pedro Sánchez observaba las portadas digitales desde su despacho. Un mes. Exactamente un mes. Cuarenta y cinco voces comenzaron a hablar al unísono la noche del 25 de marzo. Hoy, treinta y seis días después, España era otra.

Las ventanas seguían enmarcando el mismo jardín desde 1977. El mismo escritorio de caoba, los mismos cuadros institucionales. Todo igual… excepto la sensación. Como si la historia hubiese girado sobre su eje mientras él miraba hacia otro lado.

Desde el iPad, los datos eran claros: una erosión meticulosa, casi quirúrgica. No un terremoto, sino una marea. Persistente. Silenciosa. Cada día, cada noticia, cada viral... debilitando los cimientos.

Una España harta empujaba esa marea con más fuerza.

El País: *"Un mes de reflexión nacional: España busca su rumbo"*
ABC: *"El consenso se abre paso: orden y progreso"*
La Razón: *"Las instituciones responden al clamor ciudadano"*
El Mundo: *"Montalbán, Aguirre y otros: las voces de la renovación"*
Hasta **elDiario.es** bajaba el tono: *"¿Es posible un pacto de Estado sin renunciar a los principios?"*

Sánchez dio un sorbo al café. Frío. Como su relación con el director del CNI desde hacía dos semanas.

Todo había sido milimétrico.

Primera semana: voces sueltas, preguntas incómodas.

Segunda: tertulias "equilibradas", donde los extremos parecían cuerdos.

Tercera: políticos de primer nivel insinuando reflexiones públicas.

Cuarta: la avalancha.

Y ahora, en la quinta, el "nuevo consenso" se daba por hecho.

Las redes, el campo de batalla. #EspañaNecesitaOrden se transformó en #NuevoConsensoNacional. De consigna a conversación. Al principio eran bots. Ahora, ciudadanos reales.

TikTok había convertido a la jueza Pilar Montalbán en un icono transversal. Cada martes, a las 20:00, su vídeo. Inquebrantable. Millones de visualizaciones. El último, sobre "la falsa dicotomía entre seguridad y libertad", ya sumaba 4,2 millones.

—No se trata de eliminar derechos —decía, con esa voz que parecía diseñada en laboratorio—. Se trata de jerarquizarlos con lógica. ¿Qué pesa más: la privacidad absoluta o que nuestros hijos vivan seguros?

Los comentarios ya no eran programados. Madres compartiendo temores. Abuelos recordando "tiempos más estables". Jóvenes cansados del caos. La semilla había prendido.

—Presidente.

María Redondo entró sin pedir permiso. Últimamente, nunca lo hacía. Su rostro, más marcado. Su voz, más seca.

—Las reuniones de esta mañana. —Dejó la carpeta sobre el escritorio—. Hay novedades.

—¿Casado?

—Ha cancelado. Prefiere una "reunión multilateral". —María dudó un segundo—. Feijóo también. Y escuche esto: Yolanda ha llamado. Sumar quiere "explorar opciones de diálogo nacional".

Sánchez notó cómo se movía otro pilar bajo sus pies. Si hasta Yolanda Díaz estaba reculando...

—¿Y Abascal?

—Ese sí. A las diez. Solo. —María bajó la voz—. Ayer Espinosa de los Monteros publicó en *El Mundo*. Hablaba de "superar las divisiones partidistas por el bien de España".

—¿Espinosa? ¿El mismo que llamaba a Casado "derechita cobarde"?

—El mismo.

—¿Y las encuestas?

María sacó la tablet. Más despacio que de costumbre.

—La tendencia se mantiene.

Primera semana: 23% a favor de "reformas profundas".
Segunda: 38%.
Tercera: 51%.
Cuarta: 64%.
Hoy: 71%.

Sánchez alzó la vista.

—Demasiado perfecto.

—Eso creíamos. Pero lo hemos cruzado con tres firmas distintas. Coinciden. Es real, presidente. Lo están comprando.

El móvil presidencial vibró. Línea segura del CNI.
«Reunión aplazada. El subdirector Mendoza le informará. E.C.»

Sánchez sintió un escalofrío. Casteleiro nunca delegaba una reunión presidencial.

—María, ¿qué sabemos de Luis Mendoza?

Su jefa de gabinete revisó el móvil.

—Subdirector de Inteligencia Interior desde 2028. Cuarenta y dos años. Ascenso meteórico…

No hizo falta que siguiera. Si alguien del grupo estaba dentro del CNI, todo cobraba sentido: la pasividad inicial, los informes vagos, la sensación constante de llegar tarde.

—Comprueba si aparece en las declaraciones del 25 de marzo.

Sánchez se acercó a la ventana. Madrid hervía bajo el sol, ajena a las grietas que se abrían bajo sus pies.

—Llama a Marlaska. Que sea discreto.

—Fernando está ingresado. Apendicitis. El secretario de Estado está al cargo.

—¿Quién?

—Rafael Pérez Ruiz.

Cuarenta y cuatro años. Otro ascenso fulgurante. Demasiadas coincidencias.

El teléfono sonó. Isabel Díaz Ayuso.

—Presidente, sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero es momento de dejar los personalismos. España necesita unidad.

—¿Desde cuándo…?

—Desde que algunos sensatos están empezando a ver claro, Pedro. —Usar su nombre de pila era nuevo—. Casado está dispuesto a sentarse. Feijóo también. Esto no va de partidos.

—¿Entonces de qué va?

—De evitar el colapso. He hablado con empresarios, jueces... Todos coinciden: o reaccionamos o en cinco años esto es Argentina.

—Te llamo luego.

Colgó. María lo observaba como quien ve alejarse el último bote salvavidas.

—Llama a Patxi López. A Cristina Narbona. A los veteranos sin cargo. Y busca vuelos a Lisboa para esta noche.

—¿Lisboa?

—António Costa entenderá. Necesito una perspectiva externa.

Solo en el despacho, abrió el cajón. El informe seguía ahí: «Anomalías en patrones de comunicación institucional». El capitán Herrera lo había detectado desde el principio, pero lo mandaron a Ceuta.

No era una conspiración improvisada. Era ingeniería social. Precisa. De largo alcance. Funcionaba porque tocaba miedos reales, frustraciones auténticas.

WhatsApp de Begoña:
«Las niñas dicen que una profe habló de 'actualizar' los libros de historia. ¿Qué pasa?»

Hasta en el instituto de sus hijas.

Marcó a Costa.

—¿António? Soy Pedro. Necesito verte hoy. La democracia española tiene un problema. No sé si puedo con esto solo.

En hora y media recibiría a Abascal. El mismo que había tachado su gobierno de ilegítimo, venía ahora a tenderle la mano.

Un mes. Ese era el margen antes de que todo se viniera abajo.

La cuestión ya no era si podía evitarlo. Era si debía intentarlo… o negociar la rendición. Por el bien de España, dirían.

Los tulipanes del jardín se mecían, indiferentes al drama que se cocía tras los muros de Moncloa.

Tendría que elegir: morir de pie o vivir de rodillas.

El problema era que ya no sabía qué opción sería peor para su país.

54

Centro Penitenciario Castellón II, Albocàsser – 1 de mayo de 2030, 10:45 h

El pasillo del módulo de alta seguridad se desplegaba ante Gabriel Ferrer como un túnel sin retorno. Contaba en automático: siete cámaras, doce puertas, ochenta y tres pasos. La mente seguía en marcha: clasificando, analizando, procesando. Siempre procesando. Como si pudiera evitarlo. Como si quisiera.

El funcionario se detuvo frente a la sala tres.

—Quince minutos, comandante.

Gabriel asintió. Llevaba tres días dándole vueltas desde que Clara le propuso esta visita. Tres días diciéndose que era decisión suya. Como siempre.

La puerta se abrió con un chasquido metálico.

Guillem Soriano lo esperaba al otro lado del cristal. Setenta y siete años reducidos a lo esencial: hueso, piel… y esos ojos. Ojos que reflejaban verdades que Gabriel preferiría no ver.

—Puntual —comentó Soriano—. Siempre lo has sido.

Gabriel se sentó. No iba a caer en provocaciones. Estaba allí por respuestas.

—Ya lo sé. Soy un experimento. Tu criatura.

—No —Soriano se inclinó levemente—. Eres mucho más que eso. Eres la prueba de que funcionó mejor de lo que jamás imaginamos.

—¿Mejor? He descubierto la verdad. Os estoy cazando.

—Exactamente —sus ojos brillaron—. Haces justo aquello para lo que fuiste diseñado: proteger el orden, eliminar la corrupción, imponer justicia.

Un escalofrío recorrió la espalda de Gabriel.

—No es lo mismo. Yo elijo…

—¿Elegir? —rió Soriano, seco—. Gabriel, ¿cuántas veces en tu vida has sido capaz de mirar hacia otro lado ante una injusticia? ¿Cuántas veces te has quedado quieto mientras alguien pedía ayuda?

El silencio lo dijo todo.

—Nunca —continuó—. Igual que Pilar Montalbán no puede evitar buscar la verdad procesal. Igual que ninguno de los cuarenta y cinco puede traicionar lo que lleva grabado dentro.

—Eso es distinto. Yo tengo principios.

—Que te inculcamos nosotros. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Crees que tu fe te hace libre? La incluimos en el protocolo Alpha. Un sujeto con moral absoluta es más predecible. Tu impulso de proteger, tu hambre de justicia, tu incapacidad para corromperte… todo viene de fábrica.

Gabriel cerró los puños.

—Si solo fuera eso, no estaría aquí cazándoos.

—¿No? Piénsalo. El sistema está podrido. ¿Qué hace un guardián programado para proteger el orden cuando el desorden viene desde arriba? Lo que estás haciendo tú. Limpiar. Restaurar el equilibrio.

—Eso no...

—¿Sabes cuál fue nuestro verdadero logro? —lo interrumpió—. No fue la obediencia. Eso lo consigue cualquiera. Lo brillante fue hacer que cada sujeto creyera que elegía. Que sus obsesiones eran vocaciones. Que sus impulsos eran principios.

Gabriel sintió el golpe como un mazazo.

—Tú crees que proteges por bondad. Pilar cree que juzga por sabiduría. Borja piensa que gobierna por visión estratégica. —Soriano tosió—. Pero ninguno puede hacer otra cosa. Es como pedirle al Ebro que fluya hacia el norte.

—Estás equivocado. He visto a Lucy luchar contra su programación.

—¿Luchar? —los ojos se le afilaron—. Lucy hace justo lo que debe: adaptarse. Sobrevivir. Crear vínculos. Es el protocolo Omega en estado puro. Su 'rebeldía' es parte del mismo diseño.

Gabriel se levantó. No podía seguir escuchando.

—Siéntate. —No era una orden. Era un hecho—. No puedes dejar un caso abierto. No está en tu naturaleza.

Y, odiándose, Gabriel volvió a sentarse.

—¿Ves? —Soriano casi parecía compasivo—. El código no es una cárcel. Es tu esqueleto. Si lo rompes, te rompes tú.

—¿Entonces qué? ¿Me resigno? ¿Acepto ser un títere?

—No. Haces lo único que puede hacer una mente superior atrapada en un sistema: jugar mejor que los que lo diseñaron. —Se recostó—. ¿Sabes por qué el ajedrez es infinito a pesar de tener reglas fijas? Porque la complejidad nace del movimiento, no de las piezas.

—Hablas en acertijos.

—Hablo de evolución. —Lo miró fijo—. Los cuarenta y cinco creen ser únicos. Especiales. Que deciden. Esa ilusión es su fuerza... y su límite. Pero tú ya conoces la verdad. Y eso no te libera: te transforma.

—¿En qué?

—En consciente. —Cerró los ojos un instante—. Un programa que sabe que es un programa puede reescribirse. No borrarse. No romperse. Evolucionar. Usar sus reglas para ir más allá.

Gabriel lo miró en silencio.

—¿Por eso me cuentas esto?

—Porque me estoy muriendo —abrió los ojos—. Cáncer de pulmón. Meses. Tal vez semanas. Y quiero ver si mi mejor creación...

mi hijo... puede superar a su creador.

—No soy tu hijo.

—No. Eres el resultado de muchos. Mío, de Simón, de todos. Pero, sobre todo, eres tu propia obra. —Tosió, manchando de sangre la palma—. Cada vez que elegiste proteger en lugar de ignorar, escribiste tu propio código sobre el nuestro.

—Eso no cambia lo que soy.

—Lo mejora. —Se inclinó hasta casi tocar el cristal—. ¿Quieres saber cómo vencer a Simón? No intentes romper el código de los demás. Úsalo. Son piezas perfectas. Se mueven según reglas. Y tú eres el único que conoce todas.

—¿Esto es ayuda?

—Es cierre. —Sonrió, débil—. Mi última jugada. Crear un guardián que entienda que proteger es una elección... incluso si no puede elegir no hacerlo. Tu victoria será también la mía.

Gabriel se dirigió a la puerta. En el umbral, se volvió.

—¿Por qué no hicisteis simplemente soldados obedientes?

—Porque la obediencia sin inteligencia no sirve. Necesitábamos mentes brillantes que creyeran en su brillantez. Jueces que amaran la justicia, aunque fuera la nuestra. Guardianes incapaces de no proteger.

—¿Y Lucy? ¿Sabe todo esto?

—Lucy es distinta. Su código tiene algo único: la capacidad de amar sin condiciones. Esa es su fuerza... y su condena. —Sus ojos se suavizaron—. Igual que la tuya es no poder dejar de protegerla. Ahora que sabes que es tu hermana, darás la vida por ella si hace falta.

Gabriel salió de la sala con una certeza tatuada en el alma.

Tal vez, solo tal vez, podía elegir *cómo* ser libre.

Como un río que no puede dejar de fluir, pero puede escoger su cauce.

Como un ajedrecista que no puede cambiar las reglas, pero puede jugar partidas infinitas.

Como un guardián que no puede dejar de proteger, pero puede elegir qué merece protección.

El código no se rompía.

Se trascendía.

55

Centro Penitenciario Castellón II, Albocàsser — 1 de mayo de 2030, 11:15 h

Gabriel salió de la sala de visitas con las piernas como de trapo. El funcionario que lo escoltaba guardó silencio hasta que estuvieron cerca de la salida. Entonces se detuvo.

—Comandante... —dudó un segundo—. Soriano dejó esto para usted, por si algún día venía a verle.

Le entregó un sobre amarillento, sellado con cera. Gabriel lo cogió con los dedos aún temblorosos.

—Lo tenía entre sus cosas antes de ingresar. Dijo que era para su hijo.

Gabriel se lo guardó sin abrirlo. No aquí. No ahora.

El sol de mayo lo recibió con violencia. Salir de la penumbra de la prisión al resplandor del Maestrazgo fue como un bofetón. Se quedó junto al León, respirando un aire que, por primera vez en días, no olía a encierro.

Entonces rompió el sello del sobre.

Dentro, una foto en blanco y negro. Una mujer joven, de unos veinticinco años, con un bebé en brazos. Sonreía a la cámara con esa mezcla de agotamiento y dicha que solo conocen las madres

primerizas. El bebé —él mismo, lo supo al instante— dormía tranquilo.

Al dorso, en letra firme:

«Gabriel, mi amor. 1 de mayo de 1981. Cuarenta y siete minutos de cielo.»

Y más abajo, en otra tinta, escrita años después:

«Perdóname por no ser más fuerte. Mamá.»

Las lágrimas llegaron sin avisar. Por primera vez desde que supo la verdad, Gabriel Ferrer lloró. No por él. Ni por lo que le arrebataron. Lloró por ella. Por Laura. Por una madre que intentó quererle en un mundo que prohibía el amor.

Se dejó caer contra el capó, sacudido por los sollozos. Cuarenta y nueve años. Una vida entera persiguiendo sombras. Y justo ahora comprendía que el mayor de todos los fantasmas era ese: el amor de una madre silenciada.

El móvil vibró. Clara.

—¿Gabriel? ¿Estás bien? Llevas dos horas...

—Estoy... —se enjugó las lágrimas—. Estoy volviendo. ¿Puedes esperarme?

—Claro. ¿Qué ha pasado?

—Te lo cuento cuando llegue. Clara... —vaciló—. Hoy es mi cumpleaños. El de verdad.

—Oh, Gabriel...

—Cuarenta y nueve años… y acabo de saber quién soy.

—Eso ya lo sabíamos. Eres el hombre que amo. Lo demás… son detalles.

—Te quiero.

Las palabras salieron sin esfuerzo. Por primera vez, sin escudo. Solo verdad.

—Y yo a ti. Ven a casa.

Casa. Qué palabra tan extraña, después de tanto tiempo sintiéndose fuera de sitio.

Guardó la foto en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al crucifijo. Dos anclas. Dos certezas.

Condujo hacia Aliaga mientras el sol de mayo barría los campos. En algún lugar, Ricardo Simón seguía moviendo piezas. Los Cuarenta y Cinco aún operaban. El programa seguía en marcha.

Pero Gabriel Ferrer —hijo de Laura, criado por los Ferrer, sostenido por la fe y el amor— ya no era una ficha más.

Era un hombre despierto. Y había elegido luchar.

Esa elección —esa chispa de voluntad— era justo lo que su madre quiso legarle: la posibilidad de seguir siendo humano en un mundo que pretendía convertirle en otra cosa.

El León devoraba kilómetros mientras Gabriel tarareaba, sin darse cuenta, una nana antigua. Una melodía que Laura le había cantado.

Memoria y fe.

Los dos regalos de su madre.

Con ellos, estaba listo para lo que viniera.

56

Palacio de La Moncloa — Madrid, 2 de mayo de 2030 — 22:15 h

La tormenta había dado una tregua, pero en el despacho presidencial el aire era tan denso que se podía cortar con un cuchillo. Pedro Sánchez estaba de pie junto a la chimenea apagada, las manos a la espalda, los dedos entrelazados con una tensión que delataba al político curtido al borde del colapso.

El jefe de seguridad asomó la cabeza.

—Señor presidente, el Fiscal General ha llegado.

—Que pase.

Ricardo Simón entró como quien regresa a casa. Setenta y nueve años llevados con la elegancia que da el poder prolongado. Traje gris marengo, corbata granate, un maletín de cuero que olía a décadas pasadas. No esperó invitación. Se sentó frente al escritorio con esa soltura ofensiva de quien sabe que el protocolo es para los demás.

—Buenas noches, Pedro —dijo, tuteando con intención—. Supongo que sabes por qué estoy aquí.

Sánchez se giró despacio. Había lidiado con alimañas de todo tipo en sus años en Moncloa, pero Simón jugaba en otra liga. Era el tipo de hombre que podía hundirte con una firma o salvarte con una llamada.

—Si es por lo de Montgrí, ya he dado instrucciones...

—No —lo interrumpió, abriendo el maletín con parsimonia—. Montgrí ya es historia. Un sacrificio necesario. Vengo a hablarte del futuro inmediato de España.

Sacó una carpeta negra, sin sello oficial, y la deslizó sobre la mesa.

—¿Sabes qué es la Convergencia Omega?

El presidente no la tocó. Años de supervivencia política le habían enseñado que hay preguntas que conviene no responder y documentos que es mejor no abrir.

—Sea lo que sea, si viene de tu oficina, no puede ser bueno.

Simón sonrió. La sonrisa de un tiburón que ha sobrevivido a todos los arpones.

—Pedro, Pedro… Siempre tan melodramático. No es ni bueno ni malo. Es necesario. —Se recostó en el sillón—. España lleva décadas pudriéndose por dentro. La corrupción es estructural. La justicia, un teatro. Los políticos... tú sabes mejor que nadie cómo funciona.

—Vine a limpiar este país.

—¿De verdad? —soltó una carcajada breve, sin esfuerzo—. ¿Cuántos casos de corrupción has archivado por "razones de Estado"? ¿Cuántos pactos has firmado para mantener la "estabilidad"?

Sánchez apretó la mandíbula. No iba a caer en la provocación.

—He hecho lo necesario para que la democracia siguiera funcionando.

—Exacto. Lo necesario. —Simón se inclinó hacia él—. Igual que yo. Solo que mi concepto de necesidad es más… ambicioso.

El presidente rodeó el escritorio y se sentó frente a su interlocutor. Intentó parecer su igual.

—¿Qué quieres, Ricardo?

—Informarte. Por cortesía profesional. —Abrió la carpeta—. Cuarenta y cinco personas clave en las instituciones españolas han comenzado a actuar de forma coordinada. Jueces, fiscales, directores generales... incluso algún ministro de tu gobierno.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy avisando. Es distinto. —Sacó una lista—. Mira los nombres. Los conocerás. Gente brillante. Carreras meteóricas. Todos menores de cincuenta. El futuro del país.

Sánchez echó un vistazo. Pilar Montalbán, magistrada del Supremo. Borja Aguirre, secretario de Estado de Economía. Andrea Rey, fiscal anticorrupción. Roberto Sainz, director del Instituto Nacional de Estadística...

—Dios mío. Están en todas partes.

—Llevamos cuarenta años preparando este momento —dijo Simón, con un orgullo apenas contenido—. Seleccionados desde niños. Educados. Formados. Colocados estratégicamente.

—Eso es un golpe de Estado.

—No —negó Simón, con la calma de un maestro—. Un golpe es burdo, ruidoso. Esto es evolución dirigida. Sin tanques, sin suspensiones. Solo personas competentes tomando decisiones correctas.

Sánchez se puso en pie. La silla chirrió al retroceder.

—¡Es una locura! ¡No puedes controlar a cuarenta y cinco personas como si fueran marionetas!

—No lo son —replicó Simón, firme—. Son creyentes. Cada uno está convencido de que actúa por voluntad propia. Sus ambiciones, sus ideales, su patriotismo... todo es auténtico. Esa es la belleza del sistema: no obedecen por obligación, sino por convicción.

—¿Por qué? —golpeó la mesa con el puño—. ¿Por qué traicionar todo en lo que se supone que crees? ¡Eres el Fiscal General!

Simón se levantó sin prisas. Por primera vez, mostró emoción. Pero no era ira. Era algo más peligroso: fe.

—¿Traición? Te voy a explicar qué es traición, Pedro. —Empezó a andar por el despacho, con paso firme—. Traición es ver cómo el país se desangra mientras los políticos siguen jugando a repartirse el poder.

57

Palacio de La Moncloa — Madrid, 2 de mayo de 2030 — 22:45 h

Simón levantó un dedo.

—Primero: la corrupción. No hablo de casos aislados, Pedro. Hablo de un cáncer con metástasis. ¿Sabes cuánto dinero público ha desaparecido en las dos últimas décadas? Trescientos mil millones de euros. Con eso podríamos haber construido hospitales, escuelas, infraestructuras. Pero no. Se lo repartieron empresarios con contratos amañados, políticos con sobres, funcionarios vendidos. ¿Y cuántos han pisado la cárcel? Me sobran dedos de una mano.

Sánchez se irguió. Ese discurso ya lo había escuchado.

—Datos manipulados, Ricardo. Solo con mi gobierno se han recuperado más de 15.000 millones al año. Creamos la Oficina de Recuperación de Activos, reforzamos la Fiscalía Anticorrupción, limitamos los aforamientos...

—Papel mojado —lo cortó Simón—. Leyes que perforáis desde dentro con subterfugios. Prescripciones a medida. Indultos estratégicos.

—Los indultos son herramientas constitucionales de justicia restaurativa. Y las prescripciones...

Sánchez se acercó a la ventana.

—El problema no es el sistema, Ricardo. Es que cada vez que intentamos reformarlo, gente como tú lo bloquea desde dentro. ¿Cuántas reformas judiciales has torpedeado desde la Fiscalía?

—Las que querían politizar aún más la justicia.

—Las que buscaban democratizarla. No es lo mismo. —Sánchez se volvió—. El PSOE lleva desde la Transición intentando modernizar este país. Y siempre nos encontramos con el mismo muro: el del establishment. El tuyo.

Simón levantó el segundo dedo, sin inmutarse.

—La desigualdad. España es la segunda en Europa en brecha de riqueza. El 1% más rico controla el 25% del total. Mientras, seis millones viven en pobreza severa. Niños que van al cole sin desayunar. Ancianos que eligen entre medicinas o calefacción.

—Por eso existe el Ingreso Mínimo Vital —replicó Sánchez, abriendo carpetas—. Más de 850.000 beneficiarios. Subimos el SMI un 47%. Bono eléctrico, garantía juvenil, plan de vivienda...

—Migajas —escupió Simón—. Parches en un sistema diseñado para que nada cambie.

—No son migajas. Son pasos. —Sánchez golpeó la mesa—. La socialdemocracia no es una revolución. Es evolución. Derecho a derecho, euro a euro, vida a vida. ¿Sabes cuál es tu problema? Que sueñas con soluciones mágicas. El Gran Cambio. La Solución Final.

—No uses esos términos.

—¿Por qué? ¿Porque suenan a lo que son? Tu Convergencia es otro mesianismo disfrazado de razón. Como todos los totalitarismos.

Simón alzó el tercer dedo. La voz, más fría.

—Una justicia podrida. Jueces que tardan años en dictar sentencia. Delincuentes de cuello blanco riéndose del sistema. Un Constitucional convertido en campo de batalla político.

—¿Y tu propuesta? ¿Sustituir jueces elegidos por algoritmos programados? —Sánchez rió con amargura—. El problema del TC no es que sea político. Es que durante años fue VUESTRO órgano político. Conservador. Clasista. Ahora que intentamos equilibrarlo, gritáis dictadura.

—El equilibrio no se consigue colonizando las instituciones.

—¿Colonizar? —Sánchez empezó a pasear—. ¿Tú me hablas de colonizar? ¿El mismo sistema que blindó a Casado y colocó a Lesmes? Cuando lo hacéis vosotros es "sentido de Estado". Cuando lo hace la izquierda, “asalto”.

—Ambos bandos sois culpables.

—No, Ricardo. No hay equidistancia. Nosotros queremos jueces que reflejen a la sociedad. Vosotros queríais jueces que la contuvieran. No es igual.

Cuarto dedo.

—Y lo peor: la desesperanza. Jóvenes que no pueden emanciparse. Alquileres imposibles. Contratos basura. Se marchan. España se desangra.

—En 2023 volvieron 65.000. En 2027, otros 75.000. El paro juvenil bajó diez puntos. Aprobamos la ley de vivienda, limitamos los alquileres...

—¿Y? Siguen sin poder comprarse un piso.

—Porque el problema es estructural. Viene de años de burbuja inmobiliaria que vuestros gobiernos inflaron. De la crisis que destruyó el tejido productivo. De los fondos buitre que dejasteis entrar. Nosotros heredamos ruinas. Y estamos reconstruyendo.

—¿Con deuda?

—Con inversión social. Esa es la diferencia entre un socialdemócrata y un neoliberal disfrazado de salvador. —Sánchez volvió al sillón—. Fondos europeos. Plan de recuperación. Reindustrialización verde. Eso es futuro.

—El pueblo no come futuro. Come presente.

—Y gobernamos para ambos. —Sánchez entrelazó las manos—. Entiendo tu frustración. Yo también la siento. Pero la diferencia es la respuesta. Tú quieres dinamitar el sistema. Yo quiero arreglarlo.

—El sistema se cae a pedazos.

—Pero es nuestro. —Lo miró fijo—. Lo construimos en el 78. No perfecto, pero mejorable. Ese es su milagro: puede mejorar.

—¿Mejorar? —Simón se puso de pie—. Cuarenta por ciento de abstención. Radicalismos en auge. Violencia en las calles. La gente ha perdido la fe.

—No en la democracia. En cómo la hemos gestionado. —Sánchez también se alzó—. Y la solución no es crear un sistema en laboratorio. Es escuchar. Incluir. Empoderar. Eso es socialdemocracia: dar poder a la gente, no sobre la gente.

—Discursos bonitos. Mientras, el país se hunde.

—España ha sobrevivido a una guerra civil, a una dictadura, a múltiples crisis. ¿Sabes por qué? Porque la mayoría prefiere una democracia imperfecta a una tiranía eficaz.

—¿Y si ya no es así?

—Entonces habré fracasado como presidente. Pero no como demócrata. Porque mi deber no es dar lo que la gente cree querer en un momento oscuro. Es proteger sus derechos, incluso cuando no los valoran.

—Qué arrogancia. Decidir por ellos.

—¿Más que programar a cuarenta y cinco personas para decidir por todos? —Sánchez se acercó—. Yo puedo perder unas elecciones. Tus jueces programados, no.

—Son incorruptibles.

—Son inhumanos. Y gobernar no es eliminar la imperfección humana. Es aprender a gestionarla.

Simón cogió el maletín. Luego lo dejó a un lado.

—Tienes respuestas para todo. Como buen político. Pero yo soy pragmático. —Sacó su móvil—. IMV: media de tramitación, seis meses. Solicitudes denegadas: 68%. Viviendas sociales prometidas en 2020: 20.000. Construidas: 1.800. Eso no son pasos. Son tropiezos. Y mientras tropezáis, la gente se muere de hambre.

—Los procesos administrativos...

—¡Siempre los procesos! —alzando por primera vez la voz—. El niño con hambre no entiende de trámites. El anciano sin calefacción no necesita un expediente. Necesita calor. Ahora.

Se acercó al escritorio.

—¿Sabes qué haría uno de mis jueces? Vería el caso. Verificaría la necesidad. Aprobaría la ayuda. En 48 horas. Sin color político. Sin papeleo. Sin el "vuelva usted mañana" que mata más que las balas.

—Y sin empatía.

—¿Empatía? ¿Cuál? ¿La del funcionario que cierra a las dos? ¿La del político que promete y desaparece? ¿La del juez que tarda cinco años en dictar sentencia mientras el corrupto vive en Miami?

Se irguió.

—No prometo empatía. Prometo eficacia. Que el corrupto entre en prisión en meses. Que el niño coma hoy. Que el joven trabaje sin firmar contratos basura.

—No es magia, Ricardo. Es populismo.

—Lleváis cincuenta años diciendo lo mismo. —Golpeó el marco de la puerta—. Mi padre votó al PSOE en el 82 creyendo en el cambio. Murió en lista de espera. Mi hija os votó en 2018. Con 39 años vive en un piso compartido. Mi nieta... ya ni vota.

Sánchez quiso responder, pero Simón siguió.

—Vosotros gobernáis para los libros. Yo trabajo para la gente. Tus discursos son bonitos. Tus intenciones, quizás sinceras. Pero el infierno está empedrado de programas electorales.

—Prefieres una tiranía eficaz.

—Prefiero que un niño coma. Aunque sea en un sistema autoritario. —Abrió la puerta—. Y si eso me convierte en un monstruo, que así sea. Pero al menos resolveré algo.

Se volvió.

—Ah, Pedro... cuando veas que en semanas hacemos lo que vosotros no lograsteis en décadas, recuerda esta charla. Recuerda que elegiste principios sobre personas. A ver si te consuela cuando veas los resultados.

—Los fines no justifican los medios.

—Díselo a los seis millones de pobres. A ver si les importa tu método cuando lleguen a fin de mes. O mejor, no se lo digas. Llevan años oyéndote. Ya saben lo que valen tus palabras.

Y se fue. Dejando tras de sí principios, papeles y buenas intenciones.

Sánchez miró la puerta cerrada. Por primera vez en la noche, sin respuesta. Porque, en el fondo, una parte de él dudaba.

Y si Simón tuviera algo de razón.

Y si la democracia, por noble que fuera, no pudiera permitirse tanta lentitud mientras el sufrimiento avanzaba tan deprisa.

Sacudió la cabeza.

No. Ese era el camino al abismo.

Pero la duda ya estaba sembrada.

Y Pedro Sánchez, por primera vez desde que llegó a Moncloa, no estaba del todo seguro de tener razón.

58

Aliaga, Teruel — 3 de mayo de 2030, 17:30 h

El apartamento de Gabriel Ferrer respiraba austeridad monacal. Paredes desnudas como su vida antes de Clara, interrumpidas apenas por un crucifijo heredado y una foto de su promoción en Baeza: veinticinco rostros jóvenes jurando servir y proteger, sin saber que algunos acabarían sirviendo a otros amos.
La mesa del comedor, pensada para cenas íntimas, ahora soportaba el peso de cinco conciencias en pie de guerra.

Gabriel los observaba mientras el café humeaba entre sus manos. Clara, a su derecha, con la cercanía de quien ya ha cruzado todas las fronteras del miedo. Diana Silveira destilaba la lucidez amarga de quien ha visto la justicia prostituirse. Alicia Salgado aún conservaba ese instinto de sabueso que ni la pérdida de la placa logró enterrar. Y Francisca Miralles —la sorpresa que Clara se había guardado— llevaba siete décadas de jurisprudencia como quien exhibe cicatrices de guerra.

—Gracias por venir, señoría —Gabriel le ofreció una taza con la reverencia reservada a quien dictó justicia cuando eso aún significaba algo.

—Francisca, insisto —respondió ella, tomando el café con dedos que habían firmado sentencias capaces de mover el país—. Mis días

de toga pasaron. Y después de lo que Clara me ha contado... —pausa calculada—. Todos estamos en el mismo Titanic. Algunos ya vimos el iceberg.

—La diferencia —intervino Diana, quirúrgica— es si aceptamos hundirnos o buscamos el bote salvavidas.

El silencio no era vacío, sino la pausa antes de las verdades.

—Voy al grano. —Gabriel dejó la taza con cuidado—. Licencia retribuida indefinida. Sin funciones. Sin sistema. Sin arma. Traducción: fuera sin decirlo.

—Ruiz y los suyos recibieron un trato más directo —añadió Alicia, con amargura—. Expedientes cerrados en caliente. Dimisión sin indemnización o juicio por sedición. Siete guardias que solo pedían justicia para sus muertos.

Gabriel cerró los ojos. Siete hombres decentes sacrificados al altar de la conveniencia política.

—No fue en vano —susurró Clara, entrelazando los dedos bajo la mesa—. Lo de Montgrí salvó vidas.

—Dos vidas. —Gabriel fue preciso—. Lucy y yo. A cambio de dejar que cuarenta y cinco marionetas manejen el país. —Se levantó —. El pueblo los aclama. Todo legal. Me dan náuseas.

—Análisis incompleto —replicó Francisca, abriendo su libreta con parsimonia—. En el Supremo aprendí que ningún sistema es hermético. Las grietas siempre aparecen. La soberbia las provoca.

Diana se inclinó, postura de fiscal.

—Explíquese.

—Manipulación de menores. Privación ilegal de libertad. Torturas. Experimentación sin consentimiento. Todo tiene nombre en el Código Penal.

—Prescrito —objetó Diana—. Décadas de silencio equivalen a décadas perdidas.

—Falso —la mirada de Francisca ardía—. Si la programación persiste, si condiciona la conducta actual, el delito sigue vivo. Como un secuestro mental sin fecha de liberación.

Gabriel sintió algo moverse dentro. No esperanza. Algo más fino: posibilidad.

—¿Sugiere que denunciemos, sin más?

—Sugiero que hagamos lo correcto. —Golpeó la mesa con firmeza contenida—. Dos testigos directos. Tú con tu memoria intacta. Lucy con sus heridas. En Núremberg tuvimos menos.

—Lucy apenas sabe cómo se llama algunos días —Clara bajó la voz—. Le borraron todo lo que les comprometía.

—Mi memoria está intacta —Gabriel volvió a sentarse—. Cada "juego". Cada inyección. Cada "es por tu bien, Gabriel" mientras me destrozaban por dentro. Es mi cruz. Y también mi arma.

Alicia tamborileó la mesa con los dedos. Su forma de pensar rápido.

—El problema va más allá del Derecho. ¿Qué juez aceptará esto? La mitad está contaminada. La otra mitad, paralizada.

Diana se hundió en su silla.

—Seamos realistas. No queda nadie limpio con poder. —Breve pausa—. Aunque... trabajé con Bermúdez años. Sé lo que pensáis. Pero en los casos de menores... había algo en su mirada. Una sombra. Una vez lo vi llorar tras archivar un caso.

—¿Y eso qué prueba? —replicó Alicia, tensa—. ¿Que tiene conciencia? Peor aún. Sabía que estaba mal y firmó igual.

—Fue alumno mío —intervino Francisca—. Brillante, ambicioso, pero con un fondo noble. Antes de que el sistema se lo tragara. —Se ajustó las gafas—. Podría… encontrarme con él. Ver si queda algo del joven que conocí.

—Es arriesgado —dijo Clara—. Si nos delata...

—Entonces sabremos que estamos solos —concluyó Francisca—. Pero vale la pena intentarlo. A veces los peores pecadores tienen más margen para redimirse. Sobre todo si hay niños de por medio.

Clara se levantó para rellenar las tazas. Al pasar, rozó el hombro de Gabriel. Ese gesto que decía "estoy aquí".

—El problema sigue siendo el grupo. —Clara sirvió con calma—. Cuarenta y cinco cerebros convencidos de que sus cadenas son alas.

¿Cómo luchas contra eso?

—Yo desperté —Gabriel la miró—. Otros también pueden.

—Tu caso fue distinto. —Clara volvió a su sitio—. Años de dudas. Ellos viven su apogeo. Dictan políticas, reforman leyes. ¿Por qué cuestionarían su éxito?

—Justo ahí está la grieta —dijo Alicia—. Trabajé con Montalbán sin saberlo. Una mente brillante. Cero fisuras.

—Entonces las provocamos —Diana sonrió—. Si no podemos romperlos uno a uno, rompemos el conjunto. Divide et impera.

—¿Plan?

—Instinto básico. —Diana se reclinó—. Todo grupo tiene fracturas. Egos, ambiciones, visiones opuestas. Si cada uno se cree el elegido, ¿quién acepta ser el segundo?

—Simón controla —Gabriel lo sabía.

—Simón envejece. —Diana dejó flotar el dato—. Sesenta y nueve años. ¿Quién hereda? ¿Montalbán con su genio jurídico? ¿Borja Aguirre con su dinero? La sucesión siempre es el talón de Aquiles.

Silencio. Revelación.

—Brillante —asintió Francisca—. Sembrar duda. Que se destruyan entre ellos.

Todos se levantaron, portando su parte del plan. En la puerta, Francisca se volvió.

—Los sistemas perfectos fallan por lo mismo: no contemplan el caos —miró a cada uno—. Vosotros sois ese caos. El error que no esperaban.

La guerra por el alma de España acababa de encontrar a sus guerreros.

Improbables. Dañados. Decididos.

El tipo de enemigo que los arquitectos del horror nunca supieron anticipar.

59

Madrid, Café Gijón — 4 de mayo de 2030, 08:45 h

El Café Gijón conservaba esa pátina de gloria ajada que solo los lugares con cicatrices reales saben lucir.

Francisca Miralles empujó la puerta con la falsa calma de quien aparenta no tener prisa, aunque cada segundo importe.

El local seguía igual: mármol viejo con dignidad, espejos que habían visto demasiado, y una luz oblicua que convertía a cualquiera en conspirador. El aroma a café recién hecho y cruasán caliente flotaba como una tregua.

Le vio al instante. Joaquín Bermúdez, en su rincón de siempre, junto a la ventana de Recoletos. Veintidós años desayunando allí, a la misma hora, con la misma ceremonia: cortado en taza grande, tostada con tomate, *Financial Times* abierto por mercados. La rutina como refugio ante un mundo que se cae a pedazos.

Francisca se acercó al mostrador.

—Un café con leche. Y si queda, un suizo.

Mientras esperaba, lo observó por el espejo de la barra. Bermúdez no había envejecido mal por fuera —seguía con ese aire de magistrado que impone en sala—, pero por dentro... los ojos no mentían.

—Aquí tiene.

Francisca tomó la bandeja y caminó hacia el fondo. Al pasar junto a su mesa, ejecutó el tropiezo medido. El café se derramó sobre el *Financial Times*.

—¡Uy, qué torpeza! Perdón, de verdad...

Bermúdez alzó la vista. Preparado para una protesta educada. El reconocimiento fue inmediato. La sorpresa, sincera.

—¿Francisca? ¿Francisca Miralles?

—Joaquín... —Llevó la mano al pecho con teatralidad discreta—. Qué casualidad. Perdona el estropicio, déjame...

—No, por favor. —Se levantó con esa galantería que ya no se enseña—. Siéntate. ¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años?

—Doce. Desde tu nombramiento en el Supremo.

Un camarero apareció con bayeta y periódico nuevo. Gijón era así: los pequeños dramas se resolvían sin hacer ruido.

Francisca se sentó. El bolso —con las copias esperándolo como artefactos listos para estallar— quedó a mano.

—Sigues igual —mintió con elegancia.

—Tú tampoco has cambiado. —Intentó sonreír, pero la mueca no cuajó—. ¿Y la jubilación?

—Un tedio. Leo, camino, finjo que me gusta la jardinería. —Removió el café—. ¿Y tú? Leí tu intervención en el caso de los ERE. Brillante.

El cumplido le dolió. Como si lo acusara.

—Intento hacer lo que se puede.

La frase quedó en el aire, pesada. Francisca fue al grano.

—El sistema. —Dejó caer la palabra con intención—. A veces me pregunto si aún existe o si solo queda el decorado.

Bermúdez la miró con una atención nueva. Como si calibrara cuánto decir.

—Los tiempos cambian. Nos adaptamos.

—¿Adaptarse o rendirse?

El golpe fue seco. Bermúdez desvió la mirada hacia la ventana. Madrid seguía, ajena.

—Francisca, hay decisiones que uno toma... pensando que protege algo más grande.

—¿A quién protegías, Joaquín? ¿A los inocentes o a los de siempre?

La pregunta quedó suspendida entre murmullos de mesas vecinas. Al lado, dos ejecutivos hablaban de criptomonedas. El mundo giraba. Ellos estaban en otra órbita.

—Siempre fuiste demasiado directa.

—Y tú demasiado listo para acabar así. —Se inclinó—. Recuerdo al alumno que lloró de rabia cuando archivamos el caso Arny. "Esto no es justicia, profesora", me dijiste. ¿Dónde quedó ese chaval?

Una lágrima —una sola— bajó por la mejilla de Bermúdez. La secó al instante, incómodo.

—Aprendió que el mundo no es como en los manuales.

—¿Complejo? —Su voz bajó a un susurro—. ¿O podrido hasta el tuétano?

Bermúdez cerró los ojos. Al abrirlos, ya había decidido.

—Aquí no. —Se puso en pie y dejó un billete sobre la mesa—. Vivo a dos manzanas. Si de verdad quieres hablar...

Francisca cogió su bolso con naturalidad ensayada.

—Siempre quise ver tu colección de primeras ediciones. La mencionabas en clase.

Salieron bajo una llovizna suave, de esas que convierten Madrid en acuarela. Caminaron en silencio. Cada paso, un cálculo. Cada mirada, una pregunta sin formular.

60

Piso de Bermúdez, Calle Velázquez — 4 de mayo de 2030, 9:25 h

El piso olía a dinero viejo y bien escondido. Techos altos, molduras originales, una biblioteca que cubría toda una pared. Primeras ediciones legales convivían con clásicos de la novela negra española. Henning Mankell compartía estantería con las Partidas de Alfonso X.

—¿Café? ¿O algo más serio?

—Lo que tomes tú.

Bermúdez sirvió dos copas de brandy. Las manos ya no le temblaban. En su territorio, volvía a sentirse dueño de algo.

—¿Por qué has venido en realidad, Francisca?

Ella dejó el bolso sobre la mesa baja. Un gesto calculado.

—Porque aún hay quien cree que la justicia no está del todo muerta.

—La justicia es un lujo que pocos se pueden permitir.

—Eso no pensabas cuando eras mi alumno.

Bermúdez se hundió en el sillón orejero. El brandy brillaba ámbar bajo la luz tamizada.

—He hecho cosas, Francisca. Cosas que… —La voz se quebró—. El otro día me enteré de algo que me ha roto por dentro.

Ella no dijo nada. Sabía que a veces, el silencio empuja más que las palabras.

—Laura. —El nombre le salió como una condena—. La madre de Gabriel. Siempre creí que lo suyo fue una tragedia.

—¿Y no lo fue?

—Fue un asesinato. —La palabra cayó como una piedra en un estanque—. Planificado. Ejecutado. Y yo… yo lo encubrí sin saberlo. Firmé documentos, archivé papeles. Me dijeron que era por el bien del proyecto. Que ella era inestable. Que ponía en peligro…

Se levantó de golpe y fue hacia la ventana. Madrid seguía allí fuera, ajena a todo.

—Ricardo me lo confesó. Con esa frialdad suya. "Fue necesario", dijo. "Laura iba a estropearlo todo". —Se volvió hacia ella—. Maté a una madre con mi firma. Con mi silencio.

Francisca abrió el bolso con calma quirúrgica.

—Tal vez sea el momento de redimirse.

Sacó las copias. Un fajo grueso que dejó sobre la mesa como quien deja un testamento.

Bermúdez se acercó, casi con miedo. Cogió la primera hoja. Sus ojos, entrenados para leer entre líneas, empezaron a recorrer datos.

—Madre mía...

Página tras página, el horror cobraba forma. Protocolos clínicos. Listados de menores. Firmas. Fechas. Nombres que conocía demasiado bien. El sistema, al desnudo.

—¿De dónde ha salido esto?

—Importa menos de dónde viene que lo que dice. —Francisca mantuvo la voz neutra—. Hay dos testigos dispuestos a declarar: Gabriel Ferrer y Lucy Montoya. Ambos estuvieron dentro.

—Lucy… —Bermúdez palideció—. La vi una vez, en una vista a puerta cerrada. Tendría dieciséis. Nunca he visto unos ojos tan vacíos. Fui yo quien firmó su internamiento.

—Ahora puedes hacer lo contrario.

Bermúdez seguía leyendo. Su rostro era un mapa en movimiento: horror, asco, culpa. Mucha culpa.

—Esto podría hundir medio gobierno. El sistema entero.

—¿Y no merece hundirse lo que está podrido?

—No lo entiendes. —Soltó los papeles como si quemaran—. Ricardo tiene tentáculos en todas partes. Si saco esto mal…

—Por eso hay que hacerlo bien. —Francisca retomó su tono de catedrática—. Tú conoces las costuras del sistema. Sabes dónde están las grietas.

Bermúdez se sirvió otro brandy. Esta vez, lo apuró de un trago.

—Habrá que blindarlo todo. Copias compulsadas ante notario. Entregas simultáneas en varios juzgados. Avisar a prensa nacional e internacional el mismo día. Protección inmediata para los testigos…

Se detuvo. El peso de lo que proponía cayó sobre él.

—Joaquín —Francisca se acercó—. Sé lo que estás arriesgando.

—¿Lo sabes? —Una risa amarga—. Me juego la carrera, la libertad… y probablemente la vida. Ricardo no perdona.

—¿Y puedes vivir sabiendo lo que sabes? ¿Puedes seguir dictando sentencias sabiendo que fuiste cómplice?

La miró. Y por primera vez en años, en sus ojos brillaba algo intacto: determinación.

—No. No puedo. —Fue hasta el escritorio, sacó papel oficial—. Hay que diseñar una estrategia. Primero, asegurar las copias. Conozco a un notario de confianza. Antiguo compañero, completamente ajeno a esto.

Durante una hora, trazaron el plan. Bermúdez desplegó su conocimiento como un cirujano que disecciona con precisión.

—La clave es la simultaneidad. —Trazaba esquemas mientras hablaba—. Denuncia en la Audiencia Nacional. Copias al Defensor del Pueblo y al Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Todo el mismo día, a la misma hora.

—¿Y los testigos?

—Protección inmediata. Aunque… —dudó—. Habría que confiar en que quede alguien limpio dentro del programa.

—Gabriel es comandante de la Guardia Civil.

—En excedencia. —Bermúdez lo sabía—. Y Lucy… con su historial clínico…

—Pero viven. Y están dispuestos a hablar.

—Necesitaremos más. —Sus dedos tamborileaban sobre la mesa —. Un forense independiente que examine a Lucy. Un psicólogo que acredite los daños. Y, sobre todo, alguien más del sistema.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Pilar Montalbán. —El nombre flotó en el aire—. Fue una de las primeras. Pero hay algo en ella… una necesidad de verdad que parece ir más allá de su condicionamiento.

Francisca lo apuntó mentalmente. Una posible grieta.

—¿Cuándo?

—Dame una semana. —Bermúdez hacía cálculos—. Para organizarlo todo, hablar con el notario, asegurar las entregas…

—¿Una semana? Joaquín, cada día que pasa...

—Lo sé. —La interrumpió—. Pero si fallamos, no habrá segunda oportunidad. Ricardo no da margen de error.

El silencio pesó como una sentencia.

—Joaquín —Francisca lo miró fijamente—. ¿Sabes lo que puede pasar cuando esto estalle?

Bermúdez se acercó a la biblioteca. Rozó con los dedos el lomo de *El proceso*, de Kafka.

—He vivido de espaldas a la justicia toda mi vida. —Su voz sonaba más firme que nunca—. Quizá ha llegado el momento de ser el juez que tú quisiste que fuera. Aunque solo sea una vez.

Se miraron. Maestra y alumno, invertidos por el tiempo y la conciencia. Unidos por una última oportunidad.

—Una semana, entonces —dijo Francisca.

—Una semana. —Él le tendió la mano—. Y gracias. Por no rendirte.

—Nunca lo hice, Joaquín. Solo esperaba que recordaras quién eras.

Al salir, la llovizna había cesado. Un rayo de sol asomaba entre las nubes, dorando los tejados de Madrid.

Una semana para cambiar la historia.
O para ser arrasados por ella.

61

Madrid, barrio de Chamberí — 5 de mayo de 2030, 20:15 h

La lluvia había limpiado Madrid durante toda la tarde, dejando ese olor a asfalto recién fregado. Gabriel Ferrer, desde la acera de enfrente, contaba ventanas hasta dar con el tercero izquierda. Las luces encendidas confirmaban que Pilar Montalbán, la Beta del proyecto, estaba en casa.

Diana le había conseguido la dirección con su eficacia silenciosa. —Ten cuidado —le advirtió—. Pilar es brillante hasta resultar insoportable. Y leal a Simón hasta el final.

El portal cedió al tercer timbrazo. No dijo nada por el interfono. Aprendió que el silencio a veces abre más puertas que las palabras. Subió los tres pisos a pie. Necesitaba esos noventa y seis escalones para ordenar ideas. O, al menos, confiar en que las palabras adecuadas llegarían a tiempo.

La puerta del tercero izquierda era de madera noble. Llamó con dos nudillos. Esperó.

Cuando Pilar abrió, Gabriel reconoció en sus ojos el mismo proceso que él ejecutaba a diario: identificación, análisis, decisión. Todo en dos segundos.

—Comandante Ferrer —saludó ella, con esa voz modulada que imponía en los tribunales—. Esto sí que no me lo esperaba.

Iba vestida con ropa cómoda: pantalón de yoga, jersey amplio, el pelo recogido en un moño funcional. Cualquier otra parecería descuidada. Ella no. En ella, hasta la informalidad parecía deliberada.

—Señoría. Perdón por la hora. Necesito hablar con usted.

Pilar lo examinó con esa mirada que había desmontado a decenas de testigos. Gabriel sostuvo la suya. Dos mentes programadas, midiendo la distancia entre sus algoritmos.

—Pase.

El piso respiraba orden. Estanterías organizadas por materias y alturas, una simetría casi patológica. El salón, un templo al conocimiento: libros del suelo al techo, expedientes alineados en ángulos perfectos. Solo un detalle personal: una foto de su investidura en el Supremo, Simón a su lado.

—¿Agua? ¿Café? ¿Algo más fuerte?

—Agua está bien.

Ella desapareció en la cocina. Gabriel aprovechó para revisar los lomos de los libros. Derecho, filosofía, neurociencia... y, escondido entre códigos, un ejemplar ajado de *El Principito*.

—Aquí tiene —dijo, al regresar con un vaso de cristal tallado—. Supongo que no es una visita de cortesía.

—No. —Gabriel aceptó el agua. No le temblaban las manos. Buena señal—. Vengo a hablar de familia.

La palabra quedó suspendida, como una amenaza sin detonar. Pilar se sentó en un sillón de cuero. Le indicó con un gesto que hiciera lo mismo.

—No tengo familia, comandante. Es una de las ventajas de mi... condición.

—Todos la tenemos. A veces, simplemente no lo sabemos. —Dejó el vaso sobre un posavasos. Notó que ella valoraba ese gesto—. ¿Alguna vez se ha preguntado por qué es como es?

—Soy resultado de mis decisiones. Mi esfuerzo. —Respuesta automática.

—¿Y su memoria fotográfica? ¿Su intolerancia a la injusticia procesal? ¿Su obsesión por el orden? —Gabriel enumeró, sin alterar el tono—. ¿Cree que todo eso es casual?

Pilar se tensó, apenas.

—Si tiene algo que decir, hágalo. Detesto los rodeos.

Gabriel abrió la chaqueta, sacó una carpeta y la colocó sobre la mesa, entre ambos.

—Somos hermanos, Pilar. No de sangre. Pero sí de diseño. Fuimos creados por el mismo arquitecto.

—No diga tonterías.

—Nací en el 81. Sujeto Alfa. Usted en el 84. Sujeto Beta. Proyecto Génesis. —Empujó la carpeta hacia ella—. Todo está ahí.

Ella no tocó los documentos. Su mirada iba del papel a Gabriel. Calculaba.

—¿Qué pretende? ¿Desestabilizarme antes de un juicio?

—Pretendo que conozca la verdad. Porque usted es la única del grupo capaz de soportarla sin romperse.

Eso le dolió. En el buen sentido. Orgullo activado. Espalda recta.

—Hable.

Gabriel se lo tomó con calma. La verdad tiene su propio ritmo.

—¿Recuerda algo de antes de los ocho años?

—Fragmentos. Como todo el mundo.

—¿Y a sus padres?

—Murieron cuando era pequeña. Accidente de tráfico. Me crió una tía en Segovia.

—¿Y antes del accidente?

Silencio. Frunció el ceño. Como cuando un testimonio no cuadra.

—Es... difuso.

—Porque no existieron. No como padres. Eran cuidadores asignados. Parte del protocolo de inmersión. Cuando llegó a la edad óptima, los retiraron. El "accidente" fue la historia de cierre.

—Eso es demencial.

—Es protocolo. —Gabriel señaló la carpeta—. Ahí tiene informes psicológicos, evaluaciones, predicciones. Pilar Montalbán:

inteligencia superior, tendencia al orden, ideal para el sistema judicial. Programada para perseguir la verdad procesal por encima de todo.

Ella seguía sin tocar los documentos, pero su respiración se aceleraba.

—Imaginemos que fuera cierto. ¿Por qué contármelo?

—Porque usted está cerca de romper la programación sin saberlo. —Bebió un sorbo—. ¿Nunca se ha preguntado por qué no puede dejar un caso abierto? ¿Por qué una injusticia le duele físicamente? ¿Por qué necesita que todo encaje?

—Soy perfeccionista.

—No. Es protocolo. Beta-7. *Búsqueda compulsiva de coherencia sistémica*. Pensado para generar jueces incorruptibles. Incapaces de tolerar la mentira.

Pilar por fin tomó la carpeta. Sus ojos —entrenados para devorar información— comenzaron a leer. Gabriel la observaba: incredulidad, reconocimiento... y algo más profundo.

—Esto es... —Se detuvo. Una foto de niña. Ocho años. Sonrisa perfecta. Ojos vacíos—. No puede ser real.

62

Piso de Pilar Montalbán, 5 de mayo de 2030, 20:45 h

—Mire la firma del supervisor del proyecto.

Pilar obedeció. Gabriel captó el instante exacto en que su mundo empezó a resquebrajarse.

Ricardo Simón. Su mentor. Su referente. Su arquitecto.

—No... —Dejó caer los papeles—. Ricardo me encontró, me guió... me ayudó a ser quien soy...

—Te diseñó para ser quien eres. Como a mí. Como a los otros cuarenta y cuatro. —La voz de Gabriel era serena—. Y no está mal serlo. El error fue creer que lo elegimos.

—¡Yo decidí estudiar Derecho! ¡Elegí especializarme en Constitucional! ¡Elegí...!

—¿Lo hiciste? ¿O simplemente seguiste el camino que te pareció inevitable? —Gabriel se levantó, acercándose a la ventana—. Yo elegí ser guardia civil. Creí que era vocación... hasta que entendí que era programación. Sujeto Alfa: guardián, protector, incapaz de mirar hacia otro lado.

Se giró.

—Pero aquí está lo extraordinario: saber la verdad no me quitó ese impulso. Me dio consciencia. Y la consciencia es el primer paso hacia la libertad.

Pilar había palidecido. Las manos —esas que habían firmado sentencias que marcaron época— temblaban.

—Si esto es cierto... entonces todo lo que soy es mentira.

—No. —Gabriel volvió a sentarse, esta vez más cerca—. Lo que eres es real. Tus logros, tus sentencias, tu sentido de la justicia... eso es tuyo. La mentira fue creer que Simón actuó por generosidad.

—Entonces... ¿por qué?

—Por control. Crear una generación de líderes incorruptibles, sí, pero también previsibles. Jueces que no se venden porque no pueden. Políticos eficientes porque no conciben el caos. Guardianes que protegen porque no saben hacer otra cosa.

Pilar cogió una página concreta. La leyó sin emitir sonido. Era su perfil psicológico a los doce años.

"Sujeto Beta muestra adhesión completa a figuras de autoridad moral. Recomendación: reforzar vínculo con RS."

—RS. Ricardo Simón... —susurró—. Creí que me eligió por mi talento.

—Te eligió antes de que nacieras. Como a todos.

El silencio se hizo denso. Gabriel notó cómo su mente trabajaba a toda velocidad, buscando fallos en la lógica. No los encontraría. La verdad, cuando es completa, no se tambalea.

—¿Y qué esperas que haga con esto?

—Lo que siempre haces: buscar la verdad. —Se inclinó hacia ella —. Pilar, eres brillante no por la programación, sino a pesar de ella. Has encontrado justicia donde otros veían trámites.

—Eso suena a halago barato.

—Es reconocimiento. —Le sostuvo la mirada—. No somos los mejores por haber sido diseñados. Lo somos porque tomamos ese diseño... y lo superamos. Tú no eres una máquina judicial. Eres una jueza. Y eliges cada día buscar la verdad.

Pilar se puso en pie bruscamente. Fue hasta la estantería y acarició el lomo de *El Principito*.

—¿Sabes por qué guardo este libro?

Gabriel negó con la cabeza.

—Por una frase: "Lo esencial es invisible a los ojos". —Se volvió hacia él—. He dedicado mi carrera a hacer visible lo invisible. Y ahora me dices que yo misma soy lo invisible.

—Te digo que puedes decidir qué hacer con esa verdad.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste al descubrirlo?

—Me rompí. —La sinceridad le pesó en el pecho—. Luego me reconstruí. Pieza a pieza. Conservar lo que era mío —la fe, el amor por Clara, el deseo de justicia— y desechar lo que era programa. No fue fácil. Aún no lo es.

Pilar regresó a la mesa. Esta vez tomó los documentos con calma, sacó una libreta de algún cajón y empezó a tomar notas.

—Si saco esto a la luz... si actúo... destruiré todo lo que Ricardo construyó.

—Desenmascararás una mentira. La justicia que representas seguirá siendo auténtica. Y en el fondo, creo que incluso Ricardo lo sabe.

—Él me hizo quien soy.

—No. —Gabriel fue claro—. Él puso los cimientos. Tú levantaste la catedral. Ahora decides si esa catedral sirve a la verdad... o al engaño.

Pilar lo miró de otra forma. Quizá respeto. Quizá reconocimiento.

—¿Los otros lo saben? ¿Los cuarenta y cuatro?

—No. Siguen creyendo que son especiales por mérito. —Dudó—. Hay otra. Lucy. La Omega. Pero a ella... el proceso la rompió más. Es consciente, pero está rota.

—¿Y qué pretendes? ¿Formar un club de cobayas conscientes?

—Pretendo que uses tu brillantez para lo de siempre: buscar la verdad y hacer justicia. —Gabriel se puso de pie—. Solo que esta vez... la verdad también te incluye a ti.

Pilar se acercó a la ventana.

—Necesito tiempo. Para procesarlo. Para verificarlo.

—Por supuesto. —Gabriel se dirigió a la puerta—. Una cosa más.

Ella lo miró.

—La programación nos dio herramientas extraordinarias: memoria, lógica, intuición. —Sonrió, con tristeza—. Pero lo que hacemos con ellas… eso es elección. Y tus elecciones son tuyas. Solo tuyas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque si la programación fuera perfecta, yo no estaría aquí. Estaría cumpliendo órdenes. —Abrió la puerta—. Y tú ya habrías descartado todo esto sin pensarlo.

Se miraron a través del umbral. Dos piezas del mismo experimento, por fin conscientes.

—Comandante… Gabriel. —La primera vez que usaba su nombre —. Si decido actuar, necesitaré algo más que documentos. Necesitaré testimonios, pruebas legales, una estrategia impecable.

—Lo tendrás. Hay gente trabajando en ello. Gente limpia.

—¿Y Simón?

—Sigue convencido de que su obra es perfecta. Que lo controla todo. —Gabriel sonrió con amargura—. Su único punto ciego: no previó que la consciencia, una vez despierta, siempre busca la libertad.

Pilar asintió, despacio.

—Déjame tu número. Te llamaré cuando esté lista.

Gabriel le entregó una tarjeta. Solo había un número.

—Sé que duele. Pero al otro lado del dolor... está la libertad. La de verdad. La que se elige.

Salió sin esperar respuesta. En el rellano, mientras el ascensor descendía, escuchó un sollozo ahogado tras la puerta.

Pilar Montalbán, la Beta perfecta, había comenzado su propia ruptura.

Y tal vez, con ella, el castillo de naipes de Simón empezaba a caer.

Cuando el ascensor se abrió con su timbre oxidado, Gabriel susurró una oración silenciosa. Por Pilar. Por los que aún no sabían que eran hermanos. Por las víctimas que creían ser verdugos.

Por la verdad. Esa que siempre, tarde o temprano, encuentra su camino.

Incluso a través de las mentes mejor programadas.

63

Madrid, despacho de Pilar Montalbán – 8 de mayo de 2030, 04:47 h

La madrugada se colaba por las rendijas de las persianas como dedos de niebla, tiñendo de gris el despacho donde Pilar Montalbán libraba su propia guerra contra la cordura. Llevaba tres días sin salir de allí. Sin dormir. Porque dormir era bajar la guardia. Y bajar la guardia era aceptar que, quizá, toda su vida había sido una mentira cuidadosamente diseñada.

Los documentos que Gabriel Ferrer le había dejado estaban esparcidos por el suelo de roble como piezas de un puzle maldito. Cada página rasgaba un pedazo de su pasado. Ella, en el centro del caos, con el traje de chaqueta arrugado, el maquillaje desvanecido y el pelo —antes impecable en los tribunales— convertido en una maraña que delataba su caída libre. Las ojeras no eran solo fatiga. Eran duelo. El de la mujer que había creído ser.

El portátil zumbaba con esa constancia que ya parecía un mantra. Pilar navegaba por archivos que no debían existir, buceando entre capas de burocracia y contraseñas. Su acceso privilegiado había sido la llave; la obsesión, el motor. Exhumaba cadáveres digitales buscando respuestas.

Y allí estaba. En la pantalla. Pixelado, frío, definitivo: **expediente 1984/CM/023**.

Pilar Montalbán, nacida el 15 de marzo de 1984. No en el Hospital de Segovia como siempre creyó —¿o le habían hecho creer?—, sino en una clínica privada de Burgos que no figuraba en ningún registro sanitario. Los padres, esos espectros de un funeral infantil difuso, constaban como "sujetos de apoyo temporal". Una frase que le heló la sangre.

Un informe fechado cuando tenía cuatro años decía: "Desarrollo conforme a parámetros esperados. Muestra excepcional capacidad de retención y análisis. Recomendación: incrementar estímulos cognitivos. Iniciar protocolo Beta-7 en próximo ciclo."

Beta-7. El mismo código que Gabriel había pronunciado como si invocara algo oscuro. Sus dedos temblaron mientras tecleaba una nueva búsqueda. El sistema de encriptación era complejo, una maraña de números y símbolos. Pero su mente —esa mente que ahora comprendía diseñada para esto— lo descifró con una precisión que le resultó tan natural como aterradora.

Lo que apareció en la pantalla la hizo levantarse de golpe. La silla rodó y golpeó la pared. Archivos. Decenas. No, cientos. Todos con la misma estructura clínica: iniciales, fecha de nacimiento, código de protocolo. Y entre ellos, nombres que ya no eran solo personas, sino piezas de un tablero invisible:

Gabriel Ferrer, 1981/GF/001, Protocolo Alpha-1.
Borja Aguirre, 1985/BA/041, Protocolo Gamma-3.
Andrea Rey, 1987/AR/067, Protocolo Delta-5.

Cuarenta y siete expedientes en total. Cuarenta y siete vidas moldeadas, programadas, manipuladas. Marionetas moviéndose en un juego que desconocían, creyendo decidir mientras obedecían órdenes insertadas antes incluso de nacer.

El teléfono sonó como un disparo. Las 05:15. No era hora de llamadas casuales. Era la hora de los secretos.

El identificador mostraba un nombre conocido: **Joaquín Bermúdez**.

—¿Joaquín? —preguntó, la voz ronca, oxidada por el silencio.

—Pilar, perdona la hora —respondió él, arrastrando las palabras como quien lleva demasiadas verdades a cuestas—. ¿Estás bien? El conserje del Supremo dice que no has salido del despacho en tres días.

Paranoica. La palabra se le instaló en la mente como un eco. Miró alrededor. ¿Cámaras? ¿Micrófonos? ¿Ojos en la sombra? ¿La estaban vigilando? ¿Sabían ya lo que había visto?

—Estoy... con un caso complicado —murmuró. La mentira le supo a metal.

—Pilar —la voz de Bermúdez bajó un tono—. Sé que algo ha cambiado. Lo sé porque a mí también... Tenemos que hablar. En persona. No por teléfono.

La llamada se cortó antes de que pudiera decir nada. El zumbido del portátil volvió a llenar la sala. Y el peso de la verdad cayó sobre ella como una losa.

64

Madrid, despacho de Joaquín Bermúdez — 8 de mayo de 2030, 06:30 h

El amanecer se colaba entre las lamas de las persianas como dedos acusadores. Iluminaban las cajas apiladas en el suelo, rescatadas por Bermúdez de los archivos muertos con la devoción de un penitente.

Sobre el escritorio de caoba —testigo de tantas rendiciones— se alineaban las copias compulsadas que el notario Ernesto Villagrán había validado apenas dos horas antes.

Villagrán era de otra época. De esos hombres a los que la palabra empeñada les pesaba más que cualquier cláusula. A sus setenta y cuatro años, aún conservaba la dignidad de quien jamás rompió una promesa. Abrió su despacho a las cuatro de la mañana sin pedir explicaciones, aunque su mirada decía que las tenía todas.

—Joaquín —dijo mientras estampaba el sello notarial sobre cada página—. Tu cara es un mapa de culpa. Solo dime que merece la pena.

—Es lo único decente que he hecho en mi vida, Ernesto.

Ahora, con los documentos guardados en la caja fuerte como reliquias profanas, Bermúdez observaba en silencio. No llevaba la marca genética. No era uno de los elegidos. Peor aún: había sido

cómplice por elección. Cerró los ojos. Ambición. Miedo. Silencio. Las razones de siempre.

El móvil vibró sobre la mesa. Pilar Montalbán.

—¿Tu despacho o el mío? —preguntó ella, con esa urgencia que solo conocen quienes han visto tambalearse su mundo.

—El tuyo. En veinte minutos.

Bermúdez eligió una carpeta. No contenía su expediente —él no tenía uno en el programa—. Era peor: reunía las pruebas de su complicidad. Firmas estampadas con plena conciencia. Archivos enterrados mientras las madres buscaban a sus hijos.

Madrid, despacho de Pilar Montalbán — 8 de mayo de 2030, 06:55 h

El desorden era un grito. Para alguien programada para la perfección, aquel caos revelaba un terremoto interior. Documentos esparcidos, libros abiertos, una pared cubierta de esquemas. Y ella, erguida junto a la ventana, como una centinela a punto de romperse.

—Has estado tirando del hilo —dijo él.

Pilar se giró. En su mirada, Bermúdez vio el abismo de quien se descubre por dentro.

—Y tú también —respondió, señalando la carpeta—. ¿Qué traes?

—La verdad sobre mí mismo. —Se la ofreció. Le temblaban las manos—. No soy como tú. No formo parte del experimento. Soy peor: decidí mirar hacia otro lado.

Ella hojeó los documentos. Bermúdez la observó en silencio. Pilar había diseccionado su vida como si fuera un cadáver sobre una mesa forense. Cada memoria falsa, expuesta. Cada mentira, desmontada.

—Dios mío, Joaquín... —murmuró, sin levantar la vista—. Firmaste internamientos. Sabías lo que hacían con ellos.

—Lo intuía. Pero no quise saber. Me contaron que era por el bien del país. Que España necesitaba líderes puros. Y yo... yo quería creer que lo mío era mérito propio.

Pilar lo escrutó, quirúrgica. Pero ya no había juicio, sino algo peor: reconocimiento.

—¿Sabes qué es lo más perverso? —Se acercó al esquema trazado en la pared—. Que tu corrupción fue libre. La mía, programada. Tú elegiste claudicar. Yo no puedo evitar buscar la verdad.

—Por eso estoy aquí —dijo Bermúdez, sentándose con el peso de los años—. Porque quiero hacer lo correcto. Francisca me enseñó que aún es posible.

—El protocolo Beta-7 —dijo ella, extrayendo un documento—. «Adhesión compulsiva a la verdad procesal». ¿Sabes qué significa eso? Que aunque sé que no soy del todo real, no puedo evitar encontrar fallos, grietas legales, vicios de forma. Es mi don. Y mi cadena.

—Y nuestra ventaja —dijo Bermúdez. Por primera vez en años, algo parecido a la esperanza se coló entre sus palabras—. Tú no puedes dejar de buscar la verdad. Y yo conozco el sistema por dentro.

—Podemos usar sus propias armas contra ellos —dijo Pilar. Sus ojos brillaban con furia lúcida—. Hoy llegará una orden judicial. Quieren que firme el cierre del caso Montgrí. Pasó por mi sala. Necesitan mi rúbrica.

—¿Y la vas a firmar?

—No si encuentro errores procesales. Y los voy a encontrar. Uno por uno. Es lo que hago. Es lo que soy.

—Simón se dará cuenta.

—Simón cree que nos conoce. —Pilar empezó a recopilar documentos—. Pero cometió un error: pensó que sus creaciones jamás se volverían contra él.

Bermúdez sintió el peso de todo lo que había callado. Pero también, por fin, una dirección.

—Necesito los expedientes originales —ordenó Pilar, sin levantar la voz—. Todos los casos de desapariciones entre 1980 y 2010. Los auténticos. No los informes maquillados.

—¿Para qué?

—Para construir un caso que ni ellos puedan tumbar. Tú sabes dónde están enterrados los cuerpos. Y yo... yo no puedo evitar desenterrarlos.

—Juntos podemos hacer lo que debimos hacer desde el principio.

Se miraron. Dos cómplices de lo inevitable. Ella, esclava de una verdad impuesta. Él, verdugo voluntario que había olvidado que tenía alma.

—Joaquín... ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años?

Pensó en Laura. En los nombres archivados. En los ojos vacíos de tantas madres.

—Porque descubrí que participé en el asesinato de Laura, la madre de Gabriel. —La voz se quebró, rota por dentro—. Simón me confesó que no fue un accidente. He sido un monstruo, Pilar. Pero tal vez... aún puedo elegir dejar de serlo.

—¿Ricardo fue capaz de eso? —preguntó ella, hundiéndose en su silla—. ¿Cómo pude admirarlo tanto?

El día apenas había comenzado.

65

Madrid, Tribunal Supremo – 9 de mayo de 2030, 14:30 h

Los pasillos del Supremo conservaban ese eco solemne de catedral laica, donde cada paso parecía pesar un siglo. Pilar Montalbán avanzaba con precisión quirúrgica, los tacones marcando un compás firme sobre el mármol. Seis horas de sueño. Suficiente para parecer inquebrantable. El maquillaje y la costumbre hacían el resto.

Bajo el brazo, una carpeta. Dentro, su primera jugada. La orden de archivo del caso Montgrí había llegado a primera hora, tal como predijo. Firmada por el fiscal general adjunto, refrendada por dos magistrados. Impecable en apariencia. Pero Pilar había detectado una anomalía. Menor. Apenas un detalle. El tipo de error que un protocolo Beta-7 no dejaba pasar por alto.

Doblando la esquina del ala oeste, se topó con Borja Aguirre.

Cuarenta y cinco años, seguridad de serie. Traje de diez mil euros, reloj que valía lo que el sueldo de un juez, y esa sonrisa afilada que se cultiva en los consejos de administración. Secretario de Estado de Economía. Uno de los arquitectos de la "nueva España".

—Pilar. Qué alegría verte —dijo, voz envolvente, de las que convencen a mercados enteros—. Precisamente iba a buscarte.

Ella evaluó. Medio segundo bastó. Borja. Clasificación Gamma-3. Perfil de liderazgo empresarial. Ambición como módulo de base. De los cuarenta y siete, era el que más cómodo parecía en su papel.

—Borja. No sabía que el Supremo entraba en tu agenda.

—Reunión con el presidente del Tribunal —dijo, alzando una carpeta idéntica—. Proyecto de digitalización judicial. Inteligencia artificial, blockchain, eficiencia absoluta…

—Y control absoluto —añadió Pilar, sin poder evitarlo.

Borja entrecerró los ojos. Apenas un segundo. Suficiente.

—Control no, optimización —corrigió, dando un paso más, invadiendo su espacio—. Por cierto, me han dicho que llevas tres días sin salir de aquí. Ni siquiera tú deberías trabajar tanto.

La pausa antes de "ni siquiera tú" fue quirúrgica. Pilar sintió la fricción interna: el Beta-7 exigía transparencia, pero la supervivencia pedía sigilo.

—Un caso complejo. Ya me conoces… los detalles me pueden.

—La mítica meticulosidad de Pilar Montalbán —sonrió, sin alegría en los ojos—. Curioso, varios hemos notado cierta… intensidad en ti últimamente. Como si te inquietara algo más allá de lo legal.

Varios. La palabra flotó, pesada. ¿Sabía Borja? ¿O hablaba simplemente del círculo de poder que orbitaba a Simón?

—La justicia me preocupa en todos sus niveles, Borja. Esa es la diferencia entre un jurista y un algoritmo.

Borja rio. Sin alma.

—Algoritmo. Bonita palabra. —Consultó su reloj—. Me tengo que ir. Pero, Pilar… —la miró de frente—. En el ajedrez, las piezas que entienden su lugar sobreviven. Las otras, bueno… ya sabes.

Se alejó, dejando tras de sí su estela de colonia de lujo y amenaza velada.

Pilar esperó a que desapareciera antes de permitir que el temblor le alcanzara. No quedaba duda: había sido una advertencia. Pero ¿de quién? ¿Borja actuaba solo o cumplía órdenes?

Madrid, Sala de Reuniones del Tribunal Supremo – 9 de mayo de 2030, 15:00 h

A la sala de reuniones la impregnaba ese olor a madera encerada y decisiones que cambian países. Alrededor de la mesa ovalada, cinco magistrados. Cada uno con su copia de la orden de archivo. Pilar, en su sitio habitual, tenía las manos sobre la carpeta que contenía su bomba procesal.

—El asunto es claro —dijo el magistrado Herrera, el más veterano —. Defectos de forma en Montgrí. La Fiscalía recomienda el archivo. Nada que discutir.

Los otros asintieron sin levantar la vista. Pilar los observó uno a uno. ¿Cuántos de ellos sabían lo que eran? ¿Cuántos lo ignoraban?

—He revisado el expediente —dijo, tono neutro—. Hay puntos que requieren aclaración antes de decidir.

Herrera frunció el ceño.

—¿Aclaración? Pilar, esto es un trámite. Todo está claro.

—Justamente por eso. —Abrió la carpeta—. Página 47: la hora de intervención no concuerda con los registros de los vehículos oficiales. Treinta y siete minutos que nadie ha explicado.

—Irrelevante —bufó la magistrada Solís.

—En derecho procesal no hay irrelevancias —replicó, pasando otra hoja—. Además, tres testigos citados en el informe inicial han desaparecido del sumario. Ni rastro de ellos.

Lo que siguió fue un despliegue quirúrgico. Jurisprudencia, contradicciones, omisiones documentales. Pilar conocía el juego mejor que nadie. Su programación no le permitía dejar pasar una sola fisura.

—Estás convirtiendo un trámite en una guerra —espetó Herrera al fin.

—Estoy cumpliendo con mi obligación. —Su voz era hielo—. A menos que sugiera ignorar irregularidades por comodidad. Lo cual sería…

—Nadie ha dicho eso —la interrumpió, consciente de que todo quedaba grabado—. Pero tu nivel de celo roza lo patológico.

—Propongo —dijo, sin pestañear— pedir a Fiscalía la documentación faltante. Una semana. Si no justifican las discrepancias, evaluamos si procede archivar... o investigar más a fondo.

Silencio. Todos sabían que intentaba ganar tiempo. Pero su lógica era impecable. Y nadie quería parecer parcial en una sala bajo grabación constante.

—Que conste mi oposición —murmuró Herrera—. Pero si la magistrada insiste...

—Insisto.

—Una semana entonces —concedió, mirándola con un rencor que rozaba el desprecio—. Espero que sepas lo que estás haciendo, Pilar.

66

Madrid, despacho de Pilar Montalbán — 9 de mayo de 2030, 16:30 h

De vuelta en su despacho, Pilar se permitió un respiro. Había ganado una semana. No era mucho, pero en el ajedrez judicial, a veces un peón cambiaba toda la partida.

El móvil seguro —el que había comprado esa mañana en efectivo — vibró sobre la mesa.

—¿Pilar? —La voz de Gabriel sonaba aliviada—. Bermúdez me ha contado lo de vuestra reunión. ¿Estás bien?

Una pregunta sencilla. Pero la respuesta no lo era.

—Sobreviviendo. He bloqueado la orden de archivo. Tenemos siete días más.

—Una jugada brillante.

—Borja no se lo ha tragado. Me ha lanzado una amenaza disfrazada de cortesía.

—¿Crees que sabe algo del proyecto?

—No lo creo. Si lo supiera, su reacción habría sido otra. Más... inquisitiva. Borja es de los que veneran el poder, venga de donde venga. Si supiera que ha sido diseñado, lo vería como una prueba de su propia superioridad.

—Cuidado. Si Simón empieza a sospechar...

—Ya lo hace. —Pilar cerró los ojos un instante—. La cuestión es cuánto va a tardar en mover ficha.

Madrid, despacho de Ricardo Simón — 9 de mayo de 2030, 18:45 h

Ricardo Simón observaba los informes desperdigados sobre su escritorio como un general ante un tablero de guerra.

Tres anomalías. En una sola semana.

Primero, la visita de Gabriel a Pilar.

Segundo, el comportamiento errático de ella los últimos días.

Tercero, el bloqueo inesperado de una orden de archivo rutinaria.

Aislados, eran detalles. Juntos, un patrón.

Simón no llevaba décadas sobreviviendo en las cloacas del poder creyendo en coincidencias.

Marcó un número que pocos conocían.

—¿Joaquín? Soy Ricardo. ¿Tienes un minuto?

Esperó. La respuesta afirmativa llegó rápido.

—He notado cierta... tensión en Pilar. ¿Has visto algo fuera de lo normal?

La pausa fue mínima. Pero suficiente.

—Bueno, ya sabes cómo es con los procedimientos. A veces se le va la mano con el control.

—Sí, su adorado protocolo Beta-7 —dijo Simón con voz neutra, pero midiendo la reacción al milímetro.

Otra pausa. Esta, más prolongada.

—¿Cómo dices?

—Nada, una broma entre nosotros. —Pero Simón ya tenía lo que quería. Bermúdez sabía. No todo, quizá, pero algo—. ¿Deberíamos preocuparnos?

—Pilar es la magistrada más brillante que tenemos. Si está actuando con más cautela de lo habitual, seguro que tiene motivos.

—Motivos. —Simón sonrió sin alegría—. Seguro que sí. Gracias, Joaquín. Seguimos en contacto.

Colgó despacio. Algo se había fracturado en su arquitectura perfecta. Dos de sus mejores piezas mostraban... ¿conciencia? ¿Rebeldía? ¿Evolución?

Se levantó y empezó a caminar por el despacho.

Fascinante. Y aterrador.

Volvió al escritorio. Abrió un archivo que no consultaba desde hacía años: **"Protocolos de contención"**.

Porque incluso los dioses necesitan planes para cuando sus criaturas se rebelan.

La cuenta atrás había comenzado.

Y Ricardo Simón, arquitecto del Código, tendría que decidir: ¿libertad o eliminación?

O quizá, muy en el fondo, una parte de él llevaba tiempo esperando este momento.

El instante en que sus creaciones lo superaran.

Porque no hay mayor triunfo para un creador... que ser vencido por su obra.

El reloj marcaba las siete.

67

Madrid, domicilio de Joaquín Bermúdez – 9 de mayo de 2030, 19:15 h

El auricular aún desprendía ese calor tenue que dejan las llamadas que dividen la vida en dos mitades. Joaquín Bermúdez lo dejó sobre el soporte como quien maneja un explosivo inestable. Sabía que acababa de sellar su destino.

La voz de Ricardo Simón seguía repicando en su cabeza, nítida como una campana fúnebre: «Su querido protocolo Beta-7». No era una advertencia. Era una sentencia.

Ricardo lo sabía.

El apartamento de la calle Velázquez, que durante años había sido su refugio frente a las tormentas del poder, ahora se transformaba en escenario de su último acto como hombre libre. Se sirvió un brandy —el Hennessy Paradis que reservaba para los momentos irreversibles— y lo observó como si pudiera adivinar en sus reflejos el desenlace.

No había margen. Si Ricardo sospechaba, movería ficha con la frialdad quirúrgica que lo caracterizaba: un choque en carretera, un paro cardíaco, un suicidio mal explicado. El catálogo de muertes limpias era amplio cuando se tiene medio sistema judicial comiendo de tu mano.

Bermúdez lo comprendió con esa lucidez que solo llega cuando la muerte te roza el cuello: si iba a caer, lo haría de pie. Y arrastraría a Ricardo Simón consigo.

Madrid, domicilio de Joaquín Bermúdez – 9 de mayo de 2030, 20:30 h

La caja fuerte oculta tras el Sorolla —una marina valenciana que costó más que un piso en Chamberí— cedió con la vieja combinación: 150584. La fecha en que firmó su primera sentencia amañada. Su pecado original convertido en clave diaria.

Dentro, lo que durante años había sido su condena. Y ahora, quizá, su redención.

Carpetas clasificadas por años. Dispositivos USB militares —diseñados para resistir incluso pulsos electromagnéticos—. Fotografías de reuniones que jamás existieron en los registros oficiales. Y, sobre todo, las órdenes.

Nunca quedaban por escrito. Pero él, con la desconfianza del corrupto meticuloso, las había transcrito después de cada encuentro. Fechas, horas, palabras textuales. Un diario de la infamia, con precisión notarial.

«Archivo el caso de los niños de Castellón. Son órdenes directas de Simón. Dice que el proyecto es prioritario sobre cualquier consideración legal». 12 de marzo de 2003.

«R.S. me pide que falle contra la madre en el caso de custodia 445/2007. La niña debe ir al centro. Parte del programa». 8 de septiembre de 2007.

Página tras página, su letra firme documentaba dos décadas al servicio de un sistema que había devorado la infancia de decenas de menores.

Pero había sido más cuidadoso aún: guardaba pruebas de las órdenes. Mensajes de texto, correos electrónicos impresos y, lo más letal, grabaciones.

Conectó el viejo grabador digital. El audio era tosco, pero la voz de Ricardo emergió sin duda posible:

—Joaquín, necesito que archives esto sin dejar rastro. Los niños del protocolo Beta requieren más tiempo de procesamiento.

—Ricardo, son menores. Las familias están desesperadas…

—Las familias no entienden que estamos diseñando el futuro de España. Tú sí lo entiendes, ¿verdad, Joaquín? Por eso estás donde estás.

Y su propia voz, más joven, más dócil, sellaba el acuerdo:

—Lo entiendo. Considéralo hecho.

Otra grabación, fechada el 21 de marzo de 2030:

«Hoy Simón me confesó lo de Laura. La madre de Gabriel Ferrer. No fue un accidente. "Fue necesario", dijo. "Era un riesgo para el proyecto". He sido cómplice de asesinato».

68

Madrid, domicilio de Joaquín Bermúdez — 9 de mayo de 2030, 21:45 h

El proceso fue meticuloso. Cada documento escaneado con resolución forense. Cada grabación copiada en múltiples formatos. Cada fotografía, catalogada con sus metadatos. Si iba a inmolarse, lo haría con la misma precisión con la que había destruido vidas desde su estrado.

Cinco copias. Una para la Fiscalía Anticorrupción. Otra para la Audiencia Nacional. La tercera, para el Defensor del Pueblo. La cuarta, para prensa internacional —The Guardian y *Le Monde* no solían temblar ante las represalias—. La quinta… la quinta era su as en la manga.

A las once, todo estaba listo. Se duchó con el esmero de quien se prepara para un ritual. Se afeitó con la navaja de su abuelo, magistrado de la República que murió en el exilio creyendo en la justicia. Se puso su mejor traje: el Brioni reservado para las vistas importantes. Y se miró al espejo.

A sus cincuenta y cuatro años, por primera vez en décadas, no sintió repulsión por el hombre que le devolvía la mirada.

Madrid, Comisaría de Centro — 10 de mayo de 2030, 00:15 h

La comisaría de la calle Leganitos dormitaba en el turno de noche. Bermúdez cruzó la puerta de cristal arrastrando una Samsonite negra. Dentro, dos décadas de pecados bien documentados.

El agente de guardia, un chaval de veintipocos con acné y sueño atrasado, lo observó con desgana. Hasta que oyó las primeras palabras.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle?

Bermúdez colocó su DNI sobre el mostrador con la solemnidad de una confesión.

—Joaquín Bermúdez. Magistrado del Tribunal Supremo. Vengo a entregarme por prevaricación continuada, cohecho, encubrimiento y asociación ilícita.

El agente parpadeó, como si acabaran de hablarle en chino.

—Perdone, ¿puede repetir?

—Y despierte a su superior. Esto es urgente. —Su tono no admitía réplica—. Que lo documenten todo. Cada palabra. Cada gesto. No quiero acabar cayéndome por las escaleras.

Madrid, Comisaría de Centro — 10 de mayo de 2030, 02:30 h

La sala de interrogatorios había visto de todo. Pero pocas veces alguien confesaba con tanta precisión.

El inspector jefe Rivera, aún con cara de almohada, y la fiscal de guardia, Patricia Vázquez, escuchaban sin parpadear. Bermúdez relataba su historial como quien lee un sumario.

—Así funcionaba el sistema —decía, mientras las grabadoras hacían su trabajo—. Ricardo Simón detectaba los casos sensibles: desapariciones, madres desesperadas, investigaciones que se acercaban demasiado al Proyecto. Me los derivaba. Yo me encargaba de enterrarlos en el sistema.

—¿Y nadie sospechaba? —preguntó la fiscal, incapaz de ocultar el espanto.

—Todos sospechaban. Pero sospecha no es prueba. Y yo era experto en defectos de forma, tecnicismos, callejones sin salida

judicial. —Señaló la maleta—. Ahí tienen veintidós años. Cada caso. Cada orden. Cada niño al que condené.

—¿Por qué ahora? —insistió Rivera, exhausto.

Bermúdez respiró hondo.

—Porque descubrí que participé en un asesinato. Porque Pilar Montalbán y otros intentan hacer lo correcto, y Simón no les dará tiempo. Porque… —Se le quebró la voz—. Porque quiero volver a mirarme al espejo sin arcadas.

—Tendremos que verificarlo todo —anunció la fiscal.

—Por supuesto. —Abrió la maleta—. Está todo ordenado por fecha. Cada documento tiene su prueba de autenticidad. Las grabaciones incluyen análisis de voz. Y esto… —sacó un sobre lacrado—. Esto es mi testamento. Por si tengo un "accidente" en las próximas horas. La prensa internacional también tiene copia. Que conste.

La fiscal y el inspector cruzaron miradas. Sabían lo que significaba.

—Señor Bermúdez, dada la gravedad y los riesgos, va a ser detenido formalmente. También activaremos medidas especiales de seguridad.

—Gracias. Una última cosa —añadió, mirando a ambos—. Quiero ejercer mi defensa. Y solicito que el caso lo instruya Pilar Montalbán.

—Eso no depende de usted…

—Nada en este caso es normal, inspector. Pero Pilar es la única juez en quien confío. Y cuando lean esos papeles, entenderán por qué.

69

Madrid, Audiencia Nacional – 10 de mayo de 2030, 07:00 h

La noticia corrió como pólvora por los pasillos del poder judicial. A las siete de la mañana, cuando los primeros magistrados cruzaban las puertas de sus despachos, el nombre de Joaquín Bermúdez ya susurraba en cada conversación.

Pilar Montalbán recibió la llamada oficial a las 7:15.

—Magistrada Montalbán, soy el secretario judicial. Tenemos una situación sin precedentes. El magistrado Bermúdez se ha entregado esta madrugada con un expediente de... —la voz vaciló—. Señoría, tiene que venir de inmediato.

Pilar sintió cómo el tablero se reordenaba con una violencia inesperada. Joaquín había saltado. No el salto previsto, sino uno mucho más osado.

Madrid, Despacho de Pilar Montalbán – 10 de mayo de 2030, 08:30 h

Los documentos cubrían cada rincón de la mesa. Pilar llevaba hora y media devorándolos con esa concentración feroz que la definía. Cada página era una bomba. Cada grabación, un disparo directo al corazón del sistema.

Y entre el espanto, una emoción inesperada: respeto. Joaquín Bermúdez, el corrupto confeso, había hecho lo que ninguno se había atrevido. Saltar sin red.

El móvil vibró. Gabriel.

—¿Has visto las noticias?

—Estoy revisando las pruebas. Gabriel, esto lo cambia todo. Con lo que ha aportado Joaquín...

—Tenemos munición para hundir a Simón. Pero ahora el reloj corre más deprisa. Si se entregó anoche, Simón ya lo sabe. Y moverá ficha.

—Ha pedido que yo lleve su caso.

—¿Y lo vas a aceptar?

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Pilar notó, por primera vez, que su voluntad y su programación caminaban juntas—. Es la oportunidad perfecta. Un juicio público, pruebas, su testimonio...

—Ten cuidado. Simón no va a quedarse quieto.

—Ya no puede pararme, Gabriel. —Y al decirlo, supo que era cierto—. Ahora tengo las herramientas para hacerlo.

Madrid, Fiscalía General del Estado – 10 de mayo de 2030, 09:00 h

Ricardo Simón desayunaba su habitual tostada con aceite cuando sonó el teléfono. El director de la Policía Judicial no se anduvo con rodeos.

—Señor Fiscal, Joaquín Bermúdez se entregó anoche. Ha confesado. Todo. Y cuando digo todo…

Simón dejó la tostada con precisión quirúrgica. Años construyendo un imperio, y uno de sus pilares acababa de estallar desde dentro.

—¿Dónde está ahora?

—En dependencias judiciales. Con protección especial. Y ha entregado pruebas. Muchas.

Colgó. Y se quedó inmóvil durante exactamente tres minutos. Pensando. Calculando. Trazando un nuevo plan.

Bermúdez. Siempre tan predecible. La culpa, ese virus que nunca había logrado erradicar del todo, le había ganado la partida. Poético.

Marcó un número que solo usaba en emergencias.

—Te necesito. Una hora. Donde siempre.

Porque si Joaquín pensaba que su sacrificio bastaría, estaba a punto de descubrir que Ricardo Simón siempre tenía un plan B.

Madrid, Audiencia Nacional – 10 de mayo de 2030, 11:00 h

El auto de procesamiento era una obra quirúrgica. Pilar Montalbán lo había redactado con una mezcla de precisión legal y furia contenida.

> "HECHOS: Que el procesado, Joaquín Bermúdez, magistrado del Tribunal Supremo, confiesa haber participado durante veintidós años en una trama de corrupción judicial dirigida por el Fiscal General del Estado, Ricardo Simón, con el fin de encubrir los delitos relacionados con el denominado 'Proyecto Génesis'…"

Cada párrafo apretaba la soga. Cada línea cerraba el círculo.

—Señoría —asomó su secretario—. El procesado solicita verla. Dice que es urgente.

Pilar lo encontró en la sala de abogados. En sus ojos, una calma que nunca antes había visto.

—Gracias por aceptar, Pilar.

—¿Por qué lo hiciste así, Joaquín? Teníamos un plan…

—El plan requería tiempo. Y anoche, Ricardo me llamó. Mencionó tu protocolo Beta-7. Sabe cosas. No todo, pero lo suficiente. Si esperábamos una semana más...

—¿Crees que actuará?

—No lo creo. Lo sé. Por eso me adelanté. Mi confesión es pública. Está en actas, en servidores judiciales, en copias enviadas a medios.

Ya no puede borrarla. Y lo más importante... —esbozó una sonrisa amarga—. He vinculado cada crimen mío con él. Si me pasa algo, sabrán a quién mirar.

—Te has convertido en su punto débil.

—Me he convertido en su veneno. Un veneno que él mismo cultivó durante décadas. Y ahora, tú serás la cirujana que lo extirpe.

—El juicio será...

—Histórico. Lo sé. Por eso te elegí. No solo por tu cabeza brillante, sino porque no sabes dejar las cosas a medias. Irás hasta el final. Porque no puedes hacer otra cosa.

Pilar sintió el peso... y la esperanza.

—¿Estás preparado? Simón no se anda con bromas.

—¿Matarme? —rió sin humor—. Puede ser. Pero cada día que pase con vida será un día más de testimonio. Y si me mata... a veces, un mártir pesa más que mil testigos.

Se miraron. El corrupto redimido. La incorruptible programada. Unidos por una causa común.

—Vamos a hundir a Simón —dijo Pilar.

—No. —Joaquín negó con suavidad—. Vamos a hacer algo mejor. Vamos a decir la verdad. Toda. Y que sea la verdad quien lo hunda.

Madrid, Despacho de Ricardo Simón – 10 de mayo de 2030, 14:00 h

Desde su atalaya, el Fiscal General contemplaba la ciudad. Abajo, los titulares ya hervían:

"Magistrado del Supremo confiesa red de corrupción."

"Acusan al Fiscal General."

"El sistema se tambalea."

El móvil no había dejado de sonar. Ministros nerviosos. Jueces con temblores. El edificio que había construido con esmero comenzaba a agrietarse.

Y aun así, Ricardo Simón sonreía.

Porque en el ajedrez, a veces hay que sacrificar una torre para ganar la partida.

Joaquín pensaba que se había adelantado. Pilar creía tener pruebas suficientes. Gabriel confiaba en que la verdad bastara.

Pero todos olvidaban un detalle esencial:

Él había diseñado el tablero.

Y siempre, siempre, guardaba una última jugada.

70

Madrid, sede de la Fiscalía General del Estado – 10 de mayo de 2030, 16:00 h

El atrio de la Fiscalía se había convertido en un escenario de guerra. Cuarenta micrófonos erizados frente al atril como bayonetas; cámaras de todas las cadenas, alineadas como francotiradores esperando el disparo. Ricardo Simón convocó la rueda de prensa con solo dos horas de antelación. Nadie quiso perdérsela.

A las cuatro en punto, el fiscal general cruzó la puerta principal. Traje gris sin una arruga, corbata azul sobria. No parecía un hombre acorralado. Parecía un general a punto de abrir fuego.

—Buenas tardes —dijo, firme, sin acercarse al micrófono—. Comparezco ante ustedes, y ante todos los españoles, para defender no solo mi honor, sino algo mucho más importante: la verdad. Frente a la mayor operación de manipulación política que ha vivido nuestro país en democracia.

Pausa medida. Las cámaras tragaban cada gesto.

—Esto no es justicia. Es venganza política. —Dejó que las palabras calaran—. Durante meses, junto a jueces y fiscales valientes, hemos destapado la corrupción que llevaba décadas escondida. Casos enterrados, archivados, silenciados. Y lo hicimos devolviendo algo que muchos creían perdido: la esperanza.

Un periodista intentó intervenir. Simón levantó la mano, con naturalidad autoritaria.

—Déjenme terminar. Luego responderé a todo.

Inspiró hondo.

—¿Y cuál ha sido la respuesta del poder? Esto. Una campaña de difamación dirigida desde las alturas. Orquestada. Precisa.

El tono cambió. Más personal. Más punzante.

—Joaquín Bermúdez. —Pronunció el nombre con una mezcla de decepción y teatralidad—. Un magistrado al que consideré amigo. Que ahora aparece con una confesión que, qué casualidad, solo me salpica a mí. ¿No les resulta curioso?

Hizo una pausa breve.

—Voy a ser claro. Pedro Sánchez y su Gobierno están nerviosos. Porque los ciudadanos han empezado a despertar. Ya no se conforman. Ya no tragan con promesas vacías. Exigen justicia de verdad, no parches ni titulares.

—¿Saben cuántas condenas por corrupción hemos conseguido en tres meses? Cuarenta y siete. Más que en los tres años anteriores. ¿Y cuánto dinero público hemos recuperado? Trescientos millones de euros. Trescientos. Robados al pueblo. Devueltos al pueblo.

Avanzó un paso. Bajó la voz.

—Y justo ahora, cuando empezamos a limpiar el sistema, aparece un magistrado "arrepentido" diciendo que todo era cosa mía. Uno cuya hija, por cierto, trabaja en el Ministerio de Igualdad. Todo encaja. Todo conecta.

Se irguió.

—Pero lo más grave no es que vayan a por mí. Lo grave es el mensaje. Nos están diciendo: "No os atreváis. No remováis nada. Aceptad lo que hay".

¿Les suena? A mí sí. Venezuela. Nicaragua. Lugares donde quien planta cara al poder es barrido. No con balas, con mentiras.

El golpe surtió efecto. Algunos periodistas asintieron casi sin darse cuenta.

—Miren los datos. No mis palabras. Los datos. —Alzó un gráfico —. Desde que comenzamos esta cruzada: el paro juvenil baja por primera vez en diez años. La ocupación ilegal, un 60% menos. Condenas por violación, un 200% más. ¿Por qué? Porque dejamos de archivar casos por "falta de pruebas" cuando las pruebas estaban ahí.

—¿Y qué hace el Gobierno? ¿Apoyar? No. Atacar. Porque prefieren un sistema donde ellos mandan sobre la justicia, en lugar de una justicia que funcione.

Se quitó las gafas. Vulnerabilidad calculada. Miró a cámara.

—Españoles que me escucháis: sé que estáis hartos. De que vuestros hijos no encuentren trabajo. De que no lleguéis a fin de mes. De que os prometan el oro y el moro y luego os den las sobras. Yo también estoy harto. Por eso di el paso.

—Y por eso me quieren destruir. Porque saben que si caigo yo, cae lo único que de verdad amenaza el sistema.

Pero no van a lograrlo. —Se colocó las gafas con gesto firme—. Porque la verdad pesa más que sus mentiras. Los hechos más que sus trampas. Y porque vosotros ya habéis abierto los ojos. Y eso, señores, no se puede desver.

—Esta es mi guerra. Entre los que luchamos por un país limpio y los que viven del chanchullo. Entre quienes creemos en el esfuerzo y quienes maman del enchufe. Entre la España que madruga y la que cobra sin dar un palo.

Se giró. Dio unos pasos. Parecía que terminaba. Pero se detuvo.

—Ah, y señor Sánchez —añadió, girándose hacia la cámara—. Sé que está viendo esto desde Moncloa. Intente lo que quiera. Podrá destruirme, pero no puede matar una idea. Lo que hemos iniciado no tiene marcha atrás. Y si tengo que caer para que España despierte, caeré con honor. No como usted, que gobierna sin votos, sin dignidad y sin alma.

—Ahora sí. Responderé a sus preguntas.

Las reacciones

El primero fue Iván, de *El Mundo*.

—Señor Simón, ¿está usted acusando directamente al presidente del Gobierno de manipular el sistema judicial?

—Estoy presentando hechos. Fechas, nombres, vínculos. Que cada español saque sus conclusiones.

María Torrente, de *La Sexta*, se lanzó:

—Las pruebas de Bermúdez son bastante detalladas. Hay grabaciones...

—¿De hace veinte años? ¿Sin cadena de custodia? ¿Que aparecen justo ahora? —Simón sonrió como quien escucha una broma—. En mis tiempos, eso se llamaba prueba contaminada.

Carlos Mendoza, de *ABC*:

—¿Y sobre Montgrí? ¿Las acusaciones de experimentación con menores?

—Montgrí fue un centro pionero. ¿Hubo errores? Posiblemente. ¿Una red criminal? En absoluto. Y qué coincidencia: los únicos testigos son una joven con historial psiquiátrico y un comandante recién suspendido por "irregularidades". Muy conveniente todo.

Durante cuarenta minutos, Simón capeó preguntas como un maestro de esgrima. Cada ataque rebotaba. Cada dato, sembrado de dudas. Cada respuesta, calibrada para que el titular lo escribiera él.

71

Madrid, bar El Comercial — 10 de mayo de 2030, 17:00 h

En el bar de la Glorieta de Bilbao, la clientela habitual seguía la rueda de prensa en la pantalla gigante. Jubilados, funcionarios saliendo del curro, estudiantes con sus cañas. El microcosmos de la España urbana.

—Tiene razón el tío —dijo Manolo, fontanero prejubilado—. Esto huele a chamusquina. Justo cuando empiezan a meter mano a los mangantes, ¡zas!, escándalo al canto.

—Pero las pruebas... —intentó Leticia, profesora de instituto.

—¿Qué pruebas? —la cortó Juan Luis, taxista—. Solo veo a un tipo soltando lo que interesa justo cuando al Gobierno le viene bien. Como lo de los ERE. Iban a trincar a los gordos, y de pronto, ¡COVID!

La camarera, Rocío, se metió en la conversación mientras servía:

—Mi primo es guardia civil. Dice que en los cuarteles están con Simón. Que por fin alguien les deja currar sin politiqueo.

—¡Exacto! —Manolo golpeó la barra—. Mira lo de los okupas. Antes ni con agua hirviendo. Ahora, fuera en 48 horas. Eso es un fiscal, no los de siempre, que están vendidos.

Redes sociales — 10 de mayo de 2030, 17:30 h

Twitter ardía:

@ciudadano_harto: «Por fin alguien dice las verdades. Simón presidente YA #LaVerdadDuele #SimónTieneRazón»

🔁 15.2K ❤️ 45.7K

@progre_indignada: «Fascismo puro y duro. Un corrupto acusando a otros de conspiración. Este país da asco»

🔁 8.4K ❤️ 22.1K

@madre_trabajadora: «No sé si es corrupto o no, pero desde que está Simón mi ex paga la pensión. Antes se reía de la justicia»

🔁 32.5K ❤️ 89.3K

Los hashtags #SimónResiste y #GobiernoCorrupto se disputaban el trending topic. En WhatsApp, los grupos echaban humo. Los foros hervían.

Un sondeo exprés de *El Español* mostraba: 47% creía a Simón, 31% a Bermúdez, 22% no sabía.

Moncloa — 10 de mayo de 2030, 18:00 h

Pedro Sánchez seguía los informativos rodeado por su gabinete de crisis. En las caras, incredulidad y alarma.

—Es un golpe maestro —admitió Iván Redondo desde la pantalla, en videoconferencia—. Ha cambiado el marco. Ya no se habla de su corrupción, sino de una conspiración contra él.

—¿Cómo respondemos? —preguntó la portavoz.

—Si respondemos con dureza, validamos su discurso —dijo Redondo—. Si callamos, parece que ocultamos algo.

Sánchez se frotó las sienes.

—¿Y los medios?

—Divididos. Los conservadores le dan aire. Los progresistas le atacan, pero suena a lo de siempre. Los independientes… dudan.

—¿La calle?

El ministro del Interior carraspeó:

—La extrema derecha ha convocado manifestaciones para mañana. «Contra la mafia política». Esperamos entre 50.000 y 100.000 personas en Madrid.

—Madre mía...

—Presidente —intervino la vicepresidenta—. Hay que andar con pies de plomo. Un error y esto se convierte en un marzo del 2004… pero al revés.

Televisión Española — 10 de mayo de 2030, 21:00 h

El especial en La 1 era un ring de boxeo dialéctico. Jesús Maraña moderaba entre Ferreras e Inda.

—¡Esto es un golpe judicial! —bramaba Ferreras—. ¡Un fascista acusando a un gobierno legítimo!

—¡Fascismo es usar el Estado para tapar vuestra porquería! —respondía Inda—. Simón ha hecho más contra la corrupción en tres meses que vosotros en tres años.

—¿Qué corrupción? ¡Si él es el corrupto!

—¡Queremos pruebas! ¡No confesiones teledirigidas!

El share se disparaba: 4,2 millones de espectadores. Récord del año.

Comisarías de toda España — 10 de mayo de 2030, 22:00 h

Los grupos de WhatsApp entre policías y guardias civiles ardían:

«Por fin alguien que da la cara. Estoy con Simón.»
«Mi capitán dice que esto es un montaje.»
«Hartos de detener para que los suelten. Simón lograba condenas.»
«Ojito mañana. Preparaos por si hay lío. Antidisturbios en alerta.»

Madrid, calle — 11 de mayo de 2030, 00:00 h

Los primeros grupos llegaban a la Puerta del Sol. Banderas, pancartas caseras: «Simón Resiste», «Gobierno Dimisión», «Basta de Mentiras».

Una madre comentaba con su hijo adolescente:

—Mi chico encontró curro hace dos meses. Primera vez en tres años. No sé si es casualidad, pero dice que ahora las empresas se fían más de los contratos. Que la justicia va en serio.

Un grupo de universitarios protestaba enfrente:

—¡Es un fascista! ¡Un manipulador! ¡Usa el dolor de la gente para salvarse!

Los insultos cruzaban el aire. La tensión subía.

Redacción de *El País* — 11 de mayo de 2030, 01:00 h

La reunión editorial estaba dividida.

—No podemos blanquear a un corrupto confeso —dijo Ana Vidal.

—¿Confeso? —replicó el jefe de Nacional—. El que confiesa es Bermúdez. Y algo huele raro, jefa.

—¿Estás defendiendo a Simón?

—Estoy diciendo que esto no encaja. El momento, el estilo… Y la gente lo está comprando.

—La gente compra muchas mentiras.

—¿Y si esta vez no es una?

Despacho de Pilar Montalbán — 11 de mayo de 2030, 02:00 h

Pilar leía los titulares en las ediciones digitales con creciente inquietud:

«España dividida: ¿Héroe o Villano?» — El Mundo
«Simón contraataca: acusa al Gobierno de conspiración» — ABC
«El Fiscal del Pueblo se defiende» — La Razón
«Golpe a la democracia» — El País
«¿Y si tiene razón?» — El Español

Su móvil vibró. Mensaje de Gabriel:

> Lo está consiguiendo. Está cambiando la narrativa. La gente empieza a dudar.

Pilar respondió:

> Seguiré adelante con el caso.

Lo sé. Por eso eres nuestra única esperanza. La verdad tarda, pero llega.

En las calles de Madrid seguía llegando gente. La policía calculaba 20.000 personas para el mediodía.

España se partía en dos. Otra vez.

Y Ricardo Simón, desde su despacho, observaba el caos con calma. Había aprendido la lección más útil del siglo XXI: no hace falta tener razón, basta con sembrar la duda.

La verdad era negociable. La percepción, no.

Madrid, 15 de diciembre de 2030 - Seis meses después

El Café Gijón mantenía esa atmósfera de refugio intemporal mientras Madrid se preparaba para otra Navidad de luces LED y consumo compulsivo. Pilar Montalbán ocupaba la mesa del rincón —la misma donde Bermúdez había tomado su último desayuno como hombre libre— y observaba el trasiego de la calle a través del cristal empañado por la calefacción.

El juicio había durado cuatro meses. Cuatro meses de testimonios, pruebas, revelaciones que los medios devoraban con gula para vomitarlas transformadas en titulares contradictorios. Al final, como suele ocurrir en España, la montaña había parido un ratón: Bermúdez, cinco años de cárcel con cumplimiento en tercer grado desde el primer día. Simón, absuelto por prescripción de los delitos más graves, inhabilitado durante diez años para cargo público. Una condena simbólica que le permitía mantener su pensión completa y escribir sus memorias desde su ático con vistas al Retiro.

Pero Pilar sabía que las verdaderas sentencias no se dictan en los tribunales.

—Llegas tarde —dijo sin levantar la vista cuando Gabriel se sentó frente a ella.

—El tráfico en la M-30. Algunas cosas nunca cambian. —Gabriel había recuperado peso y color en estos meses. El uniforme le sentaba bien, aunque ahora luciera los galones de comandante en la reserva activa. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con la luz de la tarde.

—¿Cómo está Clara?

Gabriel sonrió. Esa sonrisa nueva que había nacido con su matrimonio.

—Mejor de lo que esperábamos. Ha retomado el centro de acogida. Con fondos europeos esta vez, lejos de las garras del ministerio. Y Lucy... —su expresión se suavizó—. Lucy la ayuda cuando puede. Los días buenos son cada vez más frecuentes.

—¿Y los malos?

—Los malos... —suspiró—. Sigue teniendo episodios. El electroshock fue demasiado salvaje. Pero al menos ahora tiene una familia. Clara y ella se han convertido en hermanas de verdad. Y eso es más de lo que ninguno de nosotros esperaba.

Ambos sabían que Lucy probablemente nunca se recuperaría del todo. Pero al menos ahora tenía un hogar. Clara se había convertido en su ancla al mundo real, la hermana que nunca tuvo, la prueba viviente de que el amor elegido libremente podía ser más fuerte que cualquier programación.

—¿Y por acá? —preguntó Gabriel.

—Algo interesante. —Pilar sacó una carpeta delgada—. Once de los cuarenta y cinco han contactado conmigo. Discretamente. Preguntas casuales sobre sus expedientes, sobre posibles "irregularidades" en sus casos de adopción. Están empezando a atar cabos.

—¿Incluido Borja?

—Especialmente Borja. —Una risa amarga—. ¿Sabes qué me dijo? "Si soy un producto de diseño, quiero los royalties". Típico de él convertir incluso esto en una oportunidad de negocio.

—¿Y Simón?

El nombre flotó entre ellos como un mal presagio. Pilar miró por la ventana antes de responder.

—Dicen que está escribiendo un libro. "La Verdad sobre el Código". Su versión de los hechos. Ya tiene editorial y adelanto de seis cifras.

Gabriel no dijo nada. Los dos sabían que, mientras Simón respirara, el peligro seguiría latente.

—Por cierto —añadió Pilar mientras ordenaba unos papeles—. ¿Supiste lo de Calvo-Sotelo?

Gabriel asintió con una mezcla de alivio y amargura.

—La soltaron hace dos meses. Sobreseimiento provisional por "irregularidades en el procedimiento de detención". El típico "perdón pero sin decirlo" del sistema.

—Perdió la plaza en la Audiencia Nacional. —Pilar no pudo ocultar la indignación—. Años de carrera impecable tirados a la basura. Ahora da clases en la Universidad Complutense. Derecho Procesal.

—¿Y Vega?

—Ese tuvo más suerte. O más mala, según se mire. —Pilar guardó la carpeta en el bolso—. Los dos kilos de cocaína "desaparecieron" misteriosamente del depósito de pruebas. Sin pruebas, no hay caso. Lo reincorporaron hace un mes, pero lo destinaron a Melilla. Un exilio dorado para que no moleste.

—¿Aceptó?

—¿Qué iba a hacer? Es eso o la cárcel por un delito que no cometió. Al menos conserva la placa y la pensión. —Se puso el abrigo—. Me escribió la semana pasada. Dice que el Estrecho tiene algo terapéutico. Que se ven las cosas con más perspectiva.

Gabriel sonrió con tristeza. Otra víctima más del sistema, salvada a medias, condenada a medias. Como todos ellos.

—¿Y los siete guardias de Ruiz?

Pilar negó con la cabeza.

—Esos no tuvieron tanta suerte. Firmaron la dimisión "voluntaria" para evitar el juicio por sedición. Sin indemnización, sin derecho a pensión completa. Están sobreviviendo como pueden. Ruiz montó

una empresa de seguridad privada en Castellón. Emplea a tres de ellos. Los otros... —suspiró—. Uno conduce un taxi en Valencia. Otro volvió al campo con su familia. Los perdimos, Gabriel. Buenos guardias que solo querían justicia para sus muertos.

—¿Alguno intentó recurrir?

—¿Con qué abogado? ¿Con qué dinero? —La amargura en la voz de Pilar era palpable—. El acuerdo con fiscalía fue muy claro: o aceptaban la salida "honrosa" o se enfrentaban a veinte años por sedición. Con las pruebas manipuladas que tenían contra ellos, era una condena segura.

Gabriel apretó los puños. Hombres que habían perdido hermanas, hijas, sobrinas en la red del Código. Hombres que se atrevieron a intentar hacer justicia. Y el sistema los había aplastado con la misma eficiencia burocrática con la que archivaba las denuncias de sus familiares desaparecidas.

—Ruiz me mandó un mensaje cuando abrió la empresa —añadió Pilar—. Decía: "Al menos ahora protejo a quien yo elijo". No sé si es resignación o una pequeña victoria.

—Las dos cosas —dijo Gabriel—. En este país, a veces sobrevivir con algo de dignidad ya es una victoria.

—¿Y Robles? —preguntó Gabriel, aunque ya intuía la respuesta.

Pilar soltó una risa seca.

—El muy sinverguenza se largó a Venezuela dos días después de que empezara el juicio. Sin tratado de extradición. Dicen que vive en Caracas como un rey, asesorando a los cuerpos de seguridad del régimen. —Hizo una pausa—. A veces pienso que es el único que ganó de verdad. Se llevó el dinero y evitó la cárcel.

—La justicia tiene memoria larga —murmuró Gabriel—. Un día volverá. O alguien allá le pasará factura.

—Ojalá tengas razón.

Se quedaron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. En la mesa de al lado, una pareja joven discutía sobre hipotecas imposibles. La vida seguía con sus dramas cotidianos.

—Hay algo más —continuó Pilar—. La fiscalía europea ha abierto una investigación. Discreta, sin ruido mediático. Están siguiendo el rastro del dinero. Parece que El Código tenía ramificaciones en Bruselas, Berlín, París...

—Un problema europeo necesita soluciones europeas.

—Exacto. Y sin la presión mediática española, sin los políticos locales metiendo las narices... quizá consigan algo.

—¿Te arrepientes? —preguntó Pilar de repente—. ¿De haber destapado todo esto?

Gabriel lo meditó mientras giraba el anillo de boda en su dedo.

—Me arrepiento de haber tardado tanto. De no haber visto las señales antes. —La miró a los ojos—. Pero si no lo hubiéramos hecho, nunca habría conocido la verdad sobre mí mismo. Nunca me habría casado con Clara. Nunca habría encontrado la paz.

—¿Paz? —Pilar arqueó una ceja—. ¿Con todo lo que sabemos?

—Paz interior —aclaró—. Saber quién soy, de dónde vengo, qué puedo elegir... Eso no tiene precio.

—El libre albedrío es sobrevalorado —bromeó ella.

—El libre albedrío es lo único que tenemos. —Gabriel se puso serio—. Aunque venga en un paquete defectuoso.

El móvil de Gabriel vibró. Un mensaje de Clara: "Lucy pregunta si su hermano pesado viene a cenar. Dice que ha cocinado ella. Considera esto una advertencia cariñosa."

Gabriel sonrió al leerlo y se lo mostró a Pilar.

—Parece que tengo planes familiares.

Pilar se puso de pie.

—Gabriel... —Lo detuvo antes de que se alejara—. ¿Crees que habrá más como nosotros? ¿En otros países, otros proyectos?

—Probablemente. El mundo está lleno de gente que cree que puede mejorar la naturaleza humana a base de ingeniería. —Se encogió de hombros—. A muchos les gusta jugar a ser dioses.

—¿Y nosotros qué somos entonces?

—Supervivientes —respondió sin dudar—. Y testigos. Para que no vuelva a pasar.

Se despidieron con un abrazo breve, conscientes de que algunas heridas nunca sanan pero se aprende a vivir con ellas.

En su ático de Madrid, Ricardo Simón contemplaba el manuscrito terminado. Seiscientas páginas de verdades a medias, justificaciones elaboradas y algunas mentiras necesarias. Su legado.

Abrió el cajón del escritorio y contempló la foto que había guardado durante décadas. Laura con Gabriel bebé. La única vez que había sentido algo parecido al arrepentimiento.

Pero el arrepentimiento era un lujo que los arquitectos del futuro no podían permitirse.

La quemó con el mechero de plata, viendo cómo el pasado se convertía en cenizas.

Afuera, Madrid brillaba indiferente. La ciudad eterna que había visto pasar imperios, repúblicas, dictaduras y democracias. Que sobreviviría a él y a todos sus planes.

Aun después del juicio, el 40% de España seguía creyendo en él. En las redes sociales, los hashtags #SimónTeniaRazón y #VolveráSimón aparecían regularmente. Su libro sería un bestseller. Las semillas estaban plantadas.

Al final, pensó con una sonrisa amarga, quizá ese era el verdadero mensaje: todos los sistemas de control son temporales. Solo la capacidad humana de arruinar los planes perfectos es eterna.

No era el legado que había planeado.

Pero tendría que servir.

En un cuartel de la Guardia Civil en Teruel, el comandante Gabriel Ferrer recibía a los nuevos números con el cansancio de quien ha visto demasiado pero sigue creyendo que merece la pena intentarlo.

—El juramento que van a hacer no es palabrería —les dijo, recordando a Montero, a todos los caídos—. Es una promesa. A veces será lo único que los mantenga en pie cuando todo lo demás se tambalee.

Entre los novatos, una chica de pueblo lo miraba con esa mezcla de admiración y nerviosismo de los nuevos. Le recordó a él mismo hace mil años, cuando aún creía que el uniforme lo protegería de las decepciones.

No lo haría. Pero le daría algo mejor: una razón para levantarse cada mañana. Y ahora, también tenía otras razones: Clara esperándolo en casa, Lucy recuperándose día a día, la certeza de que, pese a todo, había elegido bien.

—Bienvenidos a la Guardia Civil —concluyó—. Intenten no pifiarla demasiado. Y recuerden: al final del día, lo único que importa es poder mirarse al espejo sin vergüenza.

Risas nerviosas. La vida seguía.

Como siempre.

Como debe ser.

FIN